

Comedias II

Aristófanes



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Comedias II

Aristófanes

Teatro

Se reconocen los derechos morales de Aristófanes.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

COMEDIAS
DE
ARISTÓFANES

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA
TOMO II.

LAS AVISPAS.

NOTICIA PRELIMINAR.

A deplorable estado llegó la administración de justicia en Atenas durante los primeros años de la guerra del Peloponeso. Contribuían a ello grandemente de un lado la defectuosa organización de los tribunales, y de otro la manía de juzgar, litigar y perorar en público, desarrollada en los atenienses con una furia de que no hay otro ejemplo. Entre los principales vicios de aquel sistema, aparece desde luego como de más bulto el de la multiplicidad de los tribunales. Basta, en efecto, recordar los nombres del Areópago, el Heliástico, el Epipaladio, el Epidelfinio, el Enfreacio, el Epipritáneo, el Epitalacio y las Curias del Arconte epónimo, del Arconte-rey, del Polemarca, de los Tesmotetas, de los Once, de los Catademos, de los Diatetas y de los Nautódicos, con sus mal definidas y a veces encontradas atribuciones, para comprender a cuántos abusos y entorpecimientos daría lugar complicación semejante. Y, sin embargo, leemos con asombro en Jenofonte que con ser tantos los tribunales y dotados de personal numeroso, no eran todavía bastantes para dar solución a las infinitas cuestiones que a su decisión se sometían. «Muchos particulares, dice, vense obligados a esperar todo un año antes de poder presentar su demanda al Senado o al pueblo, porque la multitud de negocios es tal, que impide dar audiencia a todo el mundo.» Pero el origen y verdadera fuente de las infamias y abusos que los jurados atenienses cometieron debe buscarse, sin duda alguna, en la ley de Solón que, equiparando la administración de justicia al ejercicio de los derechos políticos, permitía a todo ciudadano de treinta años formar parte de los tribunales; pues, como para el altísimo cargo de juzgar no se exigía circunstancia alguna de moralidad ni ilustración, los jueces eran fácilmente engañados por los oradores, que, o tergiversando los hechos, o falseando la ley, o enterneciendo al tribunal con peroraciones elocuentes, le hacían pronunciar fallos a todas luces injustos.

Así se explican hechos como el del anciano Tucídides, envuelto por la elocuencia de un hábil abogado, y condenado, no obstante su inculpabilidad, a una crecida multa: así se explica también, dice el citado Jenofonte, que tantos inocentes pudiesen víctimas de su altivez, mientras muchos criminales conseguían la absolución libre. Y si esto ocurría cuando los jueces eran ignorantes sin dejar de ser honrados, calcúlese a qué extremo llegarían los abusos cuando las agitaciones políticas y la guerra crearon

tal estado de cosas, que el soborno, la venalidad y la falta de independencia llegaron a ser lo más corriente y ordinario.

Ya en Los Acarnienses y Los Caballeros pudimos observar que los campesinos refugiados en Atenas al verificarse la primera incursión lacedemonia, invadieron los tribunales e hicieron un modo de vivir de la profesión de juez. Faltos de ocupación y víctimas de una miseria que las escasas distribuciones de víveres no podían remediar, tenían su único recurso en los tres óbolos que el Estado pagaba por sesión: expuestos por su penuria a la venalidad y al soborno, sucedía que en los negocios privados daban su voto al rico particular que se lo compraba, y en los asuntos de interés común obedecían dócil y ciegamente al demagogo, de cuya voluntad dependía el cobrar o no su sueldo.

A aumentar el desconcierto y escandalosos abusos de los tribunales, contribuía no poco aquella extraña afición de los atenienses a todo lo que fuera litigio, proceso y discusión, avivada por los odios de partido que dividían su democracia.

A este propósito dice discretamente Artaud: «Los debates entre particulares fácilmente se transformaban en Atenas en públicas acusaciones; todo hombre distinguido era pronto sospechoso de aspirar a la tiranía; el derecho de acusar, concedido a todo ciudadano, secundaba las animosidades, las venganzas, y sobre todo, esas pasiones envidiosas y malignas de que adolecen los gobiernos populares; la delación era ya un oficio, y el que denunciaba a un conspirador era bien acogido con seguridad: he aquí, pues, una fuente abundante de procesos. En fin, el pasar la vida entera en la calle y en la plaza, producía una continua necesidad de diversiones y pasatiempos; los oradores, los sofistas, los retóricos, cuya única ocupación era el perorar, encontraban siempre una multitud de ociosos, ávidos de escucharles: los discursos de los abogados en los tribunales no se oían con menos afán que las arengas políticas; era esto una diversión como otra cualquiera, y todos los días el pueblo se apiñaba alrededor de la maroma que marcaba el recinto de los jueces en la plaza de Helia. »

Tantos abusos y ridiculeces no podían pasar sin correctivo ante la cáustica musa de Aristófanes, pronta a azotar con el látigo de una sátira implacable todo lo que le parecía injusto o perjudicial. Así es que después de haberse desatado en Las Nubes contra los sofistas y sus doctrinas funestas para la juventud, trata de corregir en Las Avispas los vicios que acabamos de reseñar.

En esta comedia volvemos a encontrar en Filocleón una nueva personificación del pueblo ateniense, aunque solo bajo su aspecto de **κουμοτρώξ**, mascullador de habas, es decir, entregado a la tarea de juzgar, que casi lo ha vuelto loco. Bdelicleón (enemigo de Cleón), hijo del maniático juez, le retiene en casa con ánimo de curarle; pero burlando la vigilancia de dos esclavos que guardaban la puerta de Filocleón, trata de evadirse, primero por el cañón de la chimenea, y después por el tejado, y, por

último, parodiando a Ulises, escondido bajo la panza de su asno. Frustradas todas sus tentativas, auméntase su furor cuando ve llegar a sus colegas, que, vestidos de Avispas, le llaman para ir al tribunal: este disfraz es un emblema de su carácter irascible y feroz. Filocleón implora el socorro de sus amigos, y pronto se traba una contienda entre ellos y sus guardianes. Por fin hay un momento de tregua en que Bdelicleón refuta las quiméricas ventajas de ser jueces, y logra atraer a su partido al irritado enjambre.

Su padre cede también, pero con la condición de establecer en su casa una especie de tribunal. El primer acusado es el perro Labes, reo sorprendido infraganti delito de hurto de un queso siciliano. La causa se instruye con toda rapidez y formalidad, y al dar la sentencia Filocleón absuelve al reo por una equivocación. El haber dejado libre a un culpable le llena de desesperación, hasta que su hijo se la hace olvidar llevándole a fiestas y banquetes.

Al llegar a este punto, el asunto de la comedia cambia por completo; el carácter del juez se transforma en el de un viejo alegre, insolente y alborotador, y la acción se reduce a las reclamaciones a que da lugar su intemperancia y a un certamen coreográfico a que provoca el transformado heliasta a todos los danzantes que se quieran presentar.

Respecto al mérito de esta Comedia debemos decir que no es ciertamente de las obras más interesantes de Aristófanes, bajo el punto de vista literario; no abundan en ella tanto como en otras aquellas inagotables gracias que les dan tanta amenidad; la acción se arrastra lánguida y desmayadamente, y carece, además, de la unidad necesaria, condición sin la cual toda obra artística deja mucho que desear.

En cambio, bajo el punto de vista histórico y jurídico, tiene una importancia inmensa, pues sirve para completar la historia interna de Atenas, y da curiosas noticias sobre el procedimiento y los tribunales en aquella ciudad.

Es digna también de mencionarse, al hablar de Las Avispas, la famosa imitación que de ella hizo Racine en sus *Plaideurs*, aunque no sea más que por ser única en su género. El célebre trágico conservó en *Los litigantes* muchos chistes y algunos episodios de Aristófanes; pero su comedia, como no podía menos, difiere esencialmente de las del poeta griego, no solo en la forma, sino en la intención, pues se limita a pintar en Dauclin el carácter de un juez maniático, sin la significación universal y política que tiene Filocleón.

Las Avispas se representaron un año después de Las Nubes, es decir, el 423 antes de nuestra era, noveno de la guerra del Peloponeso. No se sabe si fueron premiadas, porque el Escoliasta no nos lo dice, y es de notar la modestia con que el autor habla de sí mismo en la Parábasis, en cuya parte suele de ordinario encarecer sus medios de agradar.

PERSONAJES.

^SOSIAS. Esclavos de Filocleón.

^JANTIAS.

^BDELICLEÓN.

^FILOCLEÓN.

^CORO DE ANCIANOS vestidos de ^AVISPAS.

^NIÑOS.

^UN PERRO.

^UNA PANADERA.

^UN ACUSADOR.

La escena en Atenas, delante de la casa de Filocleón. La acción principia algo antes de amanecer.

LAS AVISPAS.

SOSIAS.

¡Hola! ¿Qué haces, desdichado Jantias?

JANTIAS.

Procuro descansar de esta maldita centinela.

SOSIAS.

¿Tan a mal estás con tus costillas? ¿O no sabes la casta de fiera que guardamos?

JANTIAS.

Lo sé; pero quiero dormir un poco.

SOSIAS.

Peligroso es, mas puedes hacerlo: yo también siento que sobre mis párpados pesa un sueño dulcísimo.

JANTIAS.

¿Estás loco o frenético como un coribante?

SOSIAS.

No, el sopor que de mí se apodera proviene de Sabacio.

JANTIAS.

Entonces adoras como yo a Sabacio; porque hace un instante cayó también con sueño profundísimo sobre mis párpados, a modo de enemigo persa; y he tenido un ensueño maravilloso.

SOSIAS.

Y yo he tenido otro como nunca. Pero cuenta primero el tuyo.

JANTIAS.

Vi a un águila muy grande bajar volando a la plaza pública, y arrebatando en sus garras un escudo de bronce, elevarse con él hasta el cielo; después vi a Cleónimo que arrojaba aquel mismo escudo.

SOSIAS.

De modo que Cleónimo es un verdadero logogrifo. ¿Cómo, preguntará algún convidado, una misma fiera puede arrojar su escudo en el mar, en el cielo y en la tierra?

JANTIAS.

¡Ay de mí! ¿Qué desgracia me anunciará semejante sueño?

SOSIAS.

No te dé cuidado: ningún mal te sucederá, te lo aseguro.

JANTIAS.

Sin embargo, es terrible agüero el de un hombre arrojando su escudo. Pero cuenta tu sueño.

SOSIAS.

El mío es grandioso: se refiere a toda la nave del Estado.

JANTIAS.

Examina, pues, pronto la quilla del asunto.

SOSIAS.

Creí ver en mi primer sueño, sentados en el Pnix y celebrando una asamblea, una multitud de carneros, con báculos y mantos burdos; después me pareció que entre ellos hablaba una omnívora ballena, cuya voz parecía la de un cerdo a quien están chamuscando.

JANTIAS.

¡Puf!

SOSIAS.

¿Qué te sucede?

JANTIAS.

Basta, basta; no cuentes más; ese sueño apesta a cuero podrido.

SOSIAS.

Aquella maldita ballena tenía una balanza en la cual pesaba grasa de buey.

JANTIAS.

¡Oh desgracia! Quiere dividir nuestro pueblo.

SOSIAS.

A su lado creí distinguir a Teoro, sentado en el suelo con cabeza de cuervo, y Alcibíades me dijo tartajeando: «Mila, Teolo tiene cabeza de cuervo.»

JANTIAS.

Nunca ha balbuceado más oportunamente Alcibíades.

SOSIAS.

¿Y no es un mal agüero el haberse convertido en cuervo Teoro?

JANTIAS.

Nada de eso; es excelente.

SOSIAS.

¿Cómo?

JANTIAS.

¿Que cómo? ¿Era hombre y de repente se ha convertido en cuervo? ¿No puede conjeturarse sin dificultad, que nos abandonará para irse a los cuervos?

SOSIAS.

¿Y no te he de dar dos óbolos de salario, siendo tan hábil para interpretar los sueños?

JANTIAS.

Aguarda, quiero antes exponer el asunto a los espectadores y hacerles algunas breves advertencias. No esperéis de nosotros nada grandioso, ni siquiera una risa robada a Mégara. No tenemos ni esclavos que arrojen de su cesta nueces a los concurrentes, ni un Hércules furioso por su cena frustrada, ni siquiera Eurípides será otra vez implacablemente censurado; ni sacaremos de nuevo a relucir con su sal y pimienta a Cleón, por más que le haya elevado tanto la fortuna. Pero tenemos un argumento bastante racional, no superior ciertamente a nuestros alcances, pero sí más discreto que el de cualquiera insustancial comedia. Nuestro dueño, hombre poderoso, que duerme en la habitación que está bajo el tejado, nos ha mandado que guardemos a su padre, a quien tiene encerrado para que no salga. Este se halla atacado de una enfermedad tan extraña que difícilmente la podríais conocer vosotros, ni aun figurárosla, si no os dijéramos cuál era. ¿No lo creéis? Pues tratad de adivinarlo. Aminias, el hijo de Prónapo, dice que es la afición al juego; pero se equivoca.

SOSIAS.

¡Ya lo creo! Se le figura que los demás tienen sus vicios.

JANTIAS.

No; el mal tiene su raíz en otra afición... Ahí está Sosias que le dice a Dercilo que es la afición a la bebida.

SOSIAS.

No por cierto; esa es una afición de personas decentes.

JANTIAS.

Nicostrato, el de Escambónides, asegura que es la afición a los sacrificios o a la hospitalidad.

SOSIAS.

Nicostrato, te lo juro por el perro; no es la afición a la hospitalidad; basta que el nombre impúdico de Filóxeno suene a hospitalidad, para que él la deteste.

JANTIAS.

En vano os cansáis; no daréis en ello. Mas si lo deseáis saber, callad y yo os diré el mal que aqueja a mi dueño: es amante del tribunal como ninguno; su pasión por juzgar le vuelve loco; se desespera si no se sienta el primero en el banco de los jueces. Durante la noche no disfruta ni un instante de sueño: si por casualidad se le cierran un momento los ojos, ya su pensamiento revolotea en el tribunal alrededor de la clepsidra, y acostumbrado a tener la piedrecilla de los votos, se despierta con los tres dedos apretados, como quien ofrece incienso a los dioses en el novilunio. Si ve escrito en alguna puerta: «Hermoso Demo, hijo de Pirilampo»; en seguida pone al lado: «Hermosa urna de las votaciones.» Habiendo cantado su gallo al anochecer, dijo que sin duda le habían sobornado los criminales para que le despertase tarde. En cuanto cena, pide a gritos los zapatos; corre al tribunal antes de amanecer, y duerme allí recostado y pegado como una lapa a una de las columnas. Su severidad le hace trazar siempre sobre las tablillas la línea condenatoria, de suerte que siempre, como las abejas o los zánganos, vuelve a su casa con las uñas llenas de cera. Temeroso de que le falten piedrecitas para las votaciones, mantiene ahí dentro un banco de grava. Tal es su manía; cuanto más se trata de corregirle, más se empeña en juzgar. Ahora le tenemos encerrado con cerrojos para que no salga, pues su hijo siente en el alma tal enfermedad. Primero trató de persuadirle con afables palabras a que no llevase el manto burdo, ni saliese de casa, mas no cambió por eso. Luego le bañó y purgó; y siempre lo mismo. Después trató de curarle con los ejercicios de los coribantes, y el buen viejo se escapó con el tambor y se presentó a juzgar en el tribunal. Viendo la

ineficacia de estos medios, lo llevó a Egina y le hizo acostarse una noche en el templo de Esculapio. Mas en el momento de amanecer apareció ante la cancela del tribunal. Desde entonces no le dejábamos salir; pero como se nos escapaba por las canales y buhardillas, tuvimos que tapar y cerrar con paños todos los agujeros. Mas él, clavando palitos en la pared, saltaba de uno a otro como un grajo. Por último, hemos tenido que rodear con una red todo el patio, y así le guardamos. El viejo se llama Filocleón; ningún nombre, por Júpiter, le está más propio: su hijo se llama Bdelicleón, y trata de corregir el feroz carácter de su padre.

BDELICLEÓN (Asomándose a la ventana).

¡Eh, Jantias, Sosias! ¿estáis durmiendo?

JANTIAS.

¡Oh!

SOSIAS.

¿Qué hay?

JANTIAS.

Bdelicleón se ha despertado.

BDELICLEÓN.

A ver, pronto aquí uno de vosotros. Mi padre ha entrado en la cocina y está royendo no se qué como un ratón dentro del agujero. Tú, mira no se escape por el tubo de los baños; y tú recuéstate contra la puerta.

SOSIAS.

Está bien, señor.

JANTIAS.

¡Oh poderoso Neptuno! ¿Quién hace tanto ruido en la chimenea? ¡Eh, tú! ¿quién eres?

FILOCLEÓN.

Soy el humo que salgo.

BDELICLEÓN.

¡El humo! ¿De qué leña?

FILOCLEÓN.

De higuera.

BDELICLEÓN.

Ya se conoce, por Júpiter, pues es la que despide humo más acre. Ea, adentro pronto. ¿Dónde está la tapa de la chimenea? Adentro he dicho. Encima, para mayor seguridad, pondré esta vigueta. Busca ahora otra salida; soy el más desdichado de los hombres: ¡mañana podrán llamarme el hijo del ahumado!

SOSIAS.

Empuja la puerta. Aprieta ahora mucho y fuerte. Allá voy yo también. Ten sumo cuidado de la cerradura y el cerrojo, no vaya a roer el pestillo.

FILOCLEÓN.

¿Qué hacéis? ¿No me dejáis salir a juzgar, grandísimos bribones, y Dracóntides será absuelto?

BDELICLEÓN.

¿Y eso te causará mucha pena?

FILOCLEÓN.

Apolo, a quien consulté en Delfos, me predijo que moriría cuando se me escapase un acusado.

BDELICLEÓN.

¡Oh Apolo, patrono nuestro, vaya un oráculo!

FILOCLEÓN.

Vamos, por piedad, déjame salir o estallo.

BDELICLEÓN.

Nunca, Filocleón, nunca; lo juro por Neptuno.

FILOCLEÓN.

Bueno, romperé la red a mordiscos.

BDELICLEÓN.

Si no tienes dientes.

FILOCLEÓN.

¡Oh, qué desdicha!... ¿Cómo podría matarte? ¿Cómo? Traedme pronto mi espada, o la tablilla condenatoria.

BDELICLEÓN.

Este hombre maquina alguna mala pasada.

FILOCLEÓN.

No, yo te lo aseguro: solo deseo salir a vender el asno con su albarda: hoy es el día de la luna nueva.

BDELICLEÓN.

Y dime, ¿no lo podría yo vender lo mismo?

FILOCLEÓN.

No tan bien como yo.

BDELICLEÓN.

Muchísimo mejor, por Júpiter. Ea, trae el asno. (Filocleón vase en busca del asno.)

JANTIAS.

¡Qué buen pretexto ha imaginado para que le sueltes!

BDELICLEÓN.

Pero no he tragado el anzuelo: en seguida he conocido a dónde iba a parar. Voy a llevar yo mismo el asno, y así el viejo no conseguirá salir. — ¡Pobre borriquillo! ¿Por qué te quejas? ¿Porque vas a ser vendido? Vamos pronto. ¿Por qué gimes? ¿Llevas acaso algún Ulises?

JANTIAS.

Sí, por Júpiter; lleva uno atado al vientre.

BDELICLEÓN.

¿Quién? Veamos.

JANTIAS.

Es él.

BDELICLEÓN.

¿Qué es esto? ¿Quién eres, buen hombre?

FILOCLEÓN.

Ninguno, por Júpiter.

BDELICLEÓN.

¿Ninguno tú? ¿Y de qué tierra?

FILOCLEÓN.

De Ítaca, de la familia fugitiva.

BDELICLEÓN.

Por vida mía, ya sentirás el haberte llamado ninguno. Sácalo cuanto antes. ¡Oh desdichado, dónde se había metido! ¡Si parece un pollino escondido debajo de su madre!

FILOCLEÓN.

Si no me soltáis, litigaremos.

BDELICLEÓN.

¿Por qué?

FILOCLEÓN.

Por la sombra del asno.

BDELICLEÓN.

No vales para ello, a pesar de tu extremada audacia.

FILOCLEÓN.

¡Que no valgo! Es que no sabes todavía lo que yo soy; ya lo sabrás cuando comas lo que te deje el anciano juez.

BDELICLEÓN.

Entra con el asno en casa.

FILOCLEÓN.

¡Oh jueces compañeros míos, y tú, Cleón, socorredme!

BDELICLEÓN.

Grita adentro a puerta cerrada. — Pon tú una porción de piedras en la entrada; echa de nuevo el cerrojo; atraviesa esa tranca; y, para mayor seguridad, afiánzala con ese gran mortero.

SOSIAS.

¡Ay! ¿de dónde me ha caído este terroncillo?

JANTIAS.

Quizá te lo haya arrojado algún ratón.

SOSIAS.

¿Un ratón? ¡Ca! Es ese maldito juez que se desliza por entre las tejas.

JANTIAS.

¡Oh desgracia! Ese hombre se ha convertido en pájaro. Va a volar. ¿Dónde está, dónde esta la red? (Como quien espanta un pájaro.) — ¡Eh! ¡Pchist! ¡Pchist! ¡Fuera de ahí! ¡Pchist!

BDELICLEÓN.

Por Júpiter, más quisiera guardar a Escione que a mi padre.

SOSIAS.

Puesto que le hemos espantado, y ya no puede escapársenos furtivamente, ¿por qué no dormimos un poco?

BDELICLEÓN.

Pero, desdichado, ¿no ves que dentro de poco vendrán a llamarle sus compañeros de tribunal?

SOSIAS.

¿Qué dices? Si aún no ha amanecido.

BDELICLEÓN.

Es verdad; hoy se levantan más tarde de lo acostumbrado, porque suelen venir con sus linternas a media noche, y le llaman cantando dulces versos de las Fenicias del antiguo Frínico.

SOSIAS.

Pues, si hay necesidad, los apedrearemos.

BDELICLEÓN.

Pero, temerario, esa casta de viejos, cuando se la enfurece es como la de las avispas; pues en la rabadilla tienen un aguijón agudísimo con el cual pican, y saltan gritando, y lo lanzan como una centella.

SOSIAS.

Pierde cuidado; tenga yo piedras, y dispersaré todo un enjambre de jueces.
(Entran en la casa y llega el coro.)

CORO.

Adelante, paso firme. ¿Te retrasas, Comias? Por Júpiter, antes no eras así; al contrario, eras más duro que una correa de perro: ahora Carinades te gana a andar. ¡Oh Estrimodoro de Contilo, el mejor de los jueces! ¿están ahí por casualidad

Evérgides y Cables de Flíos? ¡Diantre, diantre! Aquí se halla cuanto queda de aquella juventud que florecía cuando tú y yo hacíamos centinela en Bizancio: entonces en nuestras correrías nocturnas le robamos su artesa a aquella panadera; la hicimos astillas, y cocimos unas verdolagas. Pero apresurémonos, amigos; hoy es el juicio de Laques; todos dicen que tiene su colmena llena de dinero. Por eso Cleón, nuestro patrono, nos mandó ayer que acudiéramos temprano provistos para tres días de terrible cólera contra él, a fin de vengarnos de sus injurias. Ea, aprisa, compañeros, antes de que amanezca. Marchemos mirando a todas partes con ayuda de las linternas, no caigamos por falta de precaución en algún lazo.

UN NIÑO.

Padre, padre, cuidado con ese lodazal.

CORO.

Coge esa pajita del suelo, y espabila la linterna.

EL NIÑO.

No, ya la espabilaré con el dedo.

CORO.

Niño, ¿no ves que con el dedo vas a alargar la mecha, ahora que anda tan escaso el aceite? ¡Ya se conoce que tú no lo compras!

EL NIÑO.

Por Júpiter, si continuáis amonestándonos a puñetazos, apagamos las linternas y nos vamos a casa. Entonces os quedaréis a oscuras y andaréis removiendo lodos, como si fueseis patos.

CORO.

Yo castigo a otros mayores. Pero me parece que voy pisando barro. Mucho será que a lo más dentro de cuatro días no llueva copiosamente. ¡Tanto crece el pábilo de mi lámpara! Este suele ser signo de gran lluvia. Además, los frutos tardíos están pidiendo el agua y el soplo del Bóreas. Pero ¿qué le habrá sucedido al colega que vive en esa casa, que no sale a reunirse con nosotros? A fe que antes no había que sacarle a remolque; él iba delante de nosotros cantando versos de Frínico, pues el amigo es aficionado a la música. Pienso, compañeros, que debemos pararnos aquí, y llamarle cantando; quizá la melodía de mi canción le haga salir.

¿Por qué no se presenta el viejo delante de su puerta y ni siquiera nos responde? ¿Habrá perdido los zapatos? ¿Se habrá dado algún golpe en el pie andando a oscuras y tendrá hinchado el tobillo? ¿Tendrá quizá algún bubón? Pues era el más acérrimo de nosotros y el único inexorable. Si alguno le suplicaba, le decía bajando la cabeza:

«Cueces un guijarro». Puede que haya tomado a pecho el habérsenos escurrido con mentiras aquel acusado, proclamándose amigo de los atenienses y primer revelador de lo ocurrido en Samos; quizá esto le tenga con fiebre, porque el hombre es así. Vamos, amigo mío, levántate, no te dejes consumir por la ira. Hoy va a ser juzgado un hombre opulento de los que entregaron a Tracia. Ven a condenarlo.

Anda adelante, muchacho, anda adelante.

EL NIÑO.

Padre, ¿me darás lo que te pida?

CORO.

Sí, hijito mío. ¿Qué cosa buena quieres que te compre? Creo que vas a pedirme un juego de tabas.

EL NIÑO.

No, papá mío; higos, que me gustan más.

CORO.

Eso no, aunque te ahorques.

EL NIÑO.

Bien; pues no te acompaño.

CORO.

Con mi mezquino sueldo de juez tengo que comprar pan, leña y carne, ¿y aún me pides higos?

EL NIÑO.

Y bien, padre mío, si al arconte se le antoja que no haya hoy tribunal, ¿dónde compraremos la comida? ¿Puedes darme alguna nueva esperanza o solo designarme el sagrado camino de Hele?

CORO.

¡Ay! ¡Ay! No sé en verdad cómo cenaremos.

EL NIÑO.

¿Por qué me pariste, madre infeliz, si tanto había de costarme sostener mi vida?

CORO.

Saquito mío, eres un adorno inútil.

EL NIÑO.

¡Ay! gemir es nuestra suerte.

FILOCLEÓN (asomándose a la ventana).

Hace rato, amigos míos, que os oigo desde esta ventana y deseo responderos; pero no me atrevo a cantar. ¿Qué haré? Estos me tienen cerrado porque quiero ir con vosotros a las judiciales urnas para hacer alguna de las mías. ¡Oh Júpiter, truenas con furia y conviérteme de repente en humo, o en Proxénides, o en el hijo de Selo, charlatán infatigable! Compadecido de mi suerte, otórgame esta gracia, Numen poderoso, o si no, redúceme a cenizas con tu ardiente rayo o arrástrame con tu impetuoso viento a una salmuera ácida e hirviente, o trasfórmame en aquella piedra sobre la cual se cuentan los votos.

CORO.

Pero ¿quién te detiene y te cierra la puerta? Di, ya sabes que hablas con amigos.

FILOCLEÓN.

Mi hijo; pero no gritéis; duerme en la parte anterior de la casa: hablad más bajo.

CORO.

Pero, tonto, ¿qué pretende impedir al hacer eso?

FILOCLEÓN.

El que juzgue y condene, amigos míos: por lo demás, trata de regalarme; pero yo no quiero.

CORO.

¿Eso se ha atrevido a decir ese tuno, ese orador a lo Cleón? Nunca hubiera tenido tal osadía ese hombre si no estuviera comprometido en alguna conspiración. Mas ya que esto sucede, tienes que intentar alguna nueva estratagema para bajar aquí sin que te vea tu carcelero.

FILOCLEÓN.

¿Cuál puede ser? Inventadla vosotros; a todo estoy dispuesto; ¡tal deseo me abrasa de recorrer los bancos con mi concha!

CORO.

¿Hay, di, algún agujero que puedas ensanchar por dentro, para escurrirte por él cubierto de andrajos como el prudente Ulises?

FILOCLEÓN.

Todos están cerrados; no puede salir ni un mosquito. Buscad, buscad otro medio: ese es impracticable.

CORO.

¿Te acuerdas cuando en la toma de Naxos, estando de servicio, te escapaste clavando en la muralla unos asadores que habías robado?

FILOCLEÓN.

Ya me acuerdo; pero ¿y qué? Ahora no es lo mismo. Entonces era joven, y lleno de vigor y energía para robar; además, nadie me custodiaba, y podía huir seguramente. Ahora hombres armados hasta los dientes están apostados en todas las salidas: dos de ellos, colocados junto a la puerta, me observan con asadores en las manos como a un gato que ha robado carne.

CORO.

Pues inventa cuanto antes otro medio, dulce amigo: ya despierta la aurora.

FILOCLEÓN.

Lo mejor será roer mi red. Perdóneme este destrozo Dictina, diosa de las redes.

CORO.

Eso es obrar como hombre que busca su salvación. Dale duro a las mandíbulas.

FILOCLEÓN.

Ya está roído: chito, no gritéis: mucho cuidado, no nos oiga Bdelicleón.

CORO.

Nada temas, amigo mío, nada temas; si chista, le obligaré a morderse su propio corazón y a combatir por su existencia, para que entienda que no se conculcan impunemente las leyes de las venerables diosas. Ata una cuerda a la ventana, sujétate con ella, y baja henchido el espíritu del furor de Diopites.

FILOCLEÓN.

Mas, decidme; si mis guardianes notan lo que hago, y tiran de la cuerda para llevarme adentro, ¿qué es lo que haréis?

CORO.

Te defenderemos y reuniremos todas nuestras fuerzas para que no consigan su intento: eso es lo que pensamos hacer.

FILOCLEÓN.

Haré lo que decís confiado en vosotros; mas acordaos, si alguna desgracia me sucede, de levantarme con vuestras manos, y, después de regarme con vuestras lágrimas, sepultadme bajo la cancela del tribunal.

CORO.

Nada te sucederá, no temas; vamos, mi buen amigo, descuélgate sin miedo invocando los dioses de la patria.

FILOCLEÓN.

¡Oh Lico, mi señor, héroe vecino mío! Tú, como yo, te deleitas con las lágrimas perpetuas y los lamentos de los acusados; por oírlos, sin duda, has elegido ese lugar, siendo el único de los héroes que has querido vivir junto a los desgraciados: ¡ten compasión de mí y salva a este tu vecino fiel! Nunca, te lo juro, nunca mancharé tu verja de madera con ninguna inmundicia.

BDELICLEÓN.

¡Eh, tú, alerta!

SOSIAS.

¿Qué ocurre?

BDELICLEÓN.

Oigo sonar una voz en torno mío.

SOSIAS.

¿Se escurrirá el viejo por alguna parte?

BDELICLEÓN.

No, por Júpiter; se descuelga atado con una cuerda.

SOSIAS.

¿Qué haces, desdichado? No bajes.

BDELICLEÓN.

Sube corriendo a la otra ventana y pégale con este ramo, a ver si con tus golpes consigues hacerle retroceder.

FILOCLEÓN.

¿No me socorréis, Esmicitión, Tisiades, Cremón, Feredipno, y cuantos habéis de entender en los procesos de este año? ¿Cuándo me auxiliaréis si no es ahora, antes de que me arrastren allá dentro?

CORO.

Decidme: ¿por qué tardamos en remover aquella bilis que hierve furiosa contra todo el que ofende a nuestro enjambre? Enderecemos el aguijón vengador. Muchachos, pronto, arrojad vuestro manto; corred, gritad, advertid a Cleón lo que sucede. Decidle que venga y que castigue a ese hombre enemigo de la república y digno del último suplicio, pues se atreve a sostener la inconveniencia de los juicios y procesos.

BDELICLEÓN.

Amigos míos, oíd lo que ha ocurrido y no gritéis.

CORO.

Pondremos el grito en el cielo, y no abandonaremos a nuestro colega. ¿No es esto intolerable y tiránico a todas luces? ¡Oh ciudadanos! ¡Oh Teoro, despreciador de los dioses! ¡Oh aduladores que nos presidís!

JANTIAS (A Bdelicleón).

¡Diantre, tienen aguijones! ¿No los ves, señor?

BDELICLEÓN.

Son los que atravesaron a Filipo, el hijo de Gorgias.

CORO.

Y los que te atravesarán a ti. Ea, dirijámonos todos contra él; acometámosle con el aguijón desenvainado, en buen orden, llenos de ira y de furor, para que conozca al fin a qué enjambre ha irritado.

JANTIAS.

Por Júpiter, el negocio se pone serio, si hay que reñir; tiemblo cuando veo sus aguijones.

CORO.

Suelta a nuestro amigo; si no, yo te aseguro que has de envidiar a las tortugas la dureza de su concha.

FILOCLEÓN.

Ea, compañeros, rabiosas avispas, precipitaos unos con furia sobre sus nalgas; picadle otros los ojos y los dedos.

BDELICLEÓN.

¡Midas, Frigio, Masintias, acudid! ¡Sujetadle y no le soltéis por nada del mundo! Si no, ayunaréis en el cepo. Ya sé yo que casi siempre es más el ruido que las nueces.

CORO.

Si no lo sueltas, te clavaré el aguijón.

FILOCLEÓN.

Heroico Cécrope, rey nuestro, cuyo cuerpo termina en dragón, ¿consentirás que así me traten estos bárbaros, a quienes he enseñado a llevar su quénice con cuatro medidas de lágrimas?

CORO.

¡Qué terribles males afligen a la vejez! Ahora esos dos bribones sujetan a viva fuerza a su anciano señor, y no se acuerdan de las pieles y pequeñas túnicas que les compró en otro tiempo, ni de las monteras de piel de perro, ni del cuidado que tenía para que en el invierno no se les enfriasen los pies; pero en su impudente mirada no se ve el menor agradecimiento por los viejos zapatos.

FILOCLEÓN.

¿No me soltarás, bestia feroz? ¿No te acuerdas de cuando te sorprendí robando uvas y te até a un olivo y te vapuleé de lo lindo, hasta el punto de que daba envidia verte? — Pero eres un ingrato, suéltame tú; y tú también, antes de que venga mi hijo.

CORO.

Pronto y bien vais a pagar vuestro atrevimiento; así comprenderéis, bribones, que os las habéis con hombres justicieros, iracundos, de terrible mirada.

BDELICLEÓN.

Sacúdeles, sacúdeles Jantias; arroja de casa estas avispas.

JANTIAS.

Eso estoy haciendo; ahuyéntalas tú con una densa humareda.

SOSIAS.

¿No os iréis al infierno? ¡Ah! ¿No os largáis? Buen palo en ellos.

JANTIAS.

Echa tú al fuego para hacer humo a Esquines, hijo de Selarcio. Por fin os hemos ahuyentado.

BDELICLEÓN.

No lo hubieras conseguido tan fácilmente, si hubiesen comido versos de Filocles.

CORO.

¿No está claro como la luz que la tiranía se ha introducido para los pobres, aprovechándose de nuestro descuido? Y tú, perverso y arrogante secuaz de Aminias, nos arrebatas las leyes que rigen la república, y, como dueño absoluto, ni siquiera disculpas tu usurpación con un pretexto o con una elegante arenga.

BDELICLEÓN.

¿No podríamos sin golpes ni alharacas conferenciar como buenos amigos, y hacer las paces?

CORO.

¿Conferenciar contigo, enemigo del pueblo, partidario de la monarquía, amigo de Brásidas, que llevas franjas de lana y no te cortas la barba?

BDELICLEÓN.

Ciertamente me valdría más abandonar a mi padre, que sufrir todos los días semejantes borrascas.

CORO.

Pues esto son todavía tortas y pan pintado, como dice el proverbio vulgar. Hasta ahora no tienes por qué quejarte; pero ya verás, ya verás, cuando el acusador público te eche en cara todos esos crímenes y cite y emplace a tus conjurados.

BDELICLEÓN.

¿Pero no os iréis, por todos los dioses? Mirad que si no, estoy resuelto a moleros a palos todo el día.

CORO.

No, nunca, jamás, mientras me quede un soplo de vida. Bien claro veo tus aspiraciones a la tiranía.

BDELICLEÓN.

Es fuerte cosa que sea grande o pequeño el motivo, a todo lo hemos de llamar tiranía y conspiración. Durante cincuenta años, ni una sola vez oí este dichoso nombre de tiranía; pero ahora es más común que el del pescado salado, y en el mercado no se oye ya otra cosa. Si uno compra orfos y no quiere membradas, el que vende estos peces en el puesto inmediato, grita al momento: «Ese hombre, quiere regalarse como durante la tiranía». Si otro pide puerros para sazonar las anchoas, la verdulera, mirándole de soslayo, le dice: «¿Puerros, eh? ¿Quieres restablecer la tiranía, o piensas que Atenas te ha de pagar los condimentos?»

JANTIAS.

Sin ir más lejos, yo entré ayer al mediodía en casa de una cortesana; y porque la propuse ciertos ejercicios hípicas, me preguntó furiosa si quería restablecer la tiranía de Hipias.

BDELICLEÓN.

Eso le agrada al pueblo: y a mí, porque quiero que mi padre cambie de costumbres, y, dejándose de delaciones, y pleitos y miserias, no salga de casa al amanecer y viva espléndidamente como Móricos, me acusan de conjuración y tiranía.

FILOCLEÓN.

Y se te está muy bien empleado; pues yo ni por todas las delicias del mundo dejaría este género de vida de que pretendes apartarme. A mí no me gustan las rayas ni las anguilas; un pleito pequeño cocido en su correspondiente tartera, me agradaría más.

BDELICLEÓN.

Claro está, como que te has acostumbrado a ello; mas si puedes callar y escuchar con paciencia lo que te digo, creo que te demostraré cuán engañado estás.

FILOCLEÓN.

¿Me engaño cuando juzgo?

BDELICLEÓN.

¿No conoces que se burlan de ti esos hombres a quienes rindes culto y adoración?
¿Que no eres más que un esclavo?

FILOCLEÓN.

¡Esclavo yo! Yo, que mando a todo el mundo.

BDELICLEÓN.

No lo creas: te haces la ilusión de que mandas, y eres un esclavo; y, si no, dime, padre: ¿qué honra obtienes de disfrutar todos los tributos de la Grecia?

FILOCLEÓN.

Muchísima: apelo al testimonio de esos amigos.

BDELICLEÓN.

Acepto el arbitraje: soltadle, esclavos.

FILOCLEÓN.

Dadme una espada. Si tus argumentos me vencen, me atravesaré con ella.

BDELICLEÓN.

Y si no, ¿te conformas con la sentencia de esos árbitros?

FILOCLEÓN.

No beberé jamás vino en honor del buen genio.

CORO.

Ahora, adalid nuestro, es preciso que encuentres nuevas razones, a fin de...

BDELICLEÓN.

Traedme aquí cuanto antes unas tablillas; pero tú ¿qué opinión piensas sustentar cuando le incitas así?

CORO.

...no hablar como pudiera hacerlo ese joven. Ya ves la inmensa importancia del certamen, y que lo perderemos si (lo que Dios no quiera) este sale vencedor.

BDELICLEÓN.

Iré apuntando todo cuanto diga, para que nada se me olvide.

FILOCLEÓN.

¿Qué me decís si este sale vencedor?

CORO.

La turba de los viejos no servirá para nada. En todas las calles se burlarán de nosotros llamándonos talóforos y mondaduras de pleitos. Tú, que vas a defender nuestra soberanía, despliega, pues, atrevidamente todos los recursos de tu lengua.

FILOCLEÓN.

Empezaré por probar desde las primeras palabras que nuestro poder no es menor que el de los reyes más poderosos. Pues, ¿quién más afortunado, quién más feliz que un juez? ¿Hay vida más deliciosa que la suya? ¿Existe algún animal más temible, sobre todo si es viejo? Para cuando salto del lecho, ya me están esperando unos hombrones de cuatro codos que me escoltan hasta el tribunal: apenas me presento, una mano delicada, que fue esquilmadora del erario, estrecha blandamente la mía: los acusados abrazan suplicantes mis rodillas, y me dicen con lastimera voz: «Ten compasión de mí, padre mío; yo te lo pido por los hurtos que hayas podido cometer en el ejercicio de alguna magistratura o en el aprovisionamiento del ejército.» Pues bien, este a quien me refiero no sabría siquiera si yo existía si no le hubiera absuelto la primera vez.

BDELICLEÓN.

Tomo nota de lo que dices sobre los suplicantes.

FILOCLEÓN.

Entro después, abrumado de súplicas, y calmada mi cólera suelo hacer en el tribunal todo lo contrario de lo que había prometido; pero escucho a una muchedumbre de acusados que en todos los tonos piden la absolución. ¡Oh! ¡Cuántas palabras de miel pueden oír allí los jueces! Unos lamentan su pobreza, y añaden males fingidos a los verdaderos hasta lograr que sus desgracias iguallen a las nuestras: otros nos recitan fábulas: estos nos refieren alguna gracia de Esopo: aquellos dicen un chiste para hacerme reír y desarmar mi ira. Cuando tales recursos no nos vencen, se presentan de pronto trayendo sus hijos e hijas de la mano: yo presto atención: ellos, desgredado el cabello, prorrumpen en berridos; el padre, temblando, me suplica como a un Dios que le absuelva siquiera por ellos. «Si te es grata la voz de los corderos, dice, compadécete de la de mi hijo.» «Si te gusta más la de las puerquecillas, procura conmoverte con la de mi hija.» Entonces disminuimos un poco nuestro furor. ¿No es esto, decidme, un gran poder que nos permite despreciar las riquezas?

BDELICLEÓN.

Nota segunda: el desprecio de las riquezas. Dime ahora cuáles son esas ventajas por las cuales te crees señor de la Grecia.

FILOCLEÓN.

También cuando se examina la edad de los niños tenemos el privilegio de verlos desnudos. Si Eagro es citado a juicio, no consigue salir absuelto hasta después de habernos recitado el más hermoso trozo de la Níobe. Si gana un flautista el pleito, en pago de la sentencia se pone delante de la boca la correa, y nos toca al salir del tribunal una marcha primorosa. Cuando muere un padre disponiendo con quién ha de casarse su hija y única heredera, nosotros hacemos caso omiso del testamento y de la conchita que con tanta gravedad cubre su sello, y entregamos la hija a quien ha sabido ganarnos con sus súplicas. Y todo esto sin la menor responsabilidad. Cítame otro cargo que tenga este privilegio.

BDELICLEÓN.

Te felicito por ese privilegio, que hasta ahora es el único; pero eso de anular el testamento de la única heredera, me parece injusto.

FILOCLEÓN.

Además, cuando el Senado y el pueblo no saben qué decidir sobre algún grave asunto, dan un decreto para que los acusados comparezcan ante los jueces. Entonces Evatlo, y el ilustre Cleónimo, grande adulator y arrojador de escudos, juran no abandonarnos nunca y combatir por la muchedumbre. Y dime, ¿ante el pueblo ha podido nunca orador alguno hacer prevalecer su opinión si no ha dicho antes que los

jueces deben retirarse en cuanto hayan sentenciado un solo pleito? El mismo Cleón, que todo lo avasalla con sus alaridos, no se atreve a mordernos; al contrario, vela por nosotros, nos acaricia y nos espanta las moscas. ¿Has hecho tú eso ni una vez siquiera por tu padre? Pues, hijo mío, Teoro, el mismo Teoro, aunque no vale menos que el ilustre Eufemio, coge una esponja del barreño y nos limpia los zapatos. Considera, pues, de qué bienes quieres excluirme y despojarme: mira si esto es servidumbre y esclavitud, como decías.

BDELICLEÓN.

Desahógate a gusto; día llegará en que conozcas que esa tu decantada autoridad se parece a un trasero, siempre sucio por más que se le lave.

FILOCLEÓN.

Pero se me olvidaba lo más delicioso: cuando entro en casa con el salario, todos corren a abrazarme atraídos por el olorillo del dinero: enseguida mi hija me lava, me perfuma los pies y se inclina sobre mí para besarme; me llama «papá querido» y me pesca con la lengua el trióbolo que llevo en la boca. Después mi mujercita, toda mimos y halagos, me presenta una torta riquísima, se sienta a mi lado y me dice cariñosa: «Come esto, prueba esto otro.» Lo cual me deleita infinito, y me libra de miraros a la cara a ti o al mayordomo, para ver cuando os dignaréis servirme la comida, gruñendo y maldiciéndome. Mas para cuando mi mujer no me trae pronto la torta, tengo este quita-pesares, muralla en que se estrellan todos los dardos. Por si no me das de beber, he traído este soberbio porrón con dos asas a modo de orejas de asno. ¡Cómo rebuzna cuando inclinándome hacia atrás apuro su contenido! Sus terribles cloqueos ahogan el ruido de tus odres. Mi poder es por lo menos igual al del padre de los dioses; pues hablan de mí como del propio Júpiter. Cuando nos alborotamos suelen decir todos los transeúntes: «Jove soberano, cómo truena el tribunal.» Y cuando lanzo el rayo de mi indignación, ¡oh!, entonces es de ver cómo me halagan todos, y cómo el terror descompone el vientre a los más ricos y soberbios. Tú mismo me temes más que ningún otro; sí, tú, por Ceres. Yo, en cambio, que me muera si te tengo miedo.

CORO.

Nunca habíamos oído discutir con tanta precisión y habilidad.

FILOCLEÓN.

No; es que esperaba vendimiar una viña abandonada; pues ya conoce bien mi superioridad en la materia.

CORO.

¡Qué bien lo ha dicho todo! ¡De nada se ha olvidado! Al oírle me sentía crecer. Ya pensaba estar administrando justicia en las Islas Afortunadas. ¡Tal es el encanto de su elocuencia!

FILOCLEÓN.

¡Cómo se entusiasma! ¡Ya no cabe en el pellejo! Infeliz, dentro de poco todo se le van a antojar garrotes.

CORO.

Si quieres salir vencedor, preciso es que emplees todos tus ardides. Difícil es templar mi cólera, sobre todo hablando en contra mía. Por tanto, si nada bueno tienes que decir, ya puedes buscar una muela buena y recién cortada para quebrantar nuestra ira.

BDELICLEÓN.

Ardua, atrevida y superior a las fuerzas de un poeta cómico es ciertamente la empresa de desarraigar de la ciudad un vicio tan inveterado. Pero padre mío, hijo de Saturno...

FILOCLEÓN.

No me des ese nombre. Porque si sobre la marcha no me manifiestas que soy un esclavo, no habrá para ti medio de librarte de la muerte, aunque me vea privado de participar de los festines en los sacrificios.

BDELICLEÓN.

Escucha, pues, padrecito mío, y desarruga un poco tu fruncido ceño. Principia por calcular no con piedrecillas, sino con los dedos (la cuenta no es difícil), cuál es el total de los tributos que nos pagan las ciudades aliadas; a ellos agrega los impuestos personales, los céntimos, las rentas, los derechos de los puertos y mercados y el producto de los salarios y confiscaciones. En junto sumarán unos dos mil talentos. Cuenta ahora el sueldo anual de los jueces, que son seis mil, pues nunca excedieron de este número, y hallarás que asciende a ciento cincuenta talentos.

FILOCLEÓN.

De modo que nuestro sueldo no llega a la décima parte de las rentas.

BDELICLEÓN.

Justamente.

FILOCLEÓN.

¿A dónde va a parar todo lo demás?

BDELICLEÓN.

A esos que están diciendo siempre: «nunca haremos traición al pueblo ateniense; siempre combatiremos por la democracia.» Tú, padre mío, engañado por sus palabras, dejas que te dominen. Ellos en tanto arrancan a los aliados los talentos por cincuentenas, aterrándoles con estas amenazas: «O me pagáis tributo, dicen, o no dejo piedra sobre piedra en vuestra ciudad.» Y tú te contentas con roer los zancajos que les sobran. A los aliados, en tanto, viendo que la multitud ateniense vive miserablemente de su salario de juez, se les importa tanto de ti, como del voto de Comio; mas a ellos les traen a porfía orzas de conservas, vino, tapices, queso, miel, sésamo, cojines, frascos, túnicas preciosas, coronas, collares, copas, en fin cuanto contribuye a la salud y a la riqueza; y a ti, que mandas en ellos, después de tus infinitos trabajos en mar y tierra, ni siquiera te dan una cabeza de ajos para guisar tus pececillos.

FILOCLEÓN.

Efectivamente, yo mismo he tenido que enviar a casa de Eucárides a por tres ajos. Pero me consumes no probándome esa pretendida esclavitud.

BDELICLEÓN.

¿No es esclavitud, y grande, el ver a todos esos bribones y a sus aduladores ejerciendo las principales magistraturas y cobrando sueldos soberbios? ¡Tú, con tal que te den los tres óbolos ya estás tan contento! ¡Tú, que has ganado para ellos todos esos bienes, peleando por mar y tierra y sitiando ciudades! Pero lo que más me irrita es que te obliguen a asistir al tribunal de orden ajena, cuando un jovenzuelo disoluto, el hijo de Quéreas, por ejemplo, ese que anda con las piernas separadas y aire afeminado y lascivo, entra en casa y te manda que vayas a juzgar muy temprano y a la hora fijada, porque todo el que se presente después de la señal no cobrará el trióbolo. Él, en cambio, aunque llegué tarde cobra un dracma como abogado público. Después, si un acusado le da algo, hace partícipe de ello a su colega, y ambos procuran arreglar como puedan el negocio. Entonces es de ver cómo a modo de aserradores de leña, uno lo suelta y otro lo toma; y cómo tú te estás con la boca abierta y con los ojos fijos en el pagador público, sin notar sus manejos.

FILOCLEÓN.

¡Eso hacen conmigo! ¡Ah! ¿Qué dices? Me destrozas el corazón. Ya no sé ni lo que pienso ni lo que digo.

BDELICLEÓN.

Considera, pues, que tú y todos tus colegas podíais enriqueceros sin dificultad, si no os dejaseis arrastrar por esos aduladores que están siempre alardeando de amor al pueblo. Tú, que imperas sobre mil ciudades desde la Cerdeña al Ponto, solo disfrutas del miserable sueldo que te dan, y aun ese te lo pagan poco a poco, gota a gota,

como aceite que se exprime de un vellón de lana; en fin, lo preciso para que no te mueras de hambre. Quieren que seas pobre, y te diré la razón: para que reconociéndoles por tus alimentadores, estés dispuesto a la menor instigación a lanzarte como un perro furioso sobre cualquiera de sus enemigos. Como quieran, nada les será más fácil que alimentar al pueblo. ¿No tenemos mil ciudades tributarias? Pues impóngase a cada una la carga de mantener veinte hombres, y veinte mil ciudadanos vivirán deliciosamente, comiendo carne de liebre, llenos de toda clase de coronas, bebiendo la leche más pura, gozando, en una palabra, de todas las ventajas a que les dan derecho nuestra patria y el triunfo de Maratón. En vez de eso, como si fuerais jornaleros recolectores de aceituna, seguís al pagador de sueldos.

FILOCLEÓN.

¡Ay, súbito hielo entorpece mi mano; no puedo sostener la espada; me siento desfallecer!

BDELICLEÓN.

Esos intrigantes cuando cobran miedo os dan la Eubea y prometen distribuir cincuenta celemines de trigo: nunca te han dado, bien lo sabes, más de cinco celemines, y esos con mil molestias, midiéndolos uno por uno, y exigiéndote previa justificación de no ser extranjero. Ahí tienes por qué te tengo encerrado siempre, deseando mantenerte yo mismo y librarte de insolentes burlas. Resuelto estoy a darte cuanto quieras, menos ese maldito salario.

CORO.

¡Cuán sabio era el que dijo: «No juzgues sin haber oído a ambas partes!» (A Bdelicleón.) Ahora me parece que tú tienes sobrada razón. Mi cólera se calma, y arrojo estos garrotes. (A Filocleón.) Cede, cede a sus consejos, colega y contemporáneo nuestro; no seas obstinado, ni hagas alarde de tenacidad inflexible. ¡Ojalá tuviera yo un pariente o amigo que así me aconsejase! Hoy, que se te aparece un dios para socorrerte y colmarto de favores, recíbelos propicio.

BDELICLEÓN.

Sí, yo le mantendré y le daré cuanto un anciano puede desear: ricos puches, blancas túnicas, un fino manto y una cortesana que le frote los riñones. Pero se calla y no dice esta boca es mía. Mala espina me da.

CORO.

Es que recobra la razón en el mismo punto que la había perdido: reconoce su culpa, y se arrepiente de haber desoído tanto tiempo tus exhortaciones. Quizá ahora, más cuerdo, se propone mudar de costumbres y obedecerte en todo.

FILOCLEÓN.

¡Ay de mí!

BDELICLEÓN.

¿Por qué esa exclamación?

FILOCLEÓN.

Déjate de promesas; lo que yo quisiera era estar allí, sentarme allí donde el heraldo grita: «El que no haya emitido todavía su voto, que se levante.» ¡Ah! ¿Por qué no me he de encontrar junto a las urnas y depositar en ellas el último mi voto? ¡Apresúrate, alma mía! Alma mía, ¿dónde estás? «Tinieblas, abridme paso.» ¡Oh! Por Hércules lo juro, mi más vehemente deseo es sentarme hoy entre los jueces y convencer de robo a Cleón.

BDELICLEÓN.

En nombre de los dioses, padre mío, cede a mis ruegos.

FILOCLEÓN.

¿Qué deseas? Pídeme cuanto quieras, menos una cosa.

BDELICLEÓN.

¿Qué cosa es esa? Di.

FILOCLEÓN.

Que no juzgue; antes de consentirlo, Plutón habrá pronunciado mi sentencia.

BDELICLEÓN.

Sea, ya que tanto te gusta administrar justicia; pero cuando menos no acudas ya al tribunal; quédate en casa y juzga a los criados.

FILOCLEÓN.

¿Sobre qué? ¡Tú deliras!

BDELICLEÓN.

Haciendo en casa lo mismo que allí: si la criada abre clandestinamente la puerta, la condenas a una simple multa; es decir, exactamente igual que en el tribunal. Todo lo demás se hará también como allí se acostumbra: cuando caliente el sol, juzgarás desde la mañana sentado al sol; y cuando nieve o llueva, sentado ante el hogar: así aunque te levantes al mediodía, ningún tesmoteta te prohibirá la entrada en el tribunal.

FILOCLEÓN.

Eso me agrada.

BDELICLEÓN.

Además, si un orador habla mucho tiempo, no tendrás que esperar rabiando de hambre a que concluya, con gran tormento tuyo y del acusado que teme tu furor.

FILOCLEÓN.

¿Pero podré lo mismo que hasta ahora conocer perfectamente el asunto, si como en el intervalo?

BDELICLEÓN.

Mejor que en ayunas. ¿No has oído decir a todo el mundo que, cuando los testigos mienten, los jueces solo pueden comprender el asunto a fuerza de rumiarlo?

FILOCLEÓN.

Me has convencido. Mas aún no me has dicho quién me pagará los honorarios.

BDELICLEÓN.

Yo.

FILOCLEÓN.

Bueno, así recibiré yo solo mi paga, y no en compañía de otro: porque hace poco ese bufón de Lisítrato me jugó la más mala pasada que puede imaginarse. Había recibido un dracma para los dos, y fuimos a la pescadería, donde lo cambio en monedas de cobre; luego, en vez de darme mi parte, me puso en la mano tres escamas; yo, creyendo que eran tres óbolos, las escondí en la boca; pero ofendido por el olor las arrojé en seguida y le cité a juicio.

BDELICLEÓN.

¿Y qué dijo?

FILOCLEÓN.

¿Qué dijo? Que yo tenía estómago de gallo. «Digieres fácilmente el dinero», repetía riéndose.

BDELICLEÓN.

¿Ves cuánto vas ganando hasta en esto?

FILOCLEÓN.

No poco, es verdad. Pero, anda, haz lo que has prometido.

BDELICLEÓN.

Espera un momento; en seguida vuelvo aquí con todo.

FILOCLEÓN.

¡Mirad cómo se cumplen los oráculos! Yo había oído que llegaría día en que cada ateniense administraría justicia en su propia casa, y construiría en el vestíbulo un pequeño tribunal, como esas estatuas de Hécate que se colocan delante de las puertas.

BDELICLEÓN.

Heme aquí: ¿qué tienes que decir? Traigo todo lo que te dije y mucho más. Este bacín puede colgarse a tu lado para cuando lo necesites.

FILOCLEÓN.

¡Feliz ocurrencia! ¡Excelente remedio para preservar a un viejo de la retención de orina!

BDELICLEÓN.

Aquí traigo además un hornillo con una escudilla llena de lentejas, por si se te ocurre comer.

FILOCLEÓN.

Muy bien, muy bien; de modo que cobraré mi salario, aunque tenga calentura, y podré comer lentejas sin moverme de aquí. Mas ¿para qué me traes ese gallo?

BDELICLEÓN.

Para que si te duermes durante la defensa de una causa, te despierte cantando encima de ti.

FILOCLEÓN.

Solo echo de menos una cosa; todo lo demás me satisface.

BDELICLEÓN.

¿Cuál?

FILOCLEÓN.

¿Si pudieras traer la estatua de Lico?

BDELICLEÓN.

Hela aquí; parece el mismo héroe.

FILOCLEÓN.

¡Oh, héroe mi señor! ¡Cuán terrible es tu aspecto! Es el retrato de Cleónimo.

SOSIAS.

Por eso, aunque es un héroe, no tiene armas.

BDELICLEÓN.

Si te sientas, someteré en seguida a tu decisión una causa.

FILOCLEÓN.

Venga al punto: hace cien años que estoy sentado.

BDELICLEÓN.

Veamos; ¿por qué causa principiaremos? ¿habrá faltado alguno de los criados? ¡Ah! Trata, que hace poco se dejó quemar el puchero...

FILOCLEÓN.

¡Eh! detente: me has puesto al borde del abismo. ¿Cómo pretendes que actúe el tribunal sin balaustrada? Precisamente es para nosotros lo más sagrado.

BDELICLEÓN.

Es verdad, por Júpiter. Corro a casa y la traigo volando. ¡Lo que es la costumbre!

JANTIAS.

¡Diantre de animal! ¿Es posible que demos de comer a semejante perro?

BDELICLEÓN.

¿Qué pasa?

JANTIAS.

Nada, que Labes, tu perro, ha entrado en la cocina, ha robado un magnífico queso de Sicilia, y se lo ha engullido.

BDELICLEÓN.

Ya tenemos la primera causa en que ha de entender mi padre. (A Jantias.) Comparece tú como acusador.

JANTIAS.

Yo no, por vida mía; otro perro dice que presentará la acusación, si se instruye el proceso.

BDELICLEÓN.

Bueno; tráete acá los dos.

JANTIAS.

Es lo que hay que hacer.

FILOCLEÓN.

¿Qué es eso?

BDELICLEÓN.

La gamella de los cerdos consagrados a Vesta.

FILOCLEÓN.

¿Osas poner sobre ella tus sacrílegas manos?

BDELICLEÓN.

No; principiando por sacrificar a Vesta, trituraré a mi adversario.

FILOCLEÓN.

Vamos, vamos, principia pronto la acusación; yo ya sé cuál castigo ha de imponerse.

BDELICLEÓN.

Deja que te traiga las tablillas y el estilo.

FILOCLEÓN.

¡Oh! ¡Me mueles y me asesinas con tus dilaciones! Lo mismo me era escribir en la arena.

BDELICLEÓN.

Ten.

FILOCLEÓN.

Cita, pues.

BDELICLEÓN.

Ya estoy.

FILOCLEÓN.

¿Quién es ese primero?

BDELICLEÓN.

¡Oh, qué memoria la mía! Esto es atroz. ¿Pues no se me han olvidado las urnas de los votos?

FILOCLEÓN.

Eh, tú, ¿a dónde vas?

BDELICLEÓN.

A por las urnas.

FILOCLEÓN.

Es inútil; me serviré de estos cacharros.

BDELICLEÓN.

Muy bien; ya tenemos todo lo necesario, excepto la clepsidra.

FILOCLEÓN.

¿No puede pasar por clepsidra este bacín?

BDELICLEÓN.

Eres ingenioso para proporcionarte los útiles precisos y acostumbrados. Pronto, traed fuego, mirtos e incienso para que principiemos por invocar a los Dioses.

CORO.

Durante vuestras libaciones uniremos nuestros votos a los vuestros, congratulándonos de que una reconciliación tan generosa haya seguido a vuestras disputas y querellas.

BDELICLEÓN.

Principiad, pues, por guardar un silencio religioso.

CORO.

¡Oh Febo! ¡Oh Apolo Pitio! Haz que el negocio que va a resolverse delante de esa puerta, sea para bien de todos nosotros, libres ya de nuestros errores. ¡Oh Peán!

BDELICLEÓN.

¡Oh Dios poderoso, Apolo Agieo que velas ante el vestíbulo de mi casa! Acepta este nuevo sacrificio que te ofrezco para que te dignes suavizar el humor áspero e intratable de mi padre. ¡Oh rey! endulza con algunas gotas de miel su avinagrado corazón; que sea en adelante clemente con los hombres; más compasivo con los reos que con los acusadores; sensible a las súplicas, y que pierda su carácter esa furia, dolorosa para el que se acerca, como las ortigas.

CORO.

Nosotros unimos a los tuyos nuestros votos en favor del nuevo magistrado. Pues te queremos, Bdelicleón, desde que nos has dado a conocer que amas al pueblo como ningún otro joven.

BDELICLEÓN.

Si hay algún juez fuera, que entre; pues en cuanto se principie la vista no se dejará entrar a nadie.

FILOCLEÓN.

¿Quién es ese acusado? ¡Qué condena le aguarda!

BDELICLEÓN (Como acusador).

Oíd el acta de acusación. La suscribe un perro cidatenense contra Labes de Exona, al que acusa de haberse comido él solo, contra toda razón y derecho, un queso de Sicilia. La pena, una argolla de higuera.

FILOCLEÓN.

O la muerte canina si se le prueba.

BDELICLEÓN.

Aquí está Labes el acusado.

FILOCLEÓN.

¡Ah, maldito! ¡Qué traza de ladrón tienes! ¿Si creerá que me va a engañar apretando los dientes?

BDELICLEÓN.

¿Dónde está el querellante, el perro cidatenense?

EL PERRO.

¡Guau! ¡Guau!

BDELICLEÓN.

Aquí está.

FILOCLEÓN.

Ese es otro Labes, bueno solo para ladrar y lamer ollas.

BDELICLEÓN (Haciendo de heraldo).

Calla y siéntate. Tú (A Jantias), sube y acusa.

FILOCLEÓN.

Vamos, en tanto voy a servirme y sorberme las lentejas.

JANTIAS (Acusador).

Ya habéis oído, oh jueces, el escrito de acusación que he presentado contra Labes: ha cometido contra mí y los marinos la más indigna felonía; se metió en un rincón oscuro, robó un enorme queso de Sicilia, y atracándose en las tinieblas...

FILOCLEÓN.

Basta, basta; el hecho está probado: el gran canalla acaba de soltar junto a mis narices un eructo que apesta a queso.

JANTIAS.

...Se negó a darme la parte que le pedía. Ahora bien; ¿podrá prestaros servicio alguno quien no da nada a vuestro perro leal?

FILOCLEÓN.

¿No ha dado nada?

JANTIAS.

¡Nada a mí, a su compañero!

FILOCLEÓN.

Se conoce que el mozo tiene los cascos tan calientes como estas lentejas.

BDELICLEÓN.

Por favor, padre mío; no sentencies antes de haber escuchado a los dos.

FILOCLEÓN.

Pero, querido, si la cosa está clara; si está clamando justicia.

JANTIAS.

No le absolváis: es el perro más egoísta y voraz; recorre en un instante todo el molde de un queso, y se engulle la costra que le recubre.

FILOCLEÓN.

Ni siquiera me ha dejado con que cerrar las grietas de mi urna.

JANTIAS.

Castigadle; una sola casa no puede mantener dos ladrones; yo no quiero ladrar con el estómago vacío; castigadle, pues, o dejaré de ladrar.

FILOCLEÓN.

¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas maldades! El mozo es ladrón de veras. ¿No te parece lo mismo, gallo mío? ¡Ah! sí, se adhiere a mi opinión. ¡Eh, tesmoteta! ¿Dónde estás? Dame el bacín.

BDELICLEÓN.

Cógelo tú, que yo estoy llamando los testigos. Testigos de Labes, compareced: son un plato, una mano de mortero, un cuchillo, unas parrillas, una olla y otros utensilios medio quemados. ¿Acabas de hacer aguas? ¿O no vas a sentarte nunca?

FILOCLEÓN.

Aún no; pero creo que ese pasará hoy a mayores.

BDELICLEÓN (A Filocleón).

¿Serás siempre duro o intratable con los reos? ¿Cebará siempre en ellos tu furor? (Al acusado.) Sube y defiéndete. ¿Por qué te callas? Habla.

FILOCLEÓN.

Parece que no tiene nada que alegar.

BDELICLEÓN.

Sí que tiene, pero se me figura que le pasa lo que a Tucídides en otra ocasión, cuando la sorpresa le cerró la boca. Retírate: yo me encargo de tu defensa. Ya comprenderéis, oh jueces, lo comprometido que es defender a un perro acusado de crimen tan atroz. Hablaré no obstante. En primer lugar, es valiente y ahuyenta los lobos.

FILOCLEÓN.

Pero es ladrón y conspirador.

BDELICLEÓN.

No, por Júpiter; es el mejor de los perros, capaz de guardar el rebaño más numeroso.

FILOCLEÓN.

¿Qué importa si se come el queso?

BDELICLEÓN.

Pero en cambio te defiende, te guarda la puerta, y tiene otras inmejorables cualidades. Si cometió algún hurto, hay que perdonárselo. ¿No ves que es un ignorantón que ni aun tocar la lira sabe?

FILOCLEÓN.

¡Ojalá tampoco supiera escribir! Así no hubiera redactado su defensa.

BDELICLEÓN.

Oye, honrado juez, a mis testigos. Acércate, buen cuchillo, y declara en voz alta. Tú eras entonces pagador. Responde claro. ¿No partiste las porciones que debían ser distribuidas a los soldados? — Dice que sí las partió.

FILOCLEÓN.

Pues miente el bellaco.

BDELICLEÓN.

¡Oh compasivo juez, ten piedad de su infortunio! El infeliz Labes siempre come espinas y cabezas de pescados; no para un momento en un sitio: ese otro solo sirve para guardar la casa, y ya sabe lo que se hace; así reclama una parte de todo lo que traen, y al que no se la da, le clava el diente.

FILOCLEÓN.

¡Ah, estoy enfermo! ¡Se me figura que blandeo! ¡Oh desgracia! ¡Yo enternecido!

BDELICLEÓN.

Yo te lo ruego, padre mío, compadeceos de él, no le condenéis. ¿Dónde están sus hijos? Acercaos, infelices. Aullad, suplicad, llorad sin consuelo.

FILOCLEÓN.

Baja, baja, baja, baja.

BDELICLEÓN.

Bajaré, aunque esa palabra «baja» ha engañado a muchos. No obstante, bajaré.

FILOCLEÓN.

¡Vete al infierno! ¿Por qué habré comido esas lentejas? ¿Pues no he llorado? Creo que esto no me hubiera sucedido si no me hubiera atracado de esas malditas lentejas.

BDELICLEÓN.

¿Será, pues, absuelto?

FILOCLEÓN.

No he dicho tal cosa.

BDELICLEÓN.

Vamos, padrecito mío, sé más humano. Coge tu voto; da un paso atrás; échalo en la segunda urna, cerrando un poco los ojos. Absuélvelo, padre mío.

FILOCLEÓN.

No: tampoco yo sé tocar la lira.

BDELICLEÓN.

Ven, te llevaré yo mismo.

FILOCLEÓN.

¿Es esta la primera urna?

BDELICLEÓN.

Esa.

FILOCLEÓN.

Pues aquí echo mi voto.

BDELICLEÓN.

Cayó en el lazo, y lo absolvió sin saberlo.

FILOCLEÓN.

Veamos; vuelve la urna. ¿Cuál es el resultado?

BDELICLEÓN.

Míralo. Labes, has sido absuelto. Padre, padre, ¿qué te pasa? ¡Agua, agua! vamos, recóbrate.

FILOCLEÓN.

Dime, ¿de veras ha sido absuelto?

BDELICLEÓN.

Sí.

FILOCLEÓN.

¡Ah, soy perdido!

BDELICLEÓN.

Valor, padre mío, no te aflijas.

FILOCLEÓN.

¿Cómo podré resistir la pena de haber absuelto a un criminal? ¿Qué va a ser de mí? ¡Oh santos dioses, perdonadme; lo hice a pesar mío; esa, ya lo sabéis, no es mi costumbre!

BDELICLEÓN.

No lo tomes tan a pecho, padre mío; yo te daré una vida regalada; te llevaré a cenas y convites; vendrás conmigo a todas las fiestas, y pasarás dulcemente el resto de tu existencia: ya no se burlará de ti Hipérbolo. Pero entremos.

FILOCLEÓN.

Haz lo que gustes.

CORO.

Id alegres a donde queráis. Escuchad, en tanto, innumerables espectadores, nuestros prudentes consejos, y procurad que no caigan en saco roto: esa falta es propia de un auditorio ignorante; vosotros no la podéis cometer.

Ahora, si amáis la verdad desnuda y el lenguaje sin artificios, prestadme atención, oh pueblo. El poeta quiere haceros algunos cargos. Está quejoso de vosotros, que antes le acogisteis tan bien, cuando imitando unas veces al espíritu profético oculto en el vientre de Euricles, hizo que otros poetas os presentasen muchas comedias suyas, y afrontando otras cara a cara el peligro dirigió por su mano sin ajeno auxilio los vuelos de su Musa. Colmado por vosotros de gloria y honores, como ningún otro vate, no creyó, sin embargo, haber llegado a la cúspide de la perfección, ni se enorgulleció por ello, ni recorrió las palestras para corromper a la juventud deslumbrada por sus triunfos. Noblemente resuelto a que las Musas que le inspiran no desciendan jamás al oficio de viles alcahuetas, ha desoído las reclamaciones del amante, quejoso de ver ridiculizado el objeto de su torpe pasión. Ya en el extremo de su carrera dramática no luchó con hombres, sino que manejando intrépido la clava de Hércules, hubo de atacar a los mayores monstruos. Principió por acometer audazmente a aquella horrenda fiera, de dientes espantosos, ojos terribles, flameantes como los de Cinna, rodeado de mil infames aduladores que a porfía le lamen la cabeza; de voz estruendosa como la de destructor remolino; de olor a foca y de partes secretas, que por lo inmundas recuerdan las de los camellos y las lamias. A la vista de semejante monstruo el miedo no le arrancó regalos para apaciguarle; al contrario, sintió aumentarse su valor para defenderos. Así, el año último dirigió de nuevo sus ataques contra esos vampiros que, pálidos, abrasados por incesante fiebre, estrangulaban en las tinieblas a vuestros padres y abuelos, y acostados en el lecho de los ciudadanos pacíficos enemigos de cuestiones, amontonaban sobre ellos procesos, citaciones y testigos, hasta el punto de que muchos acudieron aterrados al Polemarca. Esto no obstante, el año pasado abandonasteis al denodado defensor que puso todo su ahínco en purgar de tales males a la patria, y le abandonasteis precisamente cuando sembraba pensamientos de encantadora novedad, cuyo crecimiento impedisteis por no haberlos comprendido

bien; el autor, sin embargo, jura a menudo entre estas libaciones a Baco, que jamás oísteis versos cómicos mejores que los suyos. Vergonzoso es que no entendieseis de seguida su intención profunda; pero al poeta le consuela el no haber desmerecido en la opinión de los doctos, aunque se haya estrellado su esperanza por vencer en audacia a sus rivales.

En adelante, queridos atenienses, amad y honrad más a los poetas que procuran deleitaros con nuevas invenciones: recoged sus pensamientos y guardadlos en vuestras arcas como manzanas olorosas. Si así lo hicieréis, vuestros vestidos exhalarán todo el año un suave perfume de sabiduría.

En otro tiempo éramos infatigables en la danza, infatigables en la guerra, infatigables, sobre todo, en las lides amorosas. ¡Todo, todo ha pasado! La blancura de nuestros cabellos vence ya a la del cisne; fuerza será, sin embargo, reanimar en estos restos el vigor juvenil; pues mi vejez, según creo, vale más que los rizos, adornos y disolutas costumbres de muchos jovenzuelos.

Espectadores: si alguno de vosotros se asombra al vernos vestidos de avispa y no comprende el objeto de nuestro agujón, fácilmente disiparé su ignorancia. Nosotros, a quienes veis así armados por detrás, somos la gente ática única verdaderamente noble y autóctona; raza valerosísima que tan insignes servicios prestó a la república cuando el bárbaro, ganoso de arrojarlos de nuestras colmenas, invadió este territorio llevando delante de sí el incendio y la desolación. Al punto corrimos a su encuentro, y armados de escudo y lanza, le atacamos. La ira hervía en nuestros pechos; nos tocábamos hombre con hombre; nos mordíamos los labios de coraje, y una nube de dardos oscurecía el cielo: por fin, con ayuda de los Dioses los derrotamos a la caída de la tarde. Antes del combate una lechuza había pasado sobre nuestro ejército. Después les perseguimos, clavándoles nuestro agujón como furiosos tábanos; ellos huían y nosotros les picábamos las mejillas y la frente; así es que para los bárbaros nada hay ya tan temible como la avispa ática.

Terribles éramos en aquel tiempo: nada nos amedrentaba: a bordo de las trirremes exterminamos los enemigos. No nos cuidábamos entonces de perorar elegantemente, ni de calumniar a nadie; toda nuestra ambición se cifraba en ser el mejor remero. De este modo ganamos a los persas muchas ciudades. Y a nuestro valor se deben principalmente esos tributos que hoy derrochan los jóvenes.

Si nos miráis con detención, observaréis que somos semejantes a las avispas en nuestras costumbres y modo de vivir. En primer lugar, cuando se nos irrita no hay animal más colérico e intratable; y en todo lo demás hacemos lo que ellas. Reunidos en enjambres nos repartimos en diferentes avisperos: unos vamos a juzgar con el Arconte, otros al Odeón, otros con los Once, y otros, pegados a la pared con la cabeza baja y sin moverse apenas, nos parecemos a las larvas encerradas en su capullo. El procurarnos la subsistencia nos es sumamente fácil, pues nos basta para ello picar al

primero que se presenta. Pero hay entre nosotros zánganos desprovistos de aguijón, que se comen sin trabajar el fruto de nuestros afanes. Y es doloroso, ciudadanos, que quien nunca peleó, quien nunca se hizo una ampolla manejando el remo o la lanza en defensa de la república, se apodere así de nuestro salario. Por tanto, opino que en adelante quien no tenga aguijón no cobre el trióbolo.

FILOCLEÓN.

No, jamás mientras viva dejaré de llevar este manto, al que debí la salvación en aquella batalla cuando el Bóreas se desencadenó furioso.

BDELICLEÓN.

¿No deseas tu comodidad?

FILOCLEÓN.

¡Por vida de Júpiter, no hay más que hacerse hermosos trajes! El otro día me ensució tanto atracándome de peces fritos, que tuve que pagar tres óbolos al quita-manchas.

BDELICLEÓN.

Una vez que te has puesto en mis manos, ensaya este nuevo género de vida, y déjame cuidarte.

FILOCLEÓN.

Bueno, ¿qué quieres que haga?

BDELICLEÓN.

Quítate ese manto ordinario, y ponte en su lugar este más fino.

FILOCLEÓN.

Valía la pena de engendrar y criar hijos para que este pretenda ahora asfixiarme.

BDELICLEÓN.

Ea, pónelo y calla.

FILOCLEÓN.

Por los dioses, ¿qué especie de vestido es este?

BDELICLEÓN.

Unos le llaman pérsida, otros pelliza.

FILOCLEÓN.

Yo creí que era una manta de las que hacen en Timeta.

BDELICLEÓN.

No es extraño; como nunca has ido a Sardes. Si no, ya la hubieras conocido.

FILOCLEÓN.

¿Yo? No, por Júpiter; pero se me figura que a lo que más se parece es al saco peludo de Móricos.

BDELICLEÓN.

Ni por pienso: esto se teje en Ecbatana.

FILOCLEÓN.

¿Hay, pues, allí intestinos de lana?

BDELICLEÓN.

No, hombre, no, esto lo fabrican los bárbaros sin perdonar gasto. Quizá en esta túnica haya entrado un talento de lana.

FILOCLEÓN.

Entonces debía llamársela pierde-lana, más bien que pelliza.

BDELICLEÓN.

Vamos, padre mío, estate quieto un instante y pónela.

FILOCLEÓN.

¡Oh! ¡Qué calor tan horrible me da esta maldita túnica!

BDELICLEÓN.

¿Te la pones o qué?

FILOCLEÓN.

No, por piedad; prefiero, si es preciso, que me metas en un horno.

BDELICLEÓN.

Vamos, ya te la pondré yo: ven acá.

FILOCLEÓN.

Coge siquiera ese gancho.

BDELICLEÓN.

¿Para qué?

FILOCLEÓN.

Para sacarme antes de que me derrita.

BDELICLEÓN.

Quítate esos infames zapatos, y ponte este calzado lacedemonio.

FILOCLEÓN.

¡Cómo! ¡Yo sufrir en mis pies unos zapatos hechos por mis enemigos!

BDELICLEÓN.

Entra el pie y aprieta firme a la suela lacedemonia.

FILOCLEÓN.

No está bien que me obligues a poner el pie en suelo enemigo.

BDELICLEÓN.

Entra ahora el otro.

FILOCLEÓN.

De ninguna manera: uno de estos dedos aborrece a los lacedemonios como el que más.

BDELICLEÓN.

No hay otro remedio.

FILOCLEÓN.

¡Infeliz de mí, no voy a tener sabañones en la vejez!

BDELICLEÓN.

Vamos pronto; ahora imita el paso afeminado y muelle de los ricos... Así, como yo.

FILOCLEÓN.

Sea. Di, ¿a quién de los ricos me parezco más en el andar?

BDELICLEÓN.

¿A quién? A un divieso cubierto de un emplasto de ajos.

FILOCLEÓN.

¡Ah, cuánto deseo pasear moviendo las caderas!

BDELICLEÓN.

Veamos otra cosa: ¿sabrás seguir una conversación seria delante de hombres doctos y bien educados?

FILOCLEÓN.

Sí por cierto.

BDELICLEÓN.

¿De qué hablarás?

FILOCLEÓN.

De muchas cosas. Primero, de cómo Lamia, al verse cogida, produjo un ruido sospechoso. Después, de cómo Cardopión y su madre...

BDELICLEÓN.

Déjate de fábulas y háblanos de cosas humanas, de asuntos frecuentes en las conversaciones de familia.

FILOCLEÓN.

También estoy fuerte en el género familiar: había en otro tiempo un ratón y una comadreja...

BDELICLEÓN.

«Estúpido e ignorante», como decía furioso Teógenes a un limpia-letrinas. ¿Te atreverás a hablar entre hombres de ratones y comadrejas?

FILOCLEÓN.

¿Pues de qué hay que hablar?

BDELICLEÓN.

Solo de grandezas: por ejemplo, de la excelentísima diputación, en la que fuiste parte con Clístenes y Androcles.

FILOCLEÓN.

¡En diputación! ¡Si jamás he ido a ninguna parte, como no haya sido a Paros, lo cual me valió dos óbolos!

BDELICLEÓN.

Cuenta por lo menos cómo Efudión luchó al pancrancio valerosamente con Ascondas, y aunque viejo encanecido, sin embargo conservaba puños y riñones de hierro, robustos costados y una fortísima coraza.

FILOCLEÓN.

Basta, basta; no sabes lo que te dices. ¿Dónde se ha visto luchar al pancrancio con coraza?

BDELICLEÓN.

Pues así suelen hablar los sabios. Ahora dime otra cosa. Cuando estés en un festín con extranjeros, ¿qué hazaña de tu juventud preferirás contarles?

FILOCLEÓN.

¡Oh! ¡Ya sé, ya sé! Mi más famosa hazaña, cuando robé a Ergasión los rodrigones.

BDELICLEÓN.

¡Vete al infierno con tus rodrigones! Eso es ridículo. Lo mejor es que hables de tus cacerías de liebres o jabalíes, o de alguna carrera de antorchas en que tomaste parte; en fin, de cualquier hecho que revele tu valor juvenil.

FILOCLEÓN.

Ahora me acuerdo de uno de los más atrevidos: siendo todavía un rapazuelo, demandé a Failo el andarín por injurias, y le vencí por dos votos.

BDELICLEÓN.

Basta; recuéstate ahí para que aprendas la manera de conducirte en los banquetes y conversaciones.

FILOCLEÓN.

¿Cómo me recuesto? Vamos, dime pronto.

BDELICLEÓN.

Con elegancia.

FILOCLEÓN.

¿Así?

BDELICLEÓN.

No.

FILOCLEÓN.

¿Pues cómo?

BDELICLEÓN.

Estira las piernas y déjate caer blandamente sobre los almohadones como un ligero gimnasta: elogia después los vasos de bronce que haya por allí; admira las cortinas del

patio. En esto presentan agua para las manos; traen las mesas, comemos; nos lavamos; principian las libaciones...

FILOCLEÓN.

¿Pero acaso estamos cenando en sueños?

BDELICLEÓN.

La flautista preludia: los convidados son Teoro, Esquines, Fano, Cleón, Acestor, y al lado de este otro a quien no conozco. Tú estás con ellos. ¿Sabrás continuar las canciones principiadas?

FILOCLEÓN.

Ya lo creo; mejor que cualquier montañés.

BDELICLEÓN.

Veamos; yo soy Cleón; el primero canta el Harmodio, tú continuarás: «Nunca hubo en Atenas un hombre...»

FILOCLEÓN.

«Tan canalla ni tan ladrón...»

BDELICLEÓN.

¿Eso piensas contestar, desdichado? ¿No ve que te confundirá a gritos y jurará perderte, aniquilarte y expulsarte del país?

FILOCLEÓN.

Pues yo responderé a sus amenazas con esta otra canción: «En tu loca ambición del supremo mando, acabarás por arruinar la república, que ya empieza a vacilar.»

BDELICLEÓN.

Y cuando Teoro, acostado a tus pies, cante cogiéndole la mano a Cleón: «Amigo, tú que conoces la historia de Admeto, estima a los valientes»; ¿qué contestarás?

FILOCLEÓN.

Lo siguiente: «Yo no puedo ser zorro y proclamarme amigo de los dos partidos.»

BDELICLEÓN.

A continuación, Esquines, hijo de Selo, hombre docto y único diestro, cantará: «Bienes y riquezas a Clitágora, a mí y a los Tesalios...»

FILOCLEÓN.

«Muchas hemos derrochado tú y yo.»

BDELICLEÓN.

Esto lo entiendes bien; mas ya es hora de ir a cenar a casa de Filoctemon. — ¡Muchacho, muchacho! ¡Criso! Pon nuestra ración en una cesta, hoy queremos beber de largo.

FILOCLEÓN.

No, no; es muy peligroso el beber; después del vino se rompen las puertas y llueven bofetones y pedradas, y al día siguiente, cuando se han dormido los tragos, se encuentra uno que hay que pagar los excesos de la víspera.

BDELICLEÓN.

No temas semejante cosa tratando con hombres honrados y corteses. O te excusan ellos mismos con el ofendido, o tú aplicas a lo ocurrido algún chistoso cuento esópico o sibarítico de los que has oído en la mesa: la cosa se toma a risa, y no pasa adelante.

FILOCLEÓN.

Pues ya merece la pena de aprender muchos cuentos eso de poder librarme con uno de pagar cualquiera daño que cause. Ea, vamos; que nadie nos detenga.

CORO.

Muchas veces he dado prueba de agudo ingenio, y jamás de estupidez; pero me gana Aminias, ese hijo de Selo, perteneciente a la raza copetuda, a quien vi un día ir a cenar con Leógoras, llevando por junto una manzana y una granada, y cuenta que es más hambriento que Antifonte. Ya fue de embajador a Farsalia, pero allí solo se reunía a los penestas, padeciendo él mayor penuria que ninguno.

¡Afortunado Autómenes, cuánto envidiamos tu felicidad! Tus hijos son los más hábiles artistas. El primero, querido de todos, canta admirablemente al son de la cítara, y la gracia le acompaña; el segundo es un autor cuyo mérito nunca se ponderará bastante; pero el talento del último, de Arifrades digo, deja muy atrás al de los otros. Su padre jura que lo ha aprendido todo por sí propio, sin necesidad de maestro, y que solo a su talento natural debe la invención de sus inmundas prácticas en los lupanares. Algunos han dicho que yo me había reconciliado con Cleón porque me perseguía encarnizadamente y me martirizaba con sus ultrajes. Ved lo que hay de cierto: cuando yo lanzaba dolorosos gritos, vosotros os reíais a placer, y en vez de compadecerme, solo anhelabais que la angustia me inspirase algún chiste mordaz y divertido. Al notar esto, cejé un poco y le hice algunas caricias. He ahí por qué «a la cepa le falta ahora su rodrigón.»

JANTIAS.

¡Oh tortugas tres veces bienaventuradas! ¡Cuánto envidio la dura concha que defiende vuestro cuerpo! ¡Qué sabias y previsoras fuisteis al cubriros la espalda con un impenetrable escudo! ¡Ay, un nudoso garrote ha surcado la mía!

CORO.

¿Qué sucede, niño? Porque hasta al más anciano hay derecho para llamarle niño, cuando se deja pegar.

JANTIAS.

Sucede que nuestro viejo es la peor de las calamidades. Ha sido el más procaz de todos los convidados, y cuenta que allí estaban Hipilo, Antifonte, Lico, Lisítrato, Teofrasto, y Frínico; pues sin embargo, a todos los dejó tamañitos su insolencia. En cuanto se atracó de los mejores platos, empezó a bailar, a saltar, a reír, a eructar como un pollino harto de cebada, y a sacudirme de lo lindo, gritándome: «¡Esclavo, esclavo!» Lisítrato, al verlo así, le lanzó esta comparación: «Anciano, pareces un piojo resucitado o un burro que corre a la paja.» Y él, atronándonos los oídos, le replicó con esta: «Y tú te pareces a una langosta, de cuyo manto se pueden contar todos los hilos y a Esténelo despojado de su guardarropa.» Todos aplaudieron, menos Teofrasto, que se mordió los labios como hombre bien educado. Entonces, encarándosele nuestro viejo, le dijo: «Di tú, ¿a qué te das tanto tono, y te las echas de persona? Ya sabemos que vives a costa de los ricos a fuerza de bufonadas.» Así continuó dirigiendo insultos semejantes a todos, diciendo los chistes más groseros, cantando historias necias e importunas. Después se ha dirigido hacia aquí, completamente ebrio, pegando a cuantos encuentra. Mirad, ahí viene haciendo esos. Yo me largo, para evitar nuevos golpes.

FILOCLEÓN.

Dejadme: marchaos. Voy a dar que sentir a algunos de los que se obstinan en perseguirme. ¿Os largaréis, bribones? Si no, os tuesto con esta antorcha.

BDELICLEÓN.

A pesar de tus baladronadas juveniles, te juro que mañana nos has de pagar tus atropellos. Vendremos en masa a citarte a juicio.

FILOCLEÓN.

¡Ja, ja! ¡A citarme! ¡Qué vejeces! ¿No sabéis que ya ni puedo oír hablar de pleitos? ¡Ja, ja! Ahora tengo otros gustos: tirad las urnas. ¿No os vais? ¿Dónde está el juez? Decidle que se ahorque. (A la cortesana.) Sube, manzanita de oro, sube agarrada a esta cuerda; cógela, pero con precaución, que está algo gastada; sin embargo aún le gusta que la froten. ¿No has visto con qué astucia te he sustraído a las torpes

exigencias de los convidados? Debes probarme tu gratitud. Pero no lo harás, demasiado lo sé; ni siquiera lo intentarás; me engañarás y te reirás en mis narices como lo has hecho con tantos otros. Oye, si me quieres y me tratas bien, cuando muera mi hijo me comprometo a sacarte del lupanar y tomarte por concubina, amorcito mío. Ahora no puedo disponer de mis bienes; soy joven y me atan corto: mi hijito no me pierde de vista; es gruñón, insoportable y tacaño hasta partir en dos un comino y aprovechar la pelusilla de los berros. Su único miedo es el que me eche a perder, pues no tiene más padre que yo. Pero ahí está. Se dirige apresuradamente hacia nosotros. Hazle frente. Coge esas teas. Voy a jugarle una partida de muchacho, como él a mí antes de iniciarme en los misterios.

BDELICLEÓN.

¡Hola, hola, viejo verde! Parece que nos gustan los lindos ataúdes. Mas lo juro por Apolo, no harás eso impunemente.

FILOCLEÓN.

¡Ah! tú te comerías a gusto un proceso en vinagre.

BDELICLEÓN.

¿No es una indecencia burlarme de ese modo, y arrebatarse su flautista a los convidados?

FILOCLEÓN.

¿Qué flautista? ¿Has perdido el juicio, o sales de alguna tumba?

BDELICLEÓN.

Por Júpiter, esa dardaniense que está contigo.

FILOCLEÓN.

¡Ca! Si es una antorcha encendida en la plaza en honor a los dioses.

BDELICLEÓN.

¿Una antorcha?

FILOCLEÓN.

Sí, una antorcha. ¿No ves que es de diversos colores?

BDELICLEÓN.

¿Qué es eso negro que tiene en medio?

FILOCLEÓN.

La pez que se derrite al quemarse.

BDELICLEÓN.

Y eso en la parte posterior. ¿No es su trasero?

FILOCLEÓN.

No, es el cabo de la antorcha que sobresale.

BDELICLEÓN.

¿Qué dices? ¿Cuál cabo? Vamos, ven acá.

FILOCLEÓN.

¡Eh, eh! ¿Qué intentas?

BDELICLEÓN.

Llevármela y quitártela: estás ya gastado e impotente.

FILOCLEÓN.

Escucha un momento. Asistía yo a los juegos olímpicos cuando Efudión, aunque viejo, luchó valerosamente con Ascondas, concluyendo el anciano por hundir de un puñetazo al joven. Sírvate de aviso, por si se me ocurriese reventarte un ojo.

BDELICLEÓN.

¡Por Júpiter! Conoces bien a Olimpia.

UNA PANADERA. (A Bdelicleón.)

Socórreme, en nombre de los dioses. Ese hombre me ha arruinado; al pasar, agitando a tontas y a locas su antorcha, me ha echado a rodar por la plaza diez panes de a óbolo, y además otros cuatro.

BDELICLEÓN.

¿Ves lo que has hecho? Tu dichoso vino nos va a llenar de pleitos la casa.

FILOCLEÓN.

No lo creas; un cuentecillo alegre lo arreglará todo: verás cómo me reconcilio con esta.

LA PANADERA.

Te juro por las dos diosas que no te reirás impunemente de Mirtia, hija de Ancilión y de Sóstrata, después de haberle echado a perder sus mercancías.

FILOCLEÓN.

Escucha, mujer: voy a contarte una fábula muy chistosa.

LA PANADERA.

¿Fabulitas a mí, viejo chocho?

FILOCLEÓN.

Al volver una noche Esopo de un banquete le ladró atrevida cierta perra borracha: «¡Ah perra, perra, le dijo entonces, si cambiases tu maldita lengua por un poco de trigo, me parecerías más sensata!»

LA PANADERA.

¡Cómo! ¿Te burlas de mí? Pues bien; quienquiera que seas, te cito ante los inspectores del mercado, para que me indemnices daños y perjuicios. Querefonte, que está ahí, será mi testigo.

FILOCLEÓN.

Pero, por mi vida, oye a lo menos lo que voy a decirte: quizá te agrade más. Laso y Simónides tenían en cierta ocasión un certamen poético, y Laso dijo: «Poco me importa.»

LA PANADERA.

¡Muy bien! Como tú, ¿verdad?

FILOCLEÓN.

¿Y tú, Querefonte, vas a ser testigo de esa mujer amarilla, de esa Iño precipitándose desde una roca a los pies de Eurípides?

BDELICLEÓN.

Ahí se acerca otro: según parece, también a citarte, pues viene con un testigo.

UN ACUSADOR.

¡Qué desdichado soy!... Anciano, te demando por injurias.

BDELICLEÓN.

¿Por injurias? ¡Ah, no, por piedad, no lo demandes! Yo te pagaré cuanto pidas, y aun así te quedaré agradecido.

FILOCLEÓN.

Yo también quiero reconciliarme con él: confieso francamente que le he pegado y apedreado. (Al acusador.) Pero acércate más: ¿me permites que yo solo señale la cantidad que debe dársete como indemnización, y que en adelante sea amigo tuyo, o prefieres fijarla tú?

EL ACUSADOR.

Habla tú, pues detesto los pleitos y negocios.

FILOCLEÓN.

Cierto sibarita se cayó de un carro y se infirió una grave herida en la cabeza: es de advertir que no entendía gran cosa de equitación. Acercósele entonces uno de sus amigos, y le dijo: «Ejercítese cada cual en el arte que sepa»; por tanto, corre a curarte en casa de Pítalos.

BDELICLEÓN (A Filocleón.)

Persistes en tus costumbres.

EL ACUSADOR (Al testigo.)

Acuérdate de su respuesta.

FILOCLEÓN.

Oye, no te vayas. En cierta ocasión rompió una mujer en Síbaris el cofre de los procesos...

EL ACUSADOR (Al testigo.)

También te tomo por testigo de lo que dice.

FILOCLEÓN (Al acusador.)

...El cual cofre hizo atestiguar el hecho; pero la sibarita le contestó: «¡Por Proserpina, déjate de testigos y cómprate cuanto antes una ligadura; eso tendrá más sentido común!»

EL ACUSADOR (A Filocleón.)

¡Búrlate! ¡búrlate! ¡Ya veremos cuando el arconte mande traer a la vista tu causa!

BDELICLEÓN (A Filocleón.)

¡Por Ceres, no estarás aquí más tiempo! Voy a llevarte a la fuerza.

FILOCLEÓN.

¿Qué haces?

BDELICLEÓN.

¿Qué hago? Llevarte adentro. De otro modo no va a haber testigos suficientes para los infinitos que te demandan.

FILOCLEÓN.

Un día los de Delfos...

BDELICLEÓN.

Poco me importa.

FILOCLEÓN.

...Acusaron a Esopo de haber robado un vaso de Apolo; entonces él contó que una vez el escarabajo...

BDELICLEÓN.

¡Oh, vete al infierno! Me matas con tus escarabajos.

(Bdelicleón se lleva a su padre.)

CORO.

Envidio tu felicidad, anciano. ¡Qué cambio en su áspera existencia! Siguiendo prudentes consejos, va a vivir entre placeres y delicias. Quizá los desatienda, porque es difícil cambiar el carácter que se tuvo desde la cuna. Sin embargo, muchos lo consiguieron; consejos ajenos han logrado modificar a veces nuestras costumbres, ¡Cuántas alabanzas no alcanzará por esto, en mi opinión y en la de los sabios, el hijo de Filocleón, tan discreto y cariñoso con su padre! Jamás he visto un joven tan comedido, de tan amables costumbres. Ninguno me ha regocijado como él. En todas las respuestas que daba a su padre resplandecía la razón y el deseo de inspirarle más decorosas aficiones.

JANTIAS.

¡Por Baco! Sin duda algún Dios ha revuelto y embrollado nuestra casa. El viejo, después de haber bebido y haber oído largo rato tocar la flauta, ebrio de placer, repite toda la noche las antiguas danzas que Tespis hacía ejecutar a sus coros. Pretende demostrar, bailando incesantemente, que los trágicos modernos son todos unos lelos sin sustancia.

FILOCLEÓN (Declamando).

¿Quién se sienta a la entrada del vestíbulo?

JANTIAS.

La calamidad se aproxima.

FILOCLEÓN.

Apartad las vallas. Va a principiar el baile...

JANTIAS.

Mejor dirás la locura.

FILOCLEÓN.

...Que aligera mi pecho con su impetuosidad. ¡Cómo mugen mis narices! ¡Cómo suenan mis vértebras!...

JANTIAS.

Bien te vendría una toma de eléboro.

FILOCLEÓN.

Frínico se asusta como un gallo...

JANTIAS.

Pongámonos en salvo.

FILOCLEÓN.

...Que agita sus patas en el aire.

JANTIAS.

¡Eh! mira dónde pisas.

FILOCLEÓN.

¡Con flexibilidad juegan todos mis miembros!

JANTIAS.

Nada, está visto, es una verdadera locura.

FILOCLEÓN.

Ahora desafío a todos mis rivales. Si hay algún trágico que se precie de danzar bien, venga por acá y tendremos un certamen coreográfico... ¿Se presenta alguno?

BDELICLEÓN.

Este solo.

FILOCLEÓN.

¿Quién es ese desgraciado?

BDELICLEÓN.

El hijo segundo de Carcino.

FILOCLEÓN.

Pronto lo anonadaré; voy a molerle a puñetazos acompasados; pues no entiende una palabra de ritmos.

BDELICLEÓN.

Pero, ¡infeliz!, ahí viene su hermano, otro trágico carcinita.

FILOCLEÓN.

Voy haciendo provisiones para el almuerzo.

BDELICLEÓN.

Sí, pero solo de cangrejos; por que ahí llega un tercer hijo de Carcino.

FILOCLEÓN.

¿Qué es eso que se arrastra? ¿Es una araña o una vinagrera?

BDELICLEÓN.

Es un cangrejillo; el más pequeño de la familia. También poeta trágico.

FILOCLEÓN.

¡Oh Carcino, padre feliz de tan hermosa familia! ¡Qué banda de reyezuelos descende sobre mí! Fuerza es, ¡ay triste!, que me bata con ellos. Preparad la salmuera, por si salgo vencedor.

CORO.

Ea, apartémonos un poco, para que puedan hacer sus pruebas delante de nosotros.

Ea, ilustres hijos de un habitante del mar, hermanos de los langostinos, danzad sobre la arena en la orilla del estéril piélago. Moved en círculo vuestros pies; levantad las piernas como Frínico, y al verlas en el aire, lanzarán gritos de asombro los espectadores.

Gira sobre ti mismo, da vueltas; levanta la pierna hasta el cielo; trasfórmate en un torbellino. Ahí se adelanta el mismo rey del mar, el padre de tus rivales, orgulloso de sus hijos. Mas si tenéis gusto en danzar, hacednos salir cuanto antes, pues nunca hasta ahora se ha visto terminar la comedia con un baile del coro.

FIN DE LAS AVISPAS.

LA PAZ.

NOTICIA PRELIMINAR.

Cleón y Brásidas, generales de Atenas y Lacedemonia, murieron en un mismo combate; aquel al retirarse fugitivo, y este en brazos de la victoria. «Después de la derrota de los atenienses ante Anfípolis, dice Tucídides, y de la muerte de Brásidas y Cleón, los más ardientes partidarios de la guerra, el primero porque le debía sus triunfos y su gloria, y el segundo porque no dejaba de prever que en tiempos normales serían más patentes sus prevaricaciones y menos atendidas sus calumnias, los hombres que en ambas ciudades aspiraban a desempeñar el principal papel, Plistoánax, hijo de Pausanias, rey de Esparta, y Nicias, hijo de Nicerato, el general afortunado como ninguno, se declararon en favor de la paz. Pactose está por cincuenta años tras largas negociaciones, aunque la reconciliación de las dos repúblicas enemigas siempre tuvo más de aparente que de real.» Alcibíades, cuya desmedida ambición era un continuo peligro, pues aspiraba no menos que a recoger la herencia de Pericles, y atropellando por todo, trataba de comprometer a su patria en una nueva guerra, atizó con sus intrigas los enconados odios que en el corazón de ambas ciudades se revolvían; y tal mañana se dio que en el año 420 antes de nuestra era, decimotercio de la guerra del Peloponeso, era ya inminente una nueva ruptura de hostilidades. Para contener, si era posible, tan espantoso mal, escribió La Paz Aristófanes, comedia cuyo objeto, idéntico al de Los Acarnienses, es inspirar al pueblo profunda aversión a una guerra desastrosa y funesta, y confirmarle en el amor a las dulzuras del estado pacífico, que apenas había empezado a saborear. Para lograr tan levantado fin, acude el poeta tanto a su inagotable imaginación como a la audaz energía de que tan elocuente muestra son sus Caballeros, pues a un tiempo que pinta con poético colorido las ventajas de la paz y da existencia y vida a las más inanimadas abstracciones, levanta con atrevida mano el hipócrita velo con que se encubrían los enemigos del reposo público, mostrando al desnudo sus miras interesadas, sus bajas intenciones y su sospechosa ambición. Los dos partidos que entonces dividían a Atenas aparecen en La Paz tras una alegoría transparente: el populacho, los demagogos, las gentes que no teniendo nada que perder se agrupaban alderredor de Alcibíades, en aquella jarcia de comerciantes de lanzas, cascos y escudos; y las personas sensatas y sinceramente amantes de su país,

en el noble coro de labradores que ayuda al audaz Trigeo en la peligrosa tarea de libertar a la patria. Veamos cómo desarrolla Aristófanes la acción.

Trigeo o viñador, condolido de los males que afligen a su patria, se propone subir al Olimpo en demanda de la Paz; el único medio que para ello se le ocurre, es alimentar un enorme escarabajo, recordando la fábula de Esopo en que aquel animalejo consigue llegar hasta el regazo del padre de los dioses. Caballero en el nuevo Pegaso, lánzase atrevidamente a los aires, desoyendo las advertencias de su atribulada familia. Llega por fin al cielo, donde Mercurio, después de un recibimiento descortés, se aviene a indicarle el modo de desenterrar a la Paz. Aparécese en esto la Guerra acompañada del Tumulto, y pone a la vista sus violencias majando en un inmenso mortero ciudades y regiones, mientras la Paz permanece relegada al fondo de una caverna, obstruida por enormes peñascos. Trigeo trata de darla libertad y convoca al efecto a ciudadanos de todos los países, principalmente labradores, que aparecen armados de cables y palancas. No todos ponen, sin embargo, igual ahínco en la consecución de la obra, pues mientras los atenienses y lacedemonios tiran con todas sus fuerzas, los de Mégara blandean por el hambre, y los de Argos y Beocia tratan, fingiendo ayuda, de anular sus esfuerzos con ánimo de obtener durante la guerra pingües subsidios de todos los beligerantes. Por fin la cautiva aparece, y con ella Opora y Teoría, personificaciones de la abundancia y de las fiestas anejas a la Paz. En medio del mayor júbilo se ofrece a la deidad rescatada un sacrificio, turbado solo por las pretensiones de Hierocles, sacerdote famélico, y las quejas de los vendedores de armas, a los que el nuevo orden de cosas va a arruinar.

La comedia concluye con las bodas de Trigeo y la Abundancia, celebradas por un alegre y estrepitoso canto de Himeneo.

Adolece esta pieza de un defecto capital, y es que la ficción admirablemente sostenida hasta que la Paz sale de la caverna, decae desde este momento y se arrastra lánguidamente hasta el final. Ni los más picantes chistes, ni multitud de encantadores detalles, parecidos, como dice Pierron, a islotes de pura poesía sobrenadando en un mar de obscenidades y bajezas, ni el diálogo siempre intencionado y vivo bastan para disimular la pobreza de la acción, que desde el verso 520, es decir, mucho antes de la mitad de la comedia, queda reducida a los preparativos necesarios para el ofrecimiento de un holocausto y la celebración de unas bodas. A esto se agrega, observa Brumoy, el hallarse llena La Paz, más que otras comedias, de enigmas, alusiones, metáforas y figuras de toda especie, cuyo gusto, aunque no lo podamos apreciar con la debida precisión, sin embargo, no era de los más selectos, pues fue ya objeto de acerbos críticas por parte de los contemporáneos de Aristófanes, hasta tal punto que este, según la opinión más probable, los corrigió en una segunda edición, en la cual la Paz, personaje mudo en la conservada, debía de intervenir en el diálogo y la acción con su compañera la Agricultura.

La Paz se representó el año 13 de la guerra del Peloponeso, 420 antes de nuestra era, cuya fecha fija suficientemente Aristófanes en el [verso 998](#) de la misma, y obtuvo en el certamen el segundo lugar. «Quizá, observa un discreto intérprete, al negarle los jueces la primera corona, quisieron castigar al poeta por haber tenido razón contra la ceguera popular.»

PERSONAJES.

^DOS ESCLAVOS DE ^TRIGEO.

^TRIGEO.

^MUCHACHAS, HIJAS DE ^TRIGEO.

^MERCURIO.

^LA ^GUERRA.

^EL ^TUMULTO.

^CORO DE LABRADORES.

^HIEROCLES, adivino.

^UN FABRICANTE DE HOCES.

^UN FABRICANTE DE PENACHOS.

^UN VENDEDOR DE CORAZAS.

^UN FABRICANTE DE TROMPETAS.

^UN FABRICANTE DE CASCOS.

^UN FABRICANTE DE LANZAS.

^UN HIJO DE ^LÁMACO.

^UN HIJO DE ^CLEÓNIMO.

^LA ^PAZ. Personajes mudos.

^OPORA O LA ^ABUNDANCIA.

^TEORÍA.

La acción pasa al principio delante de la casa de Trigeo.

LA PAZ.

ESCLAVO PRIMERO.

Vamos, vamos, trae pronto su pastelito al escarabajo.

ESCLAVO SEGUNDO.

Toma, dáselo a ese maldito. ¡Ojalá no coma otro mejor!

ESCLAVO PRIMERO.

Dale otro de excremento de asno.

ESCLAVO SEGUNDO.

Ahí lo tienes también. ¿Pero dónde está el que le trajiste hace un momento? ¿Se lo ha comido ya?

ESCLAVO PRIMERO.

¡Pues ya lo creo! Me lo arrebató de las manos, le dio una vueltecilla entre las patas, y se lo tragó enterito. Hazle, hazle otros más grandes y espesos.

ESCLAVO SEGUNDO.

¡Oh limpia-letrinas, socorredme en nombre de los dioses, si no queréis que me asfixie!

ESCLAVO PRIMERO.

Otro, otro, confeccionado con excrementos de bardaje; ya sabes que le gusta la masa muy molida.

ESCLAVO SEGUNDO.

Toma; lo que me consuela es hallarme al abrigo de una sospecha: nadie dirá que me como la pasta al amasarla.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Puf! Venga otro, otro, y otro; no ceses de amasar.

ESCLAVO SEGUNDO.

¡Imposible! No puedo resistir ya el olor de esta letrina. Voy a llevarlo todo adentro.

ESCLAVO PRIMERO.

Idos al infierno ella y tú.

ESCLAVO SEGUNDO.

¿No me dirá alguno de vosotros que lo sepa, dónde podré comprar una nariz sin agujeros? Porque es el más repugnante de los oficios, esto de ser cocinero de un escarabajo. Al fin un cerdo o un perro se tragan nuestros excrementos tal y como se los encuentran, mas este animal anda siempre en repulgos, y ni aun se digna tocarlos, si no me he estado amasando un día entero la bolita, como si hubiera de ofrecerse a una joven delicada. Pero veamos si ha concluido de comer; voy a entreabrir un poquito la puerta, para que él no me distinga. ¡Traga, traga, atrácate hasta que revientes! ¡Cómo devora el maldito! Mueve las mandíbulas como un atleta sus membrudos brazos: luego agita la cabeza y las patas, como los que enrollan cables en las naves de carga. ¡Qué animal tan voraz, fétido e inmundito! No sé qué dios nos ha enviado semejante regalo, pero seguramente no han sido ni Venus ni las Gracias.

ESCLAVO PRIMERO.

¿Pues cuál?

ESCLAVO SEGUNDO.

Solo ha podido ser Júpiter fulminante. Pero sin duda algún espectador, alguno de esos jóvenes presumidos de sabios, estará diciendo ya: ¿Qué es esto? ¿Qué significa ese escarabajo? Y un jonio sentado a su lado, estoy seguro de que le responde: Todo esto, si no me engaño, se refiere a Cleón, pues es el único que no tiene reparo en alimentarse de basura. Pero voy a dar agua al escarabajo.

ESCLAVO PRIMERO.

Y yo voy a explicar el asunto a los niños, a los mozos, a los hombres, a los viejos, y a los que han traspasado el término ordinario de la vida. Mi señor tiene una rara locura, no la vuestra, sino otra completamente nueva. Todo el día se lo pasa mirando al cielo, con la boca abierta, e increpando a Júpiter de este modo: ¡Oh Júpiter! ¿Qué intentas? Depón tu escoba, no barras la Grecia.

TRIGEO (Dentro).

¡Ay! ¡Ay!

ESCLAVO PRIMERO.

Callemos. Se me figura haber oído su voz.

TRIGEO.

¡Oh Júpiter! ¿Qué intentas hacer de nuestra patria? ¿No ves que se despueblan las ciudades?

ESCLAVO PRIMERO.

He ahí la manía de que acabo de hablaros. Esas palabras pueden daros una idea de ella; yo os diré las que pronunciaba cuando principió a revolvérsele la bilis. Hablando aquí mismo a solas, exclamaba: «¿Cómo podría yo ir derecho a Júpiter?» Construyó al efecto escalas muy ligeras, por las cuales, sirviéndose de pies y manos, trataba de subir al cielo, hasta que se cayó, rompiéndose la cabeza. Ayer se fue corriendo a no sé dónde, y volvió a casa con este enorme escarabajo, ligero como un caballo del Etna, obligándome a ser su palafrenero. Mi amo le acaricia como si fuese un potro, y le dice: «Pegasillo mío, generoso volátil, llévame de un vuelo hasta el trono de Júpiter.» Pero voy a ver por esta rendija lo que hace. ¡Oh desgraciado! ¡Favor, favor, vecinos! ¡Mi dueño sube por el aire montado en el escarabajo!

TRIGEO (En la escena).

Despacio, despacio; poco a poco, escarabajo mío; refrena algo tu fogosidad; no confíes demasiado en tu fuerza; aguarda a que, después de sudar, el rápido movimiento de las alas haya dado agilidad a tus remos. Sobre todo, no despidas ningún mal olor; si estás dispuesto a hacerlo, más vale que te quedes en casa.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Oh dueño mío! ¿Estás loco?

TRIGEO.

¡Silencio! ¡Silencio!

ESCLAVO PRIMERO.

¿Pero a dónde diriges tu vuelo, temerario?

TRIGEO.

Vuelo para hacer la felicidad de todos los griegos; por ellos llevo a cabo esta nueva y atrevida empresa.

ESCLAVO PRIMERO.

Mas ¿qué intentas? ¡Oh, qué inútil locura!

TRIGEO.

Nada de palabras de mal agüero. Al contrario, pronúncialas favorables. Manda callar a todos; haz que cubran con nuevos ladrillos las letrinas y cloacas, y que se pongan un tapón en el trasero.

ESCLAVO PRIMERO.

No, no callaré, si no me dices a dónde enderezas el vuelo.

TRIGEO.

¿A dónde he de ir sino al cielo, a ver a Júpiter?

ESCLAVO PRIMERO.

¿Con qué intención?

TRIGEO.

Con la de preguntarle qué piensa hacer de todos los griegos.

ESCLAVO PRIMERO.

¿Y si no te lo dice?

TRIGEO.

Le citaré a juicio y le acusaré de hacer traición a los griegos en favor de los persas.

ESCLAVO PRIMERO.

Por Baco, no harás eso mientras yo viva.

TRIGEO.

Pues no es posible otra cosa.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Ay, ay, ay! Chiquitas, que vuestro padre os abandona marchándose al cielo de tapadillo. ¡Ah! Suplicadle, suplicadle, pobrecitas huérfanas.

LA MUCHACHA.

¡Padre, padre! ¿Será verdad, como acaban de decirnos, que nos abandonas para ir a perderte con las aves en la región de los cuervos? Di, padre mío, ¿es verdad? Respóndeme, si me amas.

TRIGEO.

Sí, me marchó. Cuando me pedís pan, hijas mías, llamándome papá, se me parte el corazón al no hallar en toda la casa ni la sombra de un óbolo. Si salgo bien de la empresa, tendréis siempre que queráis una gran torta, sazónada con un buen bofetón.

LA MUCHACHA.

Mas ¿cómo vas a hacer ese viaje? No hay navío que pueda conducirte.

TRIGEO.

Iré sobre este corcel alado; no necesito embarcarme.

LA MUCHACHA.

Pero, padre, ¿cómo se te ha ocurrido subir al cielo montado en un escarabajo?

TRIGEO.

Las fábulas de Esopo dicen que es el único volátil que ha llegado hasta los dioses.

LA MUCHACHA.

¡Padre mío, padre mío! Eso es un cuento increíble. ¿Cómo ha podido llegar hasta los dioses un animal tan inmundo?

TRIGEO.

Subió por la enemistad que tuvo con el águila, y se vengó haciendo una tortilla con sus huevos.

LA MUCHACHA.

¿No era mejor que montases el alígero Pegaso y te presentases a los dioses con más trágico continente?

TRIGEO.

Tontuela, ¿no conoces que hubiera necesitado doble provisión? Mientras así este se alimentará con lo que yo haya digerido.

LA MUCHACHA.

Y si cae del piélago en los húmedos abismos, ¿cómo podrá salir a flote un animal alado?

TRIGEO.

Llevo un timón que emplearé si hay necesidad; todo quedará reducido a que me sirva de nave un escarabajo de Naxos.

LA MUCHACHA.

Después del naufragio, ¿qué puerto te acogerá?

TRIGEO.

¿Pues no hay en el Pireo el puerto del Escarabajo?

LA MUCHACHA.

Ten mucho cuidado de no tropezar y caer. Si te quedas cojo, darás asunto a Eurípides para una tragedia, de la cual serás protagonista.

TRIGEO.

Eso es cuenta mía. Adiós. (A los espectadores.) Vosotros, en cuyo obsequio sufro estos trabajos, absteneos durante tres días de todo desahogo, sólido ni fluido: pues, si al cernerse en las alturas percibe mi corcel algún olor, se precipitará sobre la tierra y burlará mis esperanzas. Adelante, Pegaso mío; haz resonar tu freno de oro, endereza las orejas. ¡Oh! ¿Qué haces, qué haces? ¿Por qué vuelves la cabeza hacia las letrinas? Levántate atrevidamente de la tierra, y desplegando tus veloces alas, vuela en línea recta al palacio de Júpiter. Aparta por hoy el hocico de la basura, y de todos tus alimentos cotidianos. ¡Eh, buen hombre! ¿Qué haces ahí? A ti te digo, que haces tus necesidades en el Pireo, junto al Lupanar. ¿Quieres que me mate? ¿Quieres que me mate? Ocúltalo pronto, cúbrelo con un gran montón de tierra, planta encima serpol y riégalo con perfumes, pues si llego a caer ahí y a causarme grave daño, en castigo de mi muerte tendrá que pagar cinco talentos la ciudad de Quíos por tu condenado trasero. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué miedo! ¡Ya no tengo ganas de bromas! Mucha atención, maquinista. Un viento rebelde gira alderredor de mi ombligo: si no tienes suma precaución, voy a echarle un pienso al escarabajo. Mas no debo estar lejos de los dioses, pues ya distingo la morada de Júpiter. ¿Quién es ese que está en la puerta? Abrid.

(La escena cambia y representa el cielo.)

MERCURIO.

Se me figura que huelo a hombre (viendo a Trigeo). ¡Oh Hércules! ¿Qué monstruo es ese que veo?

TRIGEO.

Un hipocántaro.

MERCURIO.

Infame, atrevido, desvergonzado, bribón, rebribón, bribón más que todos los bribones juntos, ¿cómo has subido hasta aquí? ¿Cómo te llamas? ¡Pronto!

TRIGEO.

Bribón.

MERCURIO.

¿De dónde eres? ¡Contesta!

TRIGEO.

Bribón.

MERCURIO.

¿Quién es tu padre?

TRIGEO.

¿El mío? Bribón.

MERCURIO.

¡Por la Tierra! Vas a morir si no me dices tu nombre.

TRIGEO.

Soy Trigeo el Atmonense, viñador honrado, enemigo de pleitos y delaciones.

MERCURIO.

¿A qué has venido?

TRIGEO.

A traerte estas viandas.

MERCURIO.

¡Oh pobrecillo! ¿Qué tal, qué tal el viaje?

TRIGEO.

Glotonazo, ¿ya no te parezco bribón? Ea, vete a llamar a Júpiter.

MERCURIO.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! No creas que estás cerca de los dioses. Ayer mismo emigraron.

TRIGEO.

¿A qué lugar de la Tierra?

MERCURIO.

¡Oh! ¿De la Tierra?

TRIGEO.

En fin, ¿a dónde?

MERCURIO.

Lejos, muy lejos, al sitio más escondido y apartado de los cielos.

TRIGEO.

¿Cómo te has quedado aquí solo?

MERCURIO.

Para guardar la vajilla restante, los pucherillos, las tablillas y las pequeñas ánforas.

TRIGEO.

¿Pero por qué han emigrado los dioses?

MERCURIO.

Por odio a los griegos. En los lugares que les estaban destinados han alojado a la guerra dándole amplios poderes para que os trate a su antojo. Ellos se han retirado muy lejos, por no presenciar vuestros combates ni oír vuestras súplicas.

TRIGEO.

¿Por qué razón nos tratan así? Dime.

MERCURIO.

Porque habéis preferido la guerra a la paz con que os han brindado mil veces. Los lacedemonios, si llegaban a conseguir alguna pequeña ventaja, exclamaban en seguida: «Por los Dióscuros, nos la han de pagar los atenienses.» Por el contrario, si los atenienses salíais algo mejor librados y los lacedemonios venían a tratar de la paz, la contestación ya se sabía que había de ser: «Por Minerva, no nos la pegáis; por Júpiter, no hay que darles crédito; ellos volverán mientras tengamos a Pilos.»

TRIGEO.

Cierto, ese es nuestro lenguaje.

MERCURIO.

Por lo cual no sé si volveréis a ver a la Paz.

TRIGEO.

¿Pues a dónde se ha ido?

MERCURIO.

La Guerra la hundió en una profunda caverna.

TRIGEO.

¿En cuál?

MERCURIO.

Ahí, en ese abismo; ¿no ves cuántos peñascos ha amontonado encima para que nunca podáis recobrarla?

TRIGEO.

Y dime, ¿qué calamidad nos prepara?

MERCURIO.

Lo ignoro; solo sé que ayer a la tarde trajo un mortero de prodigioso tamaño.

TRIGEO.

¿Qué hará con ese mortero?

MERCURIO.

Piensa machacar en él las ciudades. Pero me marchó; si no me engaño, va a salir; ¡cómo alborota ahí dentro!

TRIGEO.

¡Ah, pobre de mí! ¡Huyamos! Yo también oigo el estruendo del mortero bélico.

LA GUERRA (Trayendo un enorme mortero).

¡Guay mortales, mortales, desdichados mortales! ¡Temblad por vuestras mandíbulas!

TRIGEO.

¡Oh poderoso Apolo, qué inmenso mortero! ¡Qué daño hace la sola vista de la Guerra! ¡Ese, ese es el monstruo sanguinario y cruel del cual huimos! ¡Oh, cómo se apoya sobre sus piernas!

LA GUERRA.

¡Oh Prasias, Prasias, y una, y cien, y mil veces desgraciada, hoy feneces para siempre!

TRIGEO.

Hasta ahora, ciudadanos, nada va con vosotros; ese golpe cae sobre Lacedemonia.

LA GUERRA.

¡Ah Mégara, Mégara, cómo te voy a majar! Toda vas a ser reducida a menudo picadillo.

TRIGEO.

¡Oh, oh! ¡Cuántas y cuán amargas lágrimas para los Megarenses!

LA GUERRA.

¡Ah Sicilia, también tú pereces!

TRIGEO.

¡Miseras ciudades, vais a ser ralladas como queso!

LA GUERRA.

Ea, mezclemos un poco de miel del Ática.

TRIGEO.

¡Eh! no, te aconsejo que emplees otra; esa cuesta a cuatro óbolos; economiza la miel del Ática.

LA GUERRA.

¡Hola! ¡eh, Tumulto!

EL TUMULTO.

¿Qué me quieres?

LA GUERRA.

¡Mucho ojo! ¿Te estás mano sobre mano, eh? Pues toma esta puñada.

TRIGEO.

¡Soberbio golpe!

EL TUMULTO.

¡Ay! señora.

TRIGEO.

¿Qué? ¿Se había untado el puño con ajos?

LA GUERRA.

Tráeme volando una mano de mortero.

EL TUMULTO.

Pero, dueña mía, si no tenemos ninguna: como solo estamos aquí desde ayer...

LA GUERRA.

Vete a buscar una en Atenas; pero ¡vivo, vivo!

EL TUMULTO.

Ya corro. ¡Pobre de mí, si no la traigo!

TRIGEO.

Ea, ¿qué haremos, míseros mortales? Ya veis qué espantoso peligro nos amenaza. Si vuelve con la mano de mortero, esta va a entretenerse en triturar a su gusto las ciudades. ¡Oh Baco, que muera antes de traerla!

LA GUERRA.

¿Qué?

EL TUMULTO.

¿Cómo?

LA GUERRA.

¿No la traes?

EL TUMULTO.

¡Qué he de traer! Los atenienses han perdido la mano de su mortero, aquel curtidor que revolvía toda la Grecia.

TRIGEO.

¡Oh, dicha! ¡Veneranda Minerva! ¡Con qué oportunidad ha muerto para la República! Antes de servirnos su guisado.

LA GUERRA.

Corre, pues, a buscar otra en Lacedemonia, y concluyamos de una vez.

EL TUMULTO.

Allá voy, señora.

LA GUERRA.

¡Te recomiendo la vuelta!

TRIGEO.

¿Qué va a ser de vosotros, ciudadanos? Llegó el momento crítico. Si por casualidad alguno de vosotros está iniciado en los misterios de Samotracia, ahora es ocasión de desear un buen retortijón de pies al portador de la mano.

EL TUMULTO (De vuelta).

¡Ay qué desgraciado soy! ¡Ay, y mil veces ay!

LA GUERRA.

¿Qué es eso? ¿Tampoco traes nada ahora?

EL TUMULTO.

También los lacedemonios han perdido la mano de su mortero.

LA GUERRA.

¿Y cómo, gran canalla?

EL TUMULTO.

Se la habían prestado a otros en Tracia, y la han perdido.

TRIGEO.

¡Bien, muy bien va, oh Dióscuros! Perfectamente bien; cobrad ánimo, mortales.

LA GUERRA.

Coge esos vasos y vuélvelos a llevar; yo entro también para hacer una mano de mortero.

TRIGEO.

Llegó el momento de repetir lo que cantaba Datis, arrascándose sin pudor en medio del día: «¡Qué gusto! ¡Qué placer! ¡Qué delicia!» Ahora, oh griegos, llegó la ocasión oportuna de olvidar querellas y combates, y de libertar a la Paz a quien todos amamos, antes de que nos lo impida alguna nueva mano de mortero. Labradores, mercaderes, fabricantes, obreros, metecos, extranjeros, insulares, hombres de todos los países, acudid pronto, armaos de azadones, palancas y maromas. Por fin podremos beber la copa del Buen Genio.

CORO.

Acudamos todos a trabajar por la común salvación. Pueblos de la Grecia, libres de guerras sangrientas y combates, prestémonos hoy, como nunca, mutuo socorro. Este día amaneció en mal hora para Lámaco. (A Trigeo.) Vamos, di lo que hay que hacer; dispon, ordena, manda. Estamos decididos a trabajar sin descanso, con máquinas y

palancas, hasta volver a la luz a la más grande de las diosas, a la protectora más solícita de nuestras vidas.

TRIGEO.

¡Silencio! ¡Silencio! No vayan a despertar a la Guerra los gritos que os arranca la alegría.

CORO.

Nos ha regocijado ese edicto mandando libertar a la Paz. ¡Cuán distintos de esos otros que nos han ordenado tantas veces acudir con víveres para tres días!

TRIGEO.

Cuidado con aquel cerbero, que está ahora en los infiernos; sus ladridos y aúllos podrían, como en vida, impedirnos libertar a la diosa.

CORO.

No hay nadie capaz de arrebatármela, como llegue a estrecharla entre mis brazos. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué gozo!

TRIGEO.

Por piedad, silencio, amigos míos, si no deseáis mi perdición. Como la Guerra llegue a observar algo, saldrá y echará por tierra de un golpe todos nuestros planes.

CORO.

Aunque lo revuelva, pisotee y arruine todo, hoy no puedo contener la alegría.

TRIGEO.

¿Pero estáis locos? ¿Qué os sucede, ciudadanos? Por todos los dioses os lo pido, no echéis a perder con vuestros saltos la más hermosa empresa.

CORO.

Si yo no quiero bailar; mi alegría es tanta, que, sin quererlo yo, mis piernas saltan de gozo.

TRIGEO.

No más; terminad, terminad el baile.

CORO.

Ea, ya está terminado.

TRIGEO.

Lo dices, pero no lo haces.

CORO.

Vamos, permíteme hacer esta figura, y nada más.

TRIGEO.

Bueno, esa sola; pero cese en seguida la danza.

CORO.

Si te podemos servir en algo, no danzaremos.

TRIGEO.

¡Pero, malditos, si no acabáis!

CORO.

Déjame lanzar al aire la pierna derecha, y te juro concluir.

TRIGEO.

Os lo permito para que no me importunéis más.

CORO.

Pero justo es que la pierna izquierda haga lo mismo. Hoy no quepo en mí de júbilo; río y alboroto; para mí el dejar el escudo es tan grato como despojarme de la vejez.

TRIGEO.

No os alegréis todavía; aún no es segura vuestra felicidad. Cuando la hayamos libertado, alegraos entonces, reíd y gritad. Porque entonces sí que podréis a vuestro antojo navegar o permanecer en casa, entregaros al sueño o al amor, asistir a las fiestas o a los banquetes, jugar al cótabo, vivir como verdaderos sibaritas y exclamar: ¡lu! ¡lu!

CORO.

¡Ojalá llegue a ver ese día! Muchos trabajos he sufrido, y muchas veces, como Formión, he dormido sobre la dura tierra. Ya no seré para ti, como antes, un juez intratable y severo de duro y áspero carácter, sino mucho más afable e indulgente, en cuanto me vea libre de las molestias de la guerra. Sobrado tiempo ha que nos destrozán y matan haciéndonos ir y venir al Liceo con lanza y escudo. Pero di en qué podemos complacerte, pues una suerte feliz ha hecho que seas nuestro jefe.

TRIGEO.

Procuremos separar estas piedras.

MERCURIO

Bribón temerario, ¿qué pretendes hacer?

TRIGEO.

«Nada malo», como Cilicón.

MERCURIO.

¡Te has perdido, desdichado!

TRIGEO.

Si llega a haber sorteo, no lo dudo, pues habiendo de dirigirlo tú, ya sé lo que resultará.

MERCURIO.

¡Te has perdido! ¡Vas a morir!

TRIGEO.

¿En qué día?

MERCURIO.

Ahora mismo.

TRIGEO.

Aún no he comprado nada, ni harina, ni queso, para marchar a morir.

MERCURIO.

Date por molido.

TRIGEO.

¡Imposible! ¿No había de haber advertido tanta felicidad?

MERCURIO.

¿Ignoras que Júpiter ha amenazado con la muerte a todo el que sea sorprendido desenterrando a esa infeliz?

TRIGEO.

¿Es por consiguiente de absoluta necesidad que yo muera?

MERCURIO.

Sí por cierto.

TRIGEO.

Pues préstame tres dracmas para comprar un lechoncillo: debo iniciarme antes de morir.

MERCURIO.

¡Oh Júpiter tonante!...

TRIGEO.

¡Oh Mercurio! Por todos los dioses te lo pido: no nos delates.

MERCURIO.

No puedo callarme.

TRIGEO.

¡Te lo ruego por las viandas que te he traído con tan buena voluntad!

MERCURIO.

Pero, desdichado, Júpiter me aniquilará si no te delato a gritos.

TRIGEO.

¡Oh, por piedad, Mercurio mío! ¿Qué hacéis vosotros? ¿Estáis atónitos? Hablad, desdichados. ¿No veis que va a denunciarme?

CORO.

¡No, poderoso Mercurio, no, no, no lo harás! Si algún recuerdo conservas del placer con que comiste el lechoncillo que te ofrecí, ten en cuenta mi grata oblación.

TRIGEO.

Deidad poderosa, ¿no escuchas sus palabras lisonjeras?

CORO.

¡Oh, no cambies en ira tu bondad, tú el más humano y generoso de los dioses! Si detestas el ceño y los penachos de Pisandro, acoge propicio nuestras súplicas y déjanos libertad a la Paz. Así te inmolaremos sin cesar sagradas víctimas y honraremos tus altares con sacrificios espléndidos.

TRIGEO.

Vamos, cede a sus ruegos, pues ahora observan tu culto más fielmente que nunca.

MERCURIO.

Como que nunca han sido más ladrones.

TRIGEO.

En cambio, te revelaré una vasta y terrible conspiración que se fragua contra todos los dioses.

MERCURIO.

Vamos, habla, quizá me hagas ceder.

TRIGEO.

La Luna y ese canalla de Sol os tienden lazos hace tiempo y entregan la Grecia a los bárbaros.

MERCURIO.

¿Por qué hacen eso?

TRIGEO.

Porque nosotros os ofrecemos sacrificios, y a ellos se los ofrecen los bárbaros. Así es que es muy natural que deseen vuestra desaparición, para recibir ellos solos todas las oblacones.

MERCURIO.

¡Ah!, ahora comprendo por qué de algún tiempo acá, el uno nos roba parte del día, y la otra nos presenta su disco carcomido.

TRIGEO.

Es la verdad. Por tanto, querido Mercurio, ayúdanos con todas tus fuerzas a desenterrar la Paz. En adelante las grandes Panateneas, y todas las demás fiestas religiosas, las Diipolias, las Adonias, los Misterios, se celebrarán en tu honor; todas las ciudades, libertadas de sus males, sacrificarán a Mercurio preservador; y otros mil bienes lloverán sobre ti. Como una muestra, principio por regalarte este precioso vaso, para que hagas libaciones.

MERCURIO.

¡Ah!, los vasos de oro me enternecen. Manos a la obra, mortales: entrad y removed las piedras con azadones.

CORO.

Dispuestos estamos. Tú, el más ingenioso de los dioses, dirige nuestros trabajos como hábil arquitecto, y manda cuanto gustes; ya verás que no somos flojos para el trabajo.

TRIGEO.

Venga pronto la copa: inauguremos nuestro trabajo con una invocación a los dioses. La libación principia; guardad, guardad un silencio religioso. Roguemos a los dioses que en este día empiece para todos los griegos una era feliz: pidámosles que jamás tengan que embrazar el escudo cuantos de buen grado secunden nuestra empresa.

CORO.

Sí, por Júpiter; y que pase en paz la vida, en brazos de mi amada, revolviendo los carbones.

TRIGEO.

¡Que todo el que prefiera la guerra, nunca acabe, oh divino Baco, de extraer de sus codos las puntas de las flechas!

CORO.

Si algún aficionado a mandar batallones se niega, oh Paz, a devolvarte la luz, ¡sucédale en los combates lo que a Cleónimo!

TRIGEO.

Si algún fabricante de lanzas o revendedor de escudos desea la guerra para vender mejor sus mercancías, ¡que le secuestren unos bandidos y no coma más que cebada!

CORO.

Si alguno, ambicionando ser general, se niega a ayudarnos, o algún esclavo se dispone a pasarse al enemigo, sea atado a la rueda y muerto a palos; para nosotros todos los bienes; ¡lo! ¡Peán! ¡lo!

TRIGEO.

Suprime el Peán, y di solamente: ¡lo!

CORO.

¡lo! ¡lo!, ya no digo más que ¡lo!

TRIGEO.

A Mercurio, a las Gracias, a las Horas, a Venus, a Cupido.

CORO.

¿Y a Marte?

TRIGEO.

No.

CORO.

¿Y a Belona?

TRIGEO.

No.

CORO.

Tirad todos: arranquemos las piedras con los cables.

MERCURIO.

¡Venga!

CORO.

¡Venga más!

MERCURIO.

¡Venga!

CORO.

¡Venga más, más!

MERCURIO.

¡Venga! ¡Venga!

TRIGEO.

Pero no todos arrastran igualmente. ¡Tirad todos a una! ¡Eh!, vosotros fingís que trabajáis. ¡Ah Beocios, Beocios!, lo habéis de sentir.

MERCURIO.

¡Venga, pues!

TRIGEO.

¡Venga!

CORO.

Ea, tirad también vosotros.

TRIGEO.

Pues qué, ¿no tiro yo? ¿No estoy colgado de la cuerda y haciendo los mayores esfuerzos?

CORO.

¿Entonces por qué no adelanta la obra?

TRIGEO.

¡Ah Lámaco! Nos estorbas estándote ahí sentado. ¿Qué necesidad tenemos de tu Gorgona?

MERCURIO.

Tampoco tiran esos argivos; es verdad que hace mucho tiempo que se ríen de nuestras desgracias; especialmente desde que obtienen subsidios de ambos bandos.

TRIGEO.

Pero los lacedemonios, amigo mío, tiran con todas sus fuerzas.

CORO.

Mirad, los únicos que trabajan son los que manejan el azadón, y los armeros se lo estorban.

MERCURIO.

Tampoco los Megarenses hacen nada de provecho; sin embargo tiran abriendo enormemente la boca, como los perros cuando roen un hueso; pero los pobres están desmayados de hambre.

TRIGEO.

Amigos, nada adelantamos; reunamos nuestros esfuerzos, y tiremos a una.

MERCURIO.

¡Venga!

TRIGEO.

¡Venga más!

MERCURIO.

¡Venga!

TRIGEO.

¡Más, por vida de Júpiter!

MERCURIO.

Poco adelantamos.

TRIGEO.

¿Habrá infamia como esta? Unos tiran a un lado, y los otros al contrario. ¡Argivos, argivos! ¡Que va a haber palos!

MERCURIO.

¡Venga, pues!

TRIGEO.

¡Venga!

CORO.

¡Qué canallas son algunos!

TRIGEO.

Vosotros, que deseáis ardientemente la Paz, tirad con fuerza.

CORO.

Hay algunos que nos lo impiden.

MERCURIO.

¿No os iréis al infierno, megarenses? La diosa os detesta, recordando que fuisteis los primeros en untarla con ajos. Vosotros, atenienses, no tiréis ya de ese lado; está visto que solo podéis ocuparos de procesos. Pero si queréis libertar a la Paz, retiraos hacia el mar un poco.

CORO.

Ea, amigos labradores, demos fin a este trabajo.

MERCURIO.

La cosa va mucho mejor, ciudadanos.

CORO.

Dice que la cosa marcha; ea, redoblemos todos nuestros esfuerzos.

TRIGEO.

Solo los labradores, y nadie más, hacen adelantar la obra.

CORO.

¡Firme, pues! ¡Firme todo el mundo! ¡Ya nos acercamos! No hay que ceder. ¡Ánimo! ¡Ánimo! Ya está concluido. Ahora, ¡venga!, ¡venga!, ¡venga!, ¡venga!, ¡venga, todos a una!

(La Paz sale de la caverna acompañada de Opora y Teoría.)

TRIGEO.

¡Oh Diosa venerable que nos prodigas las uvas!, ¿qué oración te dirigiré? ¿Dónde podré hallar para saludarte palabras equivalentes a diez mil ánforas? No tengo ninguna en casa. Salud, Opora, y tú también, Teoría. ¡Qué hechicero es tu rostro, Teoría! ¡Qué perfume se exhala de tu seno! Es dulce y delicado como la exención de la milicia, o el más precioso aroma.

MERCURIO.

¿No es un olor semejante al de la mochila militar?

CORO.

¡Oh enemigo detestable, tu morral asqueroso me da náuseas! Apesta a cebollas; mientras que al lado de esta amable Diosa todo se vuelven sazonados frutos; convites, Dionisiacas, flautas, poetas, cómicos, cantos de Sófocles, tordos, versitos de Eurípides...

TRIGEO.

¡Desdichado!, no la calumnies. ¿Cómo ha de amar a ese fabricante de sutilezas y sofismas?

CORO.

...hiedras, coladores de vino, baladoras ovejas, mujeres campesinas de bella garganta, la esclava ebria, el ánfora derribada y otras mil cosas buenas.

MERCURIO.

Mira, mira cómo hablan unas con otras las ciudades y se ríen de todo corazón; sin embargo, todas tienen terribles heridas y enormes ampollas.

TRIGEO.

Mira también a los espectadores; por el semblante de cada cual conocerás su oficio.

MERCURIO.

¡Ah! ¿No ves a ese fabricante de penachos cómo se arranca los cabellos? Aquel que hace azadones se ríe en las barbas de un fabricante de espadas.

TRIGEO.

¿Ves tú cómo se regocija ese otro fabricante de hoces, y señala con el dedo a un fabricante de lanzas?

MERCURIO.

Ea, manda a los labradores que se retiren.

TRIGEO.

Pueblos, escuchad: vuelvan cuanto antes a los campos los labradores con sus aperos, dejándose de lanzas, espadas y flechas: la antigua Paz reina ya en estos lugares. Vuelvan, pues, todos a las rústicas faenas, después de entonar un jubiloso Peán.

CORO.

¡Oh día deseado por los hombres de bien y los campesinos! ¡Con qué placer tornaré a ver mis viñas y a saludar, después de tantos tiempos, las frondosas higueras plantadas en mi juventud!

TRIGEO.

Principiemos, amigos míos, por adorar a la diosa que nos ha libertado de Gorgonas y penachos, y corramos después a nuestros campos, provistos de sabroso almuerzo.

MERCURIO.

¡Oh Neptuno, cómo alegra la vista ese batallón de labradores, apretados como la masa de una torta, o los convidados en un banquete público!

TRIGEO.

¡Sí; mirad cómo brillan las palazadas! ¡Cómo los zarcillos de tres dientes relucen al sol! ¡Qué derechos surcos va a trazar esa turba feliz! Yo también deseo marchar al campo y remover aquellas pocas tierras, tanto tiempo abandonadas. ¡Acordaos, amigos míos, de nuestra antigua vida, regocijada con los dones que la diosa entonces nos dispensaba! ¡Acordaos de aquellas cestas de higos secos y frescos; acordaos de los mirtos, del dulce mosto, de las violetas ocultas en las orillas de la fuente y de las aceitunas tan deseadas! Por tan inmensos beneficios adoremos a la Diosa.

CORO.

¡Salve, salve, deidad querida, tu vuelta llena de regocijo nuestras almas! Lejos de ti me abrumaba el dolor, me consumía el ardiente afán de volver a mis campos. Tú eres para todos el mayor de los bienes, la más anhelada dicha. Tú el único sostén de los que viven cultivando la tierra. Bajo tu imperio, sin dispendios ni fatigas, disfrutábamos de mil dulces placeres; tú eras nuestro pan cotidiano, nuestra salud, nuestra vida. Por eso las vides y jóvenes higueras y todas nuestras plantas te acogen jubilosas, y sonríen a tu venida. (A Mercurio.) Pero tú, el más benévolo de los dioses, dínos dónde ha estado encerrada tanto tiempo.

MERCURIO.

Sabios labradores, escuchad mis palabras, si queréis saber cómo la habéis perdido. La desgracia de Fidias fue la primera causa; en seguida Pericles, temeroso de la misma suerte, desconfiando de vuestro carácter irritable, creyó que el mejor modo de evitar el

peligro personal era poner fuego a la República. Su decreto contra Mégara fue la pequeña chispa que produjo la vasta conflagración de una guerra, cuyo humo ha arrancado tantas lágrimas a todos los griegos, a los de aquí y a los de otras comarcas. Al primer rumor de ese incendio, crujieron a su pesar nuestras cepas; la tinaja, bruscamente removida, chocó contra la tinaja; nadie podía ya contener el mal, y la Paz desapareció.

TRIGEO.

He ahí, por Apolo, cosas completamente ignoradas; yo a nadie había oído que Fidas estuviese relacionado con la Diosa.

CORO.

Ni yo tampoco hasta ahora. Sin duda la Paz debe su hermosura a su alianza con él. ¡Cuántas cosas ignoramos!

MERCURIO.

Entonces, conociendo las ciudades sometidas a vuestro mando que, exasperados unos contra otros, estabais próximos a despedazaros, pusieron en práctica todos los medios para eximirse del pago de los tributos y ganaron a fuerza de oro a los lacedemonios principales. Estos, como avaros que son y despreciadores de todo extranjero, muy pronto arrojaron ignominiosamente a la Paz, y se declararon por la Guerra. La fuente de sus ganancias lo fue de ruina para los pobres labradores; pues bien pronto vuestras trirremes fueron, en represalias, a comerse sus higos.

TRIGEO.

Muy bien hecho. También ellos me cortaron a mí una higuera negra que yo mismo había plantado y dirigido.

CORO.

Sí, muy bien hecho, por Júpiter; a mí también me rompieron de una pedrada una medida con seis medimnas de trigo.

MERCURIO.

Los trabajadores del campo, reunidos después en la ciudad, se dejaron comprar como los otros; echaban de menos, es cierto, sus uvas y sus higos, pero en cambio oían a los oradores. Estos, conociendo la debilidad de los pobres, y la extremada miseria a que estaban reducidos, ahuyentaron a la Paz a fuerza de clamores, como si fueran horquillas, siempre que, arrastrada por su amor a este país, apareció entre nosotros: vejaban a los más poderosos y opulentos de nuestros aliados, acusándolos de ser partidarios de Brásidas. Y vosotros os arrojabais como perros sobre el infeliz calumniado y lo despedazabais rabiosamente; pues la república, pálida de hambre y

temerosa, devoraba con feroz placer cuantas víctimas le presentaba la calumnia. Los extranjeros, viendo los terribles golpes que asestaban estos oradores, les tapaban la boca con oro, de suerte que los enriquecieron, mientras la Grecia se arruinaba sin que lo advirtieseis. El autor de tantos males era un curtidor.

TRIGEO.

Cesa, cesa, Mercurio, de recordarme a ese hombre; déjale en paz en los infiernos, donde sin duda está: ya no es nuestro, sino tuyo; por consiguiente, cuanto digas de él, aunque en vida haya sido canalla, charlatán, delator, revoltoso y trastornador, recaerá sobre uno de tus súbditos. (A la Paz.) Pero ¿por qué callas, oh Diosa?

MERCURIO.

No conseguirás que revele a los espectadores la causa de su silencio; está muy irritada por lo que le han hecho sufrir.

TRIGEO.

Pues que te diga a ti siquiera algunas palabras.

MERCURIO.

Amiga querida, dime cuál es tu ánimo respecto a estos. Habla, mujer la más enemiga de los escudos. Bien, ya escucho. (Supone que le habla al oído.) Esas son tus quejas; comprendo. (A los espectadores.) Oíd vosotros sus acusaciones. Dice que cuando después de los sucesos de Pilos se presentó ella voluntariamente con una cesta llena de tratados, la rechazasteis tres veces en la asamblea popular.

TRIGEO.

Es verdad, faltamos en eso; pero perdónanos: nuestra inteligencia estaba entonces rodeada de cueros.

MERCURIO.

Escucha ahora la pregunta que acaba de hacerme. «¿Quién de vosotros era su mayor enemigo? ¿Quién trabajó más por la terminación de la guerra?»

TRIGEO.

Su más fiel amigo era sin duda alguna Cleónimo.

MERCURIO.

¿Y qué tal era ese Cleónimo en punto a guerra?

TRIGEO.

Lo más intrépido, solo que no es hijo de quien se decía, pues en cuanto va al ejército, prueba suficientemente, arrojando las armas, que es un hijo supuesto.

MERCURIO.

Escucha lo que acaba de preguntarme. ¿Quién manda ahora en la tribuna del Pnix?

TRIGEO.

Hipérbolo es el dueño absoluto. (A la Paz.) ¡Ah! ¿Qué haces? ¿Por qué vuelves la cabeza?

MERCURIO.

Aparta el rostro indignada de que el pueblo haya aceptado tan perverso jefe.

TRIGEO.

¡Bueno! ya no lo emplearemos más; el pueblo, viéndose sin guía y en completa desnudez, se ha servido de ese hombre como de una copa encontrada por casualidad.

MERCURIO.

La Paz quiere saber las ventajas que eso traerá a la república.

TRIGEO.

Lo veremos todo más claro.

MERCURIO.

¿Por qué?

TRIGEO.

Porque es comerciante de lámparas. Antes dirigíamos todos los negocios a tientas en la oscuridad; ahora los resolveremos a la luz de una lámpara.

MERCURIO.

¡Oh! ¡Oh! ¡Lo que me manda preguntarte!

TRIGEO.

¿Sobre qué?

MERCURIO.

Sobre mil antiguallas, que dejó al partir. Lo primero que desea saber es qué hace Sófocles.

TRIGEO.

Lo pasa muy bien; pero le ha sucedido una cosa extraordinaria.

MERCURIO.

¿Cuál?

TRIGEO.

De Sófocles se ha convertido en Simónides.

MERCURIO.

¡En Simónides! ¿Cómo?

TRIGEO.

Achacoso y viejo, es capaz por ganarse un óbolo de navegar sobre un zarzo.

MERCURIO.

¿Y el sabio Cratino vive todavía?

TRIGEO.

Murió cuando la invasión de los lacedemonios.

MERCURIO.

¿Qué le sucedió?

TRIGEO.

¿Qué? Se desfalleció, no pudiendo resistir a la pena que le produjo el ver romperse una tinaja llena de vino. ¿Cuántas desgracias como esta crees que han afligido a esta ciudad? Así es que en adelante, señora, nada podrá apartarnos de ti.

MERCURIO.

En ese supuesto, te entrego a Opora por mujer; vete a vivir con ella en el campo, y producid ricas uvas.

TRIGEO.

Acércate, amada mía, y dame un dulce beso. Dime, poderoso Mercurio: ¿me vendrá algún daño de holgarme con Opora después de tan larga abstinencia?

MERCURIO.

No, como en seguida tomes una infusión de poleo. Pero ante todo acompaña a Teoría al Senado, su antigua morada.

TRIGEO.

¡Oh Senado, qué dichoso vas a ser albergando bajo tu techo a tan amable huésped! ¡Cuánta salsa sorberás en estos tres días! ¡Qué de carnes y entrañas cocidas no comerás! Adiós, pues, mi querido Mercurio.

MERCURIO.

¡Adiós, honrado Trigeo; que lo pases bien y que te acuerdes de mí!

TRIGEO.

¡Escarabajo mío, volemós, volemós a casa!

MERCURIO.

Si no está aquí, amigo mío.

TRIGEO.

¿Pues adónde se fue?

MERCURIO.

Está uncido al carro de Júpiter y es portador del rayo.

TRIGEO.

Pero ¿dónde hallará el infeliz sus alimentos?

MERCURIO.

Comerá la ambrosía de Ganimedes.

TRIGEO.

Y yo, ¿cómo bajaré?

MERCURIO.

No tengas miedo, por aquí... junto a la Diosa.

TRIGEO.

Ea, lindas muchachas, seguidme pronto; son muchos los que os esperan enardecidos por el amor.

CORO.

Vete contento. Nosotros entre tanto encomendamos a nuestros servidores la custodia de estos objetos, pues no hay lugar menos seguro que la escena: alrededor de ella andan siempre escondidos muchos ladrones, acechando la ocasión de atrapar algo. (A los criados.) Guardadnos bien todo eso, mientras nosotros explicamos a los concurrentes el objeto de esta obra, y la intención que nos anima. Merecería ciertamente ser apaleado el poeta cómico que, dirigiéndose a los espectadores, se elogiase a sí propio en los anapestos. Pero si es justo, oh hija de Júpiter, el tributar todo linaje de honores al más sobresaliente y famoso en el arte de hacer comedias, nuestro autor se considera digno de los mayores elogios. En primer lugar, es el único que ha obligado a sus rivales a suprimir sus gastadas burlas sobre los harapos, y sus combates contra los piojos; además él ha puesto en ridículo y ha arrojado de la escena a aquellos Hércules, panaderos hambrientos, siempre fugitivos y bellacos, y siempre dejándose apalear de lo lindo; y ha prescindido, por último, de aquellos esclavos que era de rigor saliesen llorando, solo para que un compañero, burlándose de sus lacerías, les preguntase riendo: «Hola, pobrecillo. ¿Qué le ha pasado a tu piel? ¿Acaso un puerco-espín ha lanzado sobre tu espalda un ejército de púas, llenándola de surcos?» Suprimiendo estos insultos e innobles bufonadas, ha creado para vosotros un gran arte, parecido a un palacio de altas torres, fabricado con hermosas palabras, profundos pensamientos, y chistes no vulgares. Jamás sacó a la escena particulares oscuros ni mujeres; antes bien, con hercúleo esfuerzo arremetió contra los mayores monstruos, sin arredrarle el hedor de los cueros ni las amenazas de un cenagal removido. Yo fui el primero que atacué audazmente a aquella horrenda fiera de espantosos dientes, ojos terribles, flameantes como los de Cinna, rodeada de cien infames aduladores que le lamían la cabeza, de voz estruendosa como la de destructor remolino, de olor a foca, y de partes secretas que, por lo inmundas, recuerdan las de las lamias y camellos. La vista de semejante monstruo no me atemorizó; al contrario, salí a su encuentro y peleé

por vosotros y por las islas. Motivo es este para que premiéis mis servicios y no es olvidéis de mí. Además, en la embriaguez del triunfo, no he recorrido las palestras seduciendo a los jóvenes, sino que, recogiendo mis enseres, me retiraba al punto, después de haber molestado a pocos, deleitado a los más, y cumplido en todo con mi deber. Por tanto, hombres y niños han de declararse a mi favor; y hasta los calvos deben por propio interés contribuir a mi victoria; pues si salgo vencedor, todos dirán en la mesa y en los festines: «Llévale al calvo; dale esta confitura al calvo; no neguéis nada a ese nobilísimo poeta, ni a su brillante frente.»

SEMICORO.

Oh Musa, ahuyenta la guerra y ven conmigo a presidir las danzas, a celebrar las bodas de los dioses, los festines de los hombres y los banquetes de los bienaventurados. Estos son tus placeres. Si Carcino viene, y te suplica que bailes con sus hijos, no le atiendas ni le ayudes en nada; considera que son unos bailarines de delgado cuello a modo de codornices domésticas, enanos chiquititos, como excrementos de cabra; en fin, poetas de tramoya. Su padre dice que la única de sus piezas que, contra toda esperanza, tuvo éxito, fue estrangulada a la noche por una comadreja.

SEMICORO.

Tales son los himnos que las Gracias de hermosa cabellera inspiran al docto poeta cuando la primaveral golondrina gorjea entre el follaje; y Morsino y Melantio no pueden obtener un coro: este me desgarró los oídos con su desentonada voz, cuando consiguieron su coro trágico, él y su hermano, dos glotones como las Arpías y Gorgonas, devoradores de rayas, amantes de las viejas, impuros, que apestan a chivo, y son el azote de los peces. ¡Oh Musa! Envuélvelos en un inmenso gargajo, y ven a celebrar la fiesta conmigo.

TRIGEO.

¡Qué empresa tan difícil era la de llegar hasta los dioses! Tengo como magulladas las piernas. ¡Qué pequeñitos me parecíais desde allá arriba; cierto que mirados desde el cielo parecís bastante malos, pero desde aquí mucho peores!

UN ESCLAVO.

¿Estás aquí, señor?

TRIGEO.

Eso he oído decir.

EL ESCLAVO.

¿Cómo te ha ido?

TRIGEO.

Me duelen las piernas: ¡el camino es tan largo!

EL ESCLAVO.

Vamos, dime...

TRIGEO.

¿Qué?

EL ESCLAVO.

¿Has visto algún otro hombre vagando en la región del cielo?

TRIGEO.

No: solo he visto dos o tres almas de poetas ditirámicos.

EL ESCLAVO.

¿Qué hacían?

TRIGEO.

Trataban de coger al vuelo preludios líricos, perdidos en el aire.

EL ESCLAVO.

¿Has averiguado si es verdad, como se dice, que después de muertos nos convertimos en estrellas?

TRIGEO.

Sí por cierto.

EL ESCLAVO.

¿Qué astro es aquel que se distingue allí?

TRIGEO.

Ion de Quíos, el autor de una oda que principiaba: «Oriente.» En cuanto pareció en el cielo todos le llamaron: «Astro oriental».

EL ESCLAVO.

¿Quiénes son esas estrellas que corren dejando un rastro de luz?

TRIGEO.

Son estrellas de los ricos que vuelven de cenar llevando una linterna y en ella una luz. Pero concluyamos: llévate cuanto antes a casa a esta joven; limpia la bañera; calienta el agua, y prepara para ella y para mí el lecho nupcial. En cuanto concluyas, vuelve aquí. Mientras tanto, devolveré esta otra al Senado.

EL ESCLAVO.

¿De dónde traes estas mujeres?

TRIGEO.

¿De dónde? Del cielo.

EL ESCLAVO.

Pues no doy un óbolo por los dioses, si se dedican a rufianes como los hombres.

TRIGEO.

No lo son todos; pero hay algunos que viven de ese oficio.

EL ESCLAVO.

Vamos, pues. ¡Ah! dime, ¿le daré algo de comer?

TRIGEO.

Nada, no querrá comer ni pan ni pasteles, pues está acostumbrada a beber la ambrosía con los dioses.

EL ESCLAVO.

Habrà, pues, que prepararle algo de beber.

(Vase.)

CORO.

Ese anciano, al parecer, es sumamente feliz.

TRIGEO.

¿Qué diréis cuando me veáis adornado para la boda?

CORO.

Rejuvenecido por el amor, perfumado con exquisitas esencias, tu felicidad es envidiable, anciano.

TRIGEO.

Es verdad. ¡Y cuando, acostado con ella, bese su seno!

CORO.

Serás más feliz que esos trompos, hijos de Carcino.

TRIGEO.

¿No merecía esta recompensa el haber salvado a los griegos, montado en mi escarabajo? Gracias a mí, todos pueden vivir en el campo y gozar tranquilamente del amor y del sueño.

EL ESCLAVO (De vuelta).

La joven se ha lavado, y todo su cuerpo está resplandeciente de hermosura; la torta está cocida, amasado el sésamo y preparado todo lo demás; solo falta el esposo.

TRIGEO.

Ea, apresurémonos a llevar a Teoría al Senado.

EL ESCLAVO.

¿Qué dices? ¿Es esa Teoría aquella muchacha con la cual fuimos una vez a Braurón a beber y a refocilarnos?

TRIGEO.

La misma; no me ha costado poco el cogerla.

EL ESCLAVO.

¡Oh señor, qué placeres nos proporciona cada cinco años!

TRIGEO.

¡Ea! ¿Quién de vosotros es de fiar? ¿Quién de vosotros se encarga de guardar esta joven y de llevarla al Senado? ¡Eh, tú! ¿Qué dibujas ahí?

EL ESCLAVO.

El plano de la tienda que quiero levantar en el Istmo.

TRIGEO.

Vamos, ¿ninguno quiere encargarse de guardarla? (A Teoría.) Ven acá; te colocaré en medio de ellos.

EL ESCLAVO.

Ese hace señas.

TRIGEO.

¿Quién?

EL ESCLAVO.

¿Quién? Arifrades te suplica que se la lleves.

TRIGEO.

No por cierto: pronto la dejaría extenuada. Vamos, Teoría, deja ahí todo eso.

Senadores y pritáneos, contemplad a Teoría: ved los infinitos bienes que con ella os entrego; podéis al instante levantar las piernas de esta víctima y consumir el sacrificio. Mirad qué hermoso es este fogón; el hollín lo ha ennegrecido; en él, antes de la guerra, solía el Senado colocar sus cacerolas. Mañana podremos emprender con ella deliciosas contiendas, luchar en el suelo, o a cuatro pies, o inclinados, o apoyándonos sobre la rodilla echarla de costado, y, ungidos como los atletas en el pancracio, atacarla denodadamente con los puños y otros miembros. Al tercer día empezaráis las carreras de caballos; cada jinete empujará a su adversario; los tiros de los carros, derribados unos sobre otros y relinchando jadeantes, se darán sacudidas mutuas; mientras otros aurigas, rechazados de su asiento, rodarán al suelo cerca de la meta. Pritáneos, recibid a Teoría. ¡Oh, con qué gozo la acompaña ese! No hubieras estado tan solícito para llevarla al Senado, si se tratase de un asunto gratuito: no hubiera faltado el pretexto de las ocupaciones.

CORO.

Un hombre como tú es útilísimo a la república.

TRIGEO.

Cuando vendimiéis, conoceréis mejor lo que valgo.

CORO.

Ya lo has demostrado bastante, siendo el salvador de todos los hombres.

TRIGEO.

Me dirás todo eso cuando bebas el vino nuevo.

CORO.

Siempre te creeremos el ser más grande después de los dioses.

TRIGEO.

Mucho me debéis a mí, Trigeo el Atmonense; pues he libertado de gravísimos males a la población rústica y urbana, y he reprimido a Hipérbolo.

CORO.

Dinos lo que debemos hacer ahora.

TRIGEO.

¿Qué cosa mejor que ofrecer a la Paz unas ollas llenas de legumbres?

CORO.

¡Ollas de legumbres, como al pobre Mercurio que las encuentra tan poco nutritivas!

TRIGEO.

¿Pues qué queréis? ¿Un buey cebado?

CORO.

¡Un buey! No, de ningún modo; habría quizá que socorrer a alguno.

TRIGEO.

¿Un puerco grande y gordo?

CORO.

No, no.

TRIGEO.

¿Por qué?

CORO.

Por miedo a las porquerías de Teágenes.

TRIGEO.

¿Pues cuál víctima queréis?

CORO.

Una oveja.

TRIGEO.

¿Una oveja?

CORO.

Sí.

TRIGEO.

Pero pronuncias esa palabra como los jonios.

CORO.

De intento; así, si en la Asamblea dice alguno: «es preciso hacer la guerra», los asistentes espantados gritarán en jónico: «¡Oi! ¡Oi!»

TRIGEO.

Perfectamente.

CORO.

Y serán pacíficos. De esta manera seremos unos con otros como corderos, y mucho más indulgentes con los aliados.

TRIGEO.

Ea, traed cuanto antes una oveja: en tanto prepararé yo el altar para sacrificarla.

CORO.

¡Qué bien sale todo, con la ayuda de los dioses y el favor de la fortuna! ¡Qué oportunamente llega todo!

TRIGEO.

Es la pura verdad; porque ya está el altar en la puerta.

CORO.

Apresuraos, pues, mientras los dioses encadenan el soplo inconstante de la guerra. Evidentemente una divinidad cambia en bienes nuestras miserias.

TRIGEO.

Aquí está la cesta, con la salsa mola, la corona y el cuchillo: también el fuego; de modo que solo falta la oveja.

CORO.

Apresuraos, apresuraos; porque si os ve Queris, vendrá sin que se le llame, y tocará la flauta hasta que os veáis obligados a taponarle la boca con algo, para premiar sus fatigas.

TRIGEO.

Vamos, coge la cesta y el agua lustral, y da cuanto antes una vuelta por la derecha alrededor del ara.

EL ESCLAVO.

Ya he dado la vuelta; manda otra cosa.

TRIGEO.

Aguarda a que sumerja este tizón en el agua. Tú rocía el altar; tú dame un poco de salsa mola; purifícate y alárgame después el vaso; y luego esparce sobre los espectadores el resto de la cebada.

EL ESCLAVO.

Ya está.

TRIGEO.

¿Ya la has arrojado?

EL ESCLAVO.

Sí por cierto; ninguno de los espectadores deja de tener su porción de cebada.

TRIGEO.

Pero las mujeres no la han recibido.

EL ESCLAVO.

Sus maridos se la darán a la noche.

TRIGEO.

Oremos. ¿Quién está aquí? ¿Dónde está esa multitud de hombres de bien?

EL ESCLAVO.

Aguarda a que les dé a estos; son muchos y buenos.

TRIGEO.

¿Los crees buenos?

EL ESCLAVO.

¿Cómo no, si a pesar de haberles rociado de lo lindo están firmes y plantados en su puesto?

TRIGEO.

Oremos, pues, cuanto antes; ¡oremos ya!

¡Augusta reina, diosa venerable, oh Paz, que presides las danzas e himeneos, dignate aceptar nuestro sacrificio!

EL ESCLAVO.

Acéptalo, oh la más honrada de las diosas, y no hagas como esas mujeres que engañan a sus maridos. Esas, digo, que miran por la puerta entreabierta, y cuando alguno se fija en ellas, se retiran; después, si se aleja, vuelven a mirar. ¡Oh, no hagas eso con nosotros!

TRIGEO.

Al contrario, como una mujer honrada, muéstrate sin rebozo a tus adoradores que hace trece años nos consumimos lejos de ti. Pon término a las luchas y tumultos, y merece el nombre de Lisímaca; corrige esta suspicacia y charlatanería que engendra nuestras mutuas calumnias; une de nuevo a los griegos con los dulces vínculos de la amistad, y predispónlos a la benignidad y a la indulgencia; haz, en fin, que en nuestra plaza abunden las mejores mercancías, ristras de ajos, cohombros tempranos, manzanas, granadas, y pequeñas túnicas para los esclavos; que afluyan a ella los beocios cargados de gansos, ánades y alondras; que vengan con cestos de anguilas del Copáis, y amontonados en torno de ellas, luchemos entre la turba de compradores, con Móricos, Téleas y Glaucetes y otros glotones ilustres; y que Melantio, llegando el último al mercado, y viéndolo todo vendido, se lamente y exclame como en su Medea: «¡Yo muero! ¡Me han abandonado las que se esconden entre las acelgas!» y que todos se rían de su desgracia. Concédenos, Diosa veneranda, esto que te pedimos.

EL ESCLAVO.

Coge el cuchillo y degüella la oveja como un cocinero consumado.

TRIGEO.

Eso no es lícito.

EL ESCLAVO.

¿Por qué?

TRIGEO.

La Paz aborrece la matanza, y por eso nunca se ensangrienta su altar. Por lo tanto, llévate adentro la víctima, máatala y trae las dos piernas; de este modo la oveja se guardará para el Corega.

(El esclavo entra en la casa.)

CORO.

Tú, que permaneces aquí, reúne pronto las astillas y todo lo necesario para el sacrificio.

TRIGEO.

¿No os parece que dispongo el hogar como el más experto adivino?

CORO.

¿Por qué no? ¿Acaso ignoras algo de cuanto un sabio debe conocer? ¿No preves todo lo que un hombre de reconocida habilidad y audacia afortunada debe prever?

TRIGEO.

El humo de las astillas incomoda a Estílbides. Traeré una mesa y me pasaré sin criado.

CORO.

¿Quién no ensalzará a un hombre que, arrojando infinitos peligros, salvó la ciudad sagrada? Jamás dejará de ser admirado por todos.

EL ESCLAVO (De vuelta).

Cumplí tus órdenes. Toma las piernas y ponlas sobre el fuego: yo voy a buscar las entrañas y la torta.

TRIGEO.

Eso corre de mi cuenta; pero necesitaba que vinieses.

EL ESCLAVO.

Pues aquí estoy. ¿Te parece que he tardado?

TRIGEO.

Asa bien eso. Pero ahí se acerca uno coronado de laurel. ¿Quién es ese hombre?

EL ESCLAVO.

¡Qué arrogante parece! Sin duda, algún adivino.

TRIGEO.

No, por Júpiter, es Hierocles.

EL ESCLAVO.

¡Ah! Ese charlatán de oráculos, habitante de Orea. ¿Qué nos querrá decir?

TRIGEO.

Claro está que vendrá a oponerse a la Paz.

EL ESCLAVO.

No, lo que le atrae es el olor de las viandas.

TRIGEO.

Hagamos como que no le vemos.

EL ESCLAVO.

Tienes razón.

HIEROCLES.

¿Qué sacrificio es este y a qué dios lo ofrecéis?

TRIGEO.

Asa eso callando; cuidado con los riñones.

HIEROCLES.

¿Pero no me diréis a qué dios sacrificáis?

TRIGEO.

La cola tiene buena traza.

EL ESCLAVO.

Muy buena, oh Paz veneranda y querida.

HIEROCLES.

Vamos, corta ya y ofrece las primicias.

TRIGEO.

Antes ha de asarse bien.

HIEROCLES.

Ya está bien asada.

TRIGEO.

Quienquiera que seas, eres demasiado curioso. Corta: ¿dónde está la mesa? Trae las libaciones.

HIEROCLES.

La lengua se corta aparte.

TRIGEO.

Lo sabemos; ¿sabes tú lo que debías hacer?

HIEROCLES.

Si me lo dices.

TRIGEO.

No hablarnos ya una palabra, porque sacrificamos a la santa Paz.

HIEROCLES.

¡Oh desdichados o imbéciles mortales...!

TRIGEO.

¡Caigan sobre ti tus maldiciones!

HIEROCLES.

...Que no entendiendo, en vuestra ceguedad, la voluntad de los dioses, os aliáis con esos feroces monos...

TRIGEO.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

HIEROCLES.

¿De qué te ríes?

TRIGEO.

Tienen gracia tus feroces monos.

HIEROCLES.

Estúpidas palomas, que os fiáis de los zorros de falso corazón y pensamientos falsos.

TRIGEO.

¡Ojalá, charlatán arrogante, se pongan tus pulmones tan calientes como estas entrañas!

HIEROCLES.

Si las Ninfas no engañaron a Bacis; si los mortales no fueron engañados por Bacis, ni Bacis por las Ninfas...

TRIGEO.

¡Confúndante los dioses si no dejas de hablar de Bacis!

HIEROCLES.

No habrían decretado los hados que se rompiesen las cadenas de la Paz; pero antes...

TRIGEO.

Hay que echar sal a eso.

HIEROCLES.

No place a los dioses inmortales que desistamos de la guerra, mientras el lobo parece con la oveja.

TRIGEO.

¿Acaso, charlatán maldito, el lobo pareará jamás con la oveja?

HIEROCLES.

Mientras la chinche de campo exhale al huir un fétido olor; mientras la perra chillona, forzada a parir, dé a luz cachorros ciegos, no se debe pensar en la Paz.

TRIGEO.

¿Pues qué debíamos hacer? ¿Continuar la guerra? ¿Echar suertes sobre quién había de llorar más, cuando podíamos, uniéndonos por un tratado, mandar en común sobre la Grecia?

HIEROCLES.

Nunca conseguirás que el cangrejo ande en línea recta.

TRIGEO.

No cenarás ya en el Pritáneo, ni serás profeta de lo pasado.

HIEROCLES.

Nunca suavizarás la piel áspera del erizo.

TRIGEO.

¿No acabarás nunca de engañar a los atenienses?

HIEROCLES.

¿En virtud de qué oráculo habéis ofrecido ese sacrificio a los dioses?

TRIGEO.

De este, que Homero expresó en tan bellas frases:

La negra nube de la odiosa guerra
Disipamos así, y en dulce abrazo
Estrechando a la Paz, cien sacrificios
Le ofrecimos gustosos. Cuando el fuego
Devoró de las víctimas las piernas,
Nosotros sus entrañas consumimos

E hicimos libaciones; dirigía
La fiesta yo; mas nadie presentaba
Al adivino la brillante copa.

HIEROCLES.

Eso nada tiene que ver conmigo: nos lo ha dicho la Sibila.

TRIGEO.

Pero el sabio Homero dijo muy bien:

Que ni casa, ni hogar, ni patria tiene
El que las guerras intestinas ama
Siempre dañosas.

HIEROCLES.

Ten cuidado no te arrebate el milano la carne con una de las suyas...

TRIGEO (Al esclavo).

Sí, ten cuidado: ese oráculo amenaza nuestras viandas. Haz la libación y trae parte de los intestinos.

HIEROCLES.

Si os parece, voy a servirme yo mismo mi porción.

TRIGEO.

¡La libación, la libación!

HIEROCLES.

Échame a mí también, y dame una porción de los intestinos.

TRIGEO.

Eso no place a los dioses inmortales, sino el que primero hagamos nosotros las libaciones y tú te marches. ¡Oh veneranda Paz, permanece a nuestro lado toda la vida!

HIEROCLES.

Tráeme aquí la lengua.

TRIGEO.

Tráeme la tuya.

HIEROCLES.

¡La libación!

TRIGEO (Al esclavo).

Llévate esto con la libación.

HIEROCLES.

¿Nadie me dará algo de los intestinos?

TRIGEO.

No podemos darte nada hasta que el lobo se paree con la oveja.

HIEROCLES.

¡Ah, por favor! yo te lo pido por tus rodillas.

TRIGEO.

Tus ruegos son inútiles, amigo mío; no lograrás suavizar «al áspero erizo.» Ea, espectadores, acompañadnos a comer intestinos.

HIEROCLES.

¿Y yo?

TRIGEO.

Cómete a la Sibila.

HIEROCLES.

No, por la tierra, no os lo comeréis solos; si no me dais, os lo quito; esto es para todo el mundo.

TRIGEO (Al esclavo).

Sacúdele, sacúdele a Bacis.

HIEROCLES.

¡Sed testigos!...

TRIGEO.

De que eres un glotón y un impostor. ¡Firme: echa de aquí a bastonazos a ese charlatán!

EL ESCLAVO.

Cuida de esto; yo voy a quitarle las pieles de las víctimas que nos ha escamoteado. ¡Suelta esas pieles, adivino infernal! ¿Oyes? ¿Qué especie de cuervo es este que nos ha venido de Orea? Ea, pronto, emprende el vuelo hacia Elimnio.

CORO.

¡Qué alegría! ¡Qué alegría! ¡Ya no más cascotes, quesos ni cebollas! Los combates para quien los quiera: a mí solo me gusta beber con mis buenos amigos, junto al hogar donde con viva llama arde y chisporrotea la leña cortada en el rigor del estío, y tostar garbanzos sobre las ascuas, y asar bellotas entre el rescoldo, y hurtar un beso a Trata, mientras se baña mi esposa. Después de hecha la siembra, cuando la riega Júpiter con benéfica lluvia, nada hay tan agradable como el hablar así con un vecino: «Dime, ¿qué hacemos ahora, querido Comárquides? Yo quisiera beber, mientras el cielo fecunda nuestro campo. Ea, mujer, mezcla un poco de trigo con tres quénices de habichuelas, y ponlas a cocer, y danos higos secos. Que Sira haga volver a Manes del campo; hoy no es posible podar las vides, ni desterronar, pues la tierra está sumamente húmeda. Que me traigan el tordo y los dos pinzones. También debe de haber en casa calostro y cuatro tajadas de liebre, si ayer noche no las robó el gato, porque oí en la despensa un ruido sospechoso. Muchacho, trae tres pedazos, y dale el otro a mi padre. Pide a Esdúnada ramas de mirto con sus bayas; y, ya que te coge de camino, dile a Carinades que venga a beber con nosotros, mientras el cielo benéfico fecunda los sembrados.» Cuando entona la cigarra su dulce cantinela, me gusta ver si las uvas de Lemnos principian a madurar, pues son las más tempranas; y no menos me agrada mirar cómo van hinchándose los higos, y comerlos cuando están maduros, y exclamar, saboreándolos: «Deliciosa estación.» Después bebo una infusión de tomillo machacado, y logro así engordar en el estío, mucho más que viendo a uno de esos taxiarcos, aborrecidos por los dioses, pavoneándose con su triple penacho y su clámide teñida de un rojo deslumbrador que pretende hacer pasar por púrpura de Sardes. Pero cuando ocurre pelear, él mismo se encarga de darle una mano de azafrán cicense. Y después huye veloz el primero como un gallo, agitando sus amarillas crestas, mientras yo guardo mi puesto. Cuando están en Atenas estos valentones hacen cosas insufribles; inscriben a unos en las listas y borran a otros, dos y tres veces, según su capricho. «Mañana es la marcha», oye decir a lo mejor un ciudadano que no ha comprado víveres porque nada sabía al salir de su casa, y luego, al pararse delante de la estatua de Pandión, ve su nombre inscrito en la lista; se aturde, y echa a correr llorando. Así nos tratan a los pobres campesinos; a los ciudadanos ya les tienen más consideraciones esos cobardes aborrecidos de los dioses y los hombres. Pero si el cielo lo permite, ya tendrán su merecido. Mucho daño me han hecho esos taxiarcos, leones en la ciudad y zorros en el combate.

TRIGEO.

¡Oh! ¡Oh! ¡Cuánta gente viene al banquete de boda! Limpia las mesas con ese penacho; ya no sirve para otra cosa. Trae en seguida los pasteles y los tordos, liebre en abundancia y panes.

UN FABRICANTE DE HOCES.

¿Dónde está Trigeo? ¿Dónde?

TRIGEO.

Estoy cociendo tordos.

EL FABRICANTE DE HOCES.

¡Oh queridísimo Trigeo, cuánto bien nos has hecho procurándonos la paz! Antes no había quien diese un óbolo por una hoz; ahora vendo las que quiero a cincuenta dracmas. Este amigo vende a tres los toneles para el campo. Vamos, Trigeo, escoge de estas hoces y de todo lo demás cuanto quieras, y llévatelo gratis. Todo esto que vendemos y que nos produce pingües ganancias te lo ofrecemos como regalo de boda.

TRIGEO.

Bueno, bueno; dejadlo ahí todo, y entrad a cenar cuanto antes. Ahí se acerca un armero con una cara más triste que un funeral.

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

¡Ay, Trigeo, me has arruinado completamente!

TRIGEO.

¿Qué te pasa, desdichado? ¿Acaso te salen penachos en la cabeza?

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

Nos has quitado el trabajo y la subsistencia a mí y a este otro, fabricante de dardos.

TRIGEO.

Vamos, ¿cuánto quieres por esos dos penachos?

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

¿Cuánto ofreces?

TRIGEO.

¿Que cuánto ofrezco? Me da vergüenza el decirlo. Sin embargo, como el trenzado está hecho con gran primor, te daré tres quénices de higos secos y me servirán para limpiar esta mesa.

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

Vengan los higos: más vale poco que nada.

TRIGEO.

Vete al infierno con tus penachos; tienen lacia la cerda, no valen un pito. No daría una higa por todos ellos.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¡Ay de mí! ¿Qué haré con esta coraza tasada en diez minas y trabajada con tanto esmero?

TRIGEO.

No se te irrogará perjuicio alguno; dámela en su precio; podrá ser un bacín elegantísimo.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

No te burles de mí y de mis mercancías.

TRIGEO.

Con ella... y tres buenos guijarros, ¿no tendremos cuanto para el caso hace falta?

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¿Pero cómo te limpiarás, imbécil?

TRIGEO.

Perfectamente. Mira, paso una mano por la abertura del brazo, y la otra...

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¡Cómo! ¿Con las dos manos?

TRIGEO.

Pues claro, para que no me acusen de defraudar al Estado tapando los agujeros de los remos.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¿Y te atreverás a usar un bacín de mil dracmas?

TRIGEO.

¿Quién lo duda, miserable? Crees que ni por diez mil vendería yo mi trasero.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

Vamos, venga el dinero.

TRIGEO.

¡Ay! Querido, tu coraza me destroza las nalgas. Llévatela; no la compro.

EL FABRICANTE DE TROMPETAS.

¿Qué haré de esta trompeta que me costó sesenta dracmas?

TRIGEO.

Echa plomo en su cavidad; atraviesa encima una vara un poco larga, y tendrás un cótabo en equilibrio.

EL FABRICANTE DE TROMPETAS.

¡Ay! te burlas de mí.

TRIGEO.

Otra idea. Échale plomo, como te he dicho; añade un platillo colgado de unas cuerdecitas, y tendrás una balanza para pesar en el campo los higos que has de distribuir a tus esclavos.

EL FABRICANTE DE CASCOS.

¡Maldita suerte! ¡Estoy arruinado! Yo, que en otro tiempo pagué una mina por estos cascos. ¿Quién me los comprará ahora?

TRIGEO.

Vete a venderlos a los egipcios: son los únicos para medir sirmea.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

¡Ay, mi buen fabricante de cascos, qué desgraciada es nuestra suerte!

TRIGEO (Al fabricante de lanzas).

La suya no lo es.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

Pues qué, ¿habrá todavía quien necesite cascos?

TRIGEO.

Como sepa ponerles dos asas, los podrá vender mucho más caros.

EL FABRICANTE DE CASCOS.

Vámonos, fabricante de lanzas.

TRIGEO.

No, no; le voy a comprar esas picas.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

¿Cuánto das por ellas?

TRIGEO.

Si las cortas por la mitad, para que puedan servir de rodrigones, te pagaré a dracma el ciento.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

Este hombre se burla de nosotros. Vámonos, amigo.

TRIGEO.

Muy bien hecho; pues ya salen a orinar los hijos de los convidados, y si no me engaño, a preludiar sus cantos. Eh, muchacho, si piensas cantar, ensáyate antes delante de mí.

EL HIJO DE LÁMACO.

Celebremos ahora
Los valientes guerreros...

TRIGEO.

Maldita criatura, deja de cantar los valientes guerreros; ahora estamos en paz. Eres un bribonzuelo mal enseñado.

EL HIJO DE LÁMACO.

Con furia aterradora
Acométense fieros;
Se aplastan sus combados
Escudos...

TRIGEO.

¡Escudos! ¿No acabarás con tus escudos?

EL HIJO DE LÁMACO.

...alaridos
De triunfo alborozados
Se escuchan, y gemidos...

TRIGEO.

¡Gemidos! Me parece que quien va a gemir aquí eres tú, si continuas con tus gemidos y tus escudos combados.

EL HIJO DE LÁMACO.

¿Pues qué he de cantar? ¿Qué es lo que te gusta?

TRIGEO.

«Se comían de buey sendos tasajos» O cosas por el estilo.

Disponían alegres el banquete
Y cuantos platos hay apetecibles.

EL HIJO DE LÁMACO.

Se comían de buey sendos tasajos;
Los sudorosos brutos desuncían;
Hartos de pelear...

TRIGEO.

Eso es: «hartos de pelear, se pusieron a comer.» Canta, canta lo que comieron después de hartarse.

EL HIJO DE LÁMACO.

Después de terminada la comida,
Acorázanse el vientre...

TRIGEO.

Con buen vino, ¿verdad?

EL HIJO DE LÁMACO.

...De las torres
Se precipitan. Alarido inmenso
Surca entonces...

TRIGEO.

Que Júpiter te confunda con tus batallas, bribonzuelo; no sabes más que cantos de guerra. ¿De quién eres hijo?

EL HIJO DE LÁMACO.

¿Yo?

TRIGEO.

Sí, tú.

EL HIJO DE LÁMACO.

De Lámaco.

TRIGEO.

¡Oh! ¡Oh! Ya se me figuraba que debías de ser hijo de algún aficionado a combates y heridas; de algún Boulómaco o Clausímaco. Largo de aquí. Vete a entonar tus canciones a los lanceros. ¿Dónde está el hijo de Cleónimo? Ven acá; canta algo antes de entrar en casa. Ya estoy seguro de que tus cantares no serán belicosos. Tu padre es prudentísimo.

EL HIJO DE CLEÓNIMO.

Un habitante de Sais
Ostenta el brillante escudo,
Que abandoné mal mi grado
Cabe un florecido arbusto.

TRIGEO.

Dime, pequeño, ¿cantas eso por tu padre?

EL HIJO DE CLEÓNIMO.

«Salvé mi vida...»

TRIGEO.

Pero deshonraste tu linaje. Mas entremos; demasiado sé que el hijo de tal padre no olvidará nunca lo que acaba de cantar sobre el escudo. Vosotros los que os quedáis al festín ya no tenéis que hacer otra cosa más que comer y consumir todas las viandas y menear sin descanso las mandíbulas. Lanzáos sobre todos los platos, y comed a dos carrillos. ¡Desdichados! ¿para qué sirven, sino es para comer, los buenos dientes?

CORO.

Eso queda a nuestro cargo; nos has dado un buen consejo.

TRIGEO.

Vosotros, que ayer estabais hambrientos, saciaos ahora de liebre; no todos los días se encuentran pasteles abandonados. Devoradlos, pues, que si no, tal vez sintáis mañana no haberlo hecho.

CORO.

Silencio, silencio, va a presentarse la novia; coged las antorchas: que todo el pueblo se regocije y dance. Después, cuando hayamos bailado, y bebido y expulsado a Hipérbolo, llevaremos de nuevo al campo nuestro humilde ajuar, y pediremos a los dioses que otorguen a los griegos oro en abundancia, y a nosotros riquísimas cosechas de cebada y vino, dulces higos y esposas fecundas. Así podremos recobrar los perdidos bienes y abolir para siempre el uso del acero homicida.

TRIGEO.

Querida esposa, ven al campo a embellecer mi lecho.

CORO.

¡Oh mortal tres veces feliz con tu merecida dicha! ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo! ¿Qué le haremos? ¿Qué le haremos? ¡Gocemos de su belleza! ¡Gocemos de su belleza! Nosotros los hombres colocados en la primera fila levantemos al novio y llevémosle en triunfo. ¡Himeneo! ¡Himeneo!

TRIGEO.

Tendréis una linda casa, viviréis sin molestias y cogeréis higos. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

CORO.

Aquel tiene uno grande y grueso; este, otro dulcísimo. Después de comer y beber sendos tragos, exclamarás: ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

CORO.

Adiós, adiós, amigos míos. Los que me sigan comerán pasteles.

FIN DE LA PAZ

LAS AVES.

NOTICIA PRELIMINAR.

Dos ciudadanos atenienses, Evélpides y Pistetero, como si dijéramos, Buena-esperanza y Fiel-amigo, hartos de desórdenes, de pleitos, cábalas o intrigas, y tomando al pie de la letra la expresión irse a los cuervos, análoga, como hemos visto, a la nuestra irse al diablo o a otra cosa, si no peor, más sucia, huyen de Atenas y se encaminan al país de las aves en busca de la Abubilla, en otro tiempo Tereo, rey de Tracia. Aceptada por el ex-monarca-pájaro la idea de construir una ciudad en los aires, convoca una asamblea de todas las razas aladas, que acudiendo en gran número, se preparan en el primer momento a embestir y despedazar a los temerarios mortales que han osado penetrar en sus dominios: calmados por la Abubilla, cámbiase pronto su furia en indescriptible entusiasmo, cuando Pistetero desenvuelve un plan para devolver a los volátiles el cetro del mundo que antes les había pertenecido. Los dos atenienses son naturalizados inmediatamente: la nueva ciudad, llamada Nefelococigia, es construida en un abrir y cerrar de ojos, y dos embajadores son enviados al cielo y a la tierra. Apenas se empieza a ofrecer el sacrificio de consagración, acuden a Nefelococigia toda clase de gentes: un pobre poeta, que versifica en honor de la nueva ciudad para conseguir un manto y una túnica; un adivino cargado de oráculos; Metón el geómetra; un inspector y un vendedor de decretos, que son apaleados en castigo de sus impertinencias. Iris, mensajera de los dioses, es hecha prisionera al intentar atravesar los aires; sometida a un apremiante interrogatorio, vese obligada a manifestar que Júpiter la envía a los hombres para que ofrezcan los acostumbrados sacrificios, y tiene que retirarse malparada oyendo de boca de Pistetero que no hay más dioses que las aves, y que el paso al través de la nueva ciudad queda prohibido hasta nueva orden a las divinidades olímpicas. Preséntase después un Mensajero, anunciando que los hombres han decretado una corona de oro al fundador de Nefelococigia, y que las aves se han puesto de moda y hacen tal furor en Atenas, que pronto se verá llegar una multitud ornitomaniaca pidiendo alas y plumajes. No tarda efectivamente en presentarse un joven con intentos parricidas, que recibe entre equívocos y chistes consejos prudentísimos, y al cual siguen Cinesias, poeta ditirámico, ganoso de atrapar entre las nubes las sublimes vaciedades de sus versos y un sicofanta o delator, que así como el poeta lleva con una paliza su justo merecido.

Prometeo, que llega después, revela a Pistetero el hambre canina que aflige a los inmortales, indicándole el medio de explotar la miseria del Olimpo, y retirándose con todo género de precauciones para no ser visto por Júpiter.

Una embajada, compuesta de Neptuno, Hércules y un Tríbalo, presenta por fin sus proposiciones a la gente alada, y vencidas las dificultades se estipulan la paz y el paso libre por Nefelococigia, con la condición de entregar Júpiter su cetro a las aves y a Pistetero la mano de la Soberanía.

La comedia concluye, como La Paz, con un jubiloso canto de himeneo.

Tal es el argumento de Las Aves. ¿Cuál es su objeto? He aquí una pregunta a la cual se han dado muy diferentes contestaciones. Unos han dicho que su autor se limitaba a censurar la afición a las lides judiciales, sin considerar que Aristófanes solo se ocupa de esta manía de Atenas a la ligera y muy de paso; otros que su fin es nada menos que promover cambios radicales en el carácter ateniense, en el culto, en la religión, en la constitución de la república y en el personal de sus magistrados, sin parar mientes que tales proposiciones, aun hechas de burlas, costaban la vida al temerario que las aventuraba: quiénes (por más que nada autorice a suponerlo) solo ven en su fantástico desarrollo una animada censura de las peregrinas invenciones de los trágicos y sus increíbles fábulas; y no han faltado algunos que, saltando por encima de un flamante anacronismo, la conceptúan una graciosa parodia de la República que Platón soñó muchos años más tarde.

La explicación de M. Paulmier, desenvuelta luego por el P. Brumoy, es indudablemente la más ingeniosa, careciendo sin embargo del debido fundamento. El erudito jesuita, teniendo presente que poco antes de la representación de esta comedia, Alcibíades, llamado a Atenas para defenderse del crimen de sacrilegio, había huido a Esparta y exhortaba a los lacedemonios a fortificar a Decelia, ciudad del Ática que más adelante molestó mucho a los atenienses, opina que, aunque con el pulso y delicadeza que la gravedad del asunto requería, trató Aristófanes en Las Aves de llamar la atención del pueblo sobre los preparativos de una rival ambiciosa, y decidirle a traer de Sicilia sus tropas y galeras. Pero solo un pasaje en que se habla de la galera Salamina, y algunas otras indicaciones remotísimas confirman la interpretación de Brumoy, que cae ante la consideración de que Aristófanes cuando alude lo hace clara y directamente, y si a veces encubre su propósito, hay que confesar que se vale siempre del velo de una alegoría transparente. Sin ir tan lejos, dice Artaud, ni perderse en cavilaciones sistemáticas, podemos hallar la explicación del enigma. A una lectura un poco atenta, vese en Las Aves una especie de utopía cómica, una república imaginaria como la de Platón, realizada de una manera burlesca. Todo lo que precede a la fundación de la ciudad no es más que el preámbulo de la acción. Sin el lazo de esta idea general, la pieza presentaría solamente una serie de escenas ininteligibles. Pero mirada bajo este prisma, es un cuadro ingenioso en que el espíritu del poeta se solaza

a placer y pasa revista a todos los ridículos. Un hijo que desea la muerte de su padre recibe de las cigüeñas una lección de amor filial. El autor ataca sucesivamente la pedantería de los sabios y filósofos, la ignorancia y avidez de los sacerdotes y adivinos, las pretensiones de los poetas, la venalidad de los magistrados, las infamias de los delatores y las charlatanerías de toda especie.

Para explicarse ciertas singularidades de esta comedia, como la de componer el coro de personajes alados, no hay necesidad tampoco de acudir a la hipótesis de que las aves sean representantes de los lacedemonios, y los hombres y los dioses de los atenienses y de los demás pueblos griegos; pues para dar amenidad al espectáculo y ocupación a las máquinas teatrales, eran cosa corriente entre los cómicos tan peregrinas invenciones; y por otra parte, quien había puesto en escena Nubes, Avispas y Escarabajos no puede decirse que se excediera a sí mismo al presentar un coro de volátiles. Es más; en mi humilde opinión, la elección del poeta fue sobremanera acertada, pues debió dar así una animación extraordinaria a la comedia, falta de acción como todas las de Aristófanes, con tantas idas y venidas, tantos giros y revoloteos, tanta variedad de plumajes, y esa encantadora alegría, patrimonio de los pájaros, que son naturalmente, como dice Leopardi, las criaturas más regocijadas de la creación.

La elección de estos alados personajes permite además al autor dar rienda suelta a su fantasía por los amenos campos de la fábula, y presentar sin sombra de pedantería, y con aquella frescura y sencillez de colorido del poeta predilecto de las Gracias, multitud de leyendas curiosas, entretenidos detalles, mordaces chistes y picantes sales, alternando con brillantes himnos de elevación verdaderamente pindárica. «De este modo, dice Poyard, Las Aves son una obra sin ejemplo y sin rival, un género aparte aun dentro del teatro aristofánico, una fantasmagoría alegre, viva, seductora, llena de maravillosas sorpresas, chispeando poesía, desenvolviéndose aérea y alada, y burlándose con sátira ligera y divertida, sin las virulencias ordinarias.»

Esta comedia se representó el año 415 antes de Jesucristo, décimo octavo de la guerra del Peloponeso, habiendo obtenido el premio segundo: Los Bebedores de Amipsias consiguieron el primero; y el tercero fue otorgado al Monotropos (el Moroso) de Frínico.

PERSONAJES.

^EVÉLPIDES.

^PISTETERO.

^EL ^REYEZUELO, criado de la Abubilla.

^LA ^ABUBILLA.

^CORO DE ^AVES.

^EL ^FENICÓPTERO.

^HERALDOS.

^UN ^SACERDOTE.

^UN ^POETA.

^UN ^ADIVINO.

^METÓN, geómetra.

^UN ^INSPECTOR.

^UN ^VENDEDOR DE DECRETOS.

^MENSAJERO.

^IRIS.

^UN ^PARRICIDA.

^CINESIAS, poeta ditiámbico.

^UN ^DELATOR.

^PROMETEO.

^NEPTUNO.

^TRÍBALO.

^HÉRCULES.

^UN CRIADO de Pistetero.

País agreste, lleno de piedras y zarzas. En el fondo una selva, a un lado una roca, morada de la Abubilla.

LAS AVES.

EVÉLPIDES (Al grajo que le sirve de guía).

¿Me dices que vaya en línea recta hacia aquel árbol?

PISTETERO (A la corneja que trae en mano).

¡Peste de avechucho! Ahora grazna que retrocedamos.

EVÉLPIDES.

Pero, infeliz, ¿a qué caminar arriba y abajo? Con estas idas y venidas nos derrengamos inútilmente.

PISTETERO.

¡Qué imbécil he sido en dejarme guiar por esta corneja! Me ha hecho correr más de mil estadios.

EVÉLPIDES.

¿Mayor desdicha que la de llevar de guía a este grajo, que me ha destrozado todas las uñas de los dedos?

PISTETERO.

Ni siquiera sé en qué lugar de la tierra estamos.

EVÉLPIDES.

¿No podrías hallar desde aquí tu patria?

PISTETERO.

No por cierto: ni Execéstides la suya.

EVÉLPIDES.

¡Ay!

PISTETERO.

Toma esa senda, amigo mío.

EVÉLPIDES.

¡Qué terriblemente nos ha engañado Filócrates, ese atrabiliario vendedor de pájaros! Nos aseguró que estas dos aves nos guiarían mejor que ninguna otra a la morada de Tereo, la Abubilla, que fue transformado en pájaro; y nos vendió este grajo, hijo de Tarrélides, por un óbolo, y por tres aquella corneja, que solo saben darnos picotazos. (Al grajo.) ¿Por qué me miras con el pico abierto? ¿Quieres precipitarnos desde esas rocas? Por ahí no hay camino.

PISTETERO.

Ni senda tampoco.

EVÉLPIDES.

¿No dice nada tu corneja?

PISTETERO.

Nada absolutamente; grazna ahora como antes.

EVÉLPIDES.

Pero, en fin, ¿qué dice de nuestra ruta?

PISTETERO.

¿Qué ha de decir sino que a fuerza de roer acabará por comérseme los dedos?

EVÉLPIDES.

¡Esto es insoportable! Queremos irnos a los cuervos; ponemos para conseguirlo cuanto está de nuestra mano, y no logramos hallar el camino. Porque habéis de saber, oyentes míos, que nuestra enfermedad es completamente distinta de la que aflige a Saccas: este, no siendo ciudadano, se obstina en serlo, y nosotros que lo somos, y de familias distinguidas, aunque nadie nos expulsa, huimos a toda prisa de nuestra patria. No es que aborrezcamos a una ciudad tan célebre y afortunada, y abierta siempre a todo el que desee arruinarse con litigios; porque es una triste verdad que si las cigarras solo cantan uno o dos meses entre las ramas de los árboles, en cambio los atenienses cantan toda la vida posados sobre los procesos. Esto es lo que nos ha obligado a emprender este viaje y a buscar, cargados del canastillo, la olla y las ramas de mirto, un país libre de pleitos, donde pasar tranquilamente la vida. Nos dirigimos con tal objeto a Tereo, la Abubilla, para preguntarle si, en las comarcas que ha recorrido volando, ha visto alguna ciudad como la que deseamos.

PISTETERO.

¡Eh, tú!

EVÉLPIDES.

¿Qué hay?

PISTETERO.

La corneja hace rato que me indica que hay algo arriba.

EVÉLPIDES.

También mi grajo mira con el pico abierto en la misma dirección, como si quisiera señalarme alguna cosa: no puede menos de haber aves por aquí. Pronto lo sabremos haciendo ruido.

PISTETERO.

¿Sabes lo que has de hacer? Dar un golpe con la rodilla en esa peña.

EVÉLPIDES.

Y tú, con la cabeza, para que el ruido sea doble.

PISTETERO.

Vamos, coge esa piedra y llama.

EVÉLPIDES.

Está bien; ¡esclavo! ¡esclavo!

PISTETERO.

Pero ¿qué haces? Para llamar a una Abubilla, gritas ¡esclavo! ¡esclavo! En vez de ¡esclavo! debes gritar: ¡Epopoi! ¡Epopoi!

EVÉLPIDES.

¡Epopoi! Tendré que llamar otra vez. ¡Epopoi!

EL REYEZUELO.

¿Quién va? ¿Quién llama a mi dueño?

EVÉLPIDES.

¡Apolo nos asista! ¡Qué enorme pico!

EL REYEZUELO.

¡Horror! ¡Son cazadores!

EVÉLPIDES.

El miedo que me causa no es para dicho.

EL REYEZUELO.

¡Moriréis!

EVÉLPIDES.

Pero si no somos hombres.

EL REYEZUELO.

¿Pues qué sois?

EVÉLPIDES.

Yo soy el Tímido, ave africana.

EL REYEZUELO.

¡A otro con esas!

EVÉLPIDES.

Pregúntaselo a mis pies.

EL REYEZUELO.

Y ese otro, ¿qué pájaro es? Contesta.

PISTETERO.

El Ensuciado, ave de Fasos.

EVÉLPIDES.

Y tú, ¿qué animal eres?

EL REYEZUELO.

Yo soy un pájaro esclavo.

EVÉLPIDES.

¿Te ha vencido algún gallo?

EL REYEZUELO.

No; pero cuando mi dueño fue convertido en Abubilla quiso que yo también me transformase en pájaro, para tener quien le siguiera y sirviese.

EVÉLPIDES.

Pues qué, ¿las aves necesitan criados?

EL REYEZUELO.

Este sí, tal vez porque fue antes hombre. Cuando se le antojan anchoas del Falero, yo cojo una escudilla y corro a por anchoas; cuando quiere comer puches, como se necesitan una cuchara y una olla, corro a por la cuchara.

EVÉLPIDES.

Por las señas, este pájaro es un Corredor. ¿Sabes lo que has de hacer, Reyezuelo? Llamar a tu señor.

EL REYEZUELO.

Pero si acaba de dormirse, después de haber comido bayas de mirto y algunos gusanos.

EVÉLPIDES.

No importa, despiértale.

EL REYEZUELO.

Aunque estoy seguro de que se va a enfadar, lo haré por complaceros.
(Vase.)

PISTETERO (Al Reyezuelo).

Que el cielo te confunda: no me has dado mal susto.

EVÉLPIDES.

¡Oh desgracia! ¡De miedo se me ha escapado el grajo!

PISTETERO.

¡Grandísimo cobarde! Te has dejado escapar el grajo de miedo.

EVÉLPIDES.

Y tú, ¿no te has dejado marchar la corneja al caer?

PISTETERO.

No por cierto.

EVÉLPIDES.

¿Pues dónde está?

PISTETERO.

Voló.

EVÉLPIDES.

¿Y no se te ha escapado? ¡Vaya el valentón!

LA ABUBILLA.

Abre la selva para que salga.

EVÉLPIDES.

¡Por Hércules!, ¿qué animal es ese? ¡Qué alas! ¡Qué triple cresta!

LA ABUBILLA.

¿Quién pregunta por mí?

EVÉLPIDES.

Sin duda, los doce grandes dioses te han maltratado.

LA ABUBILLA.

¿Acaso os burláis de la forma de mis alas? Sabed, extranjeros, que antes he sido hombre.

EVÉLPIDES.

No nos burlamos de ti.

LA ABUBILLA.

¿Pues de qué?

PISTETERO.

Tu pico nos da risa.

LA ABUBILLA.

Pues de esta facha representó ignominiosamente Sófocles en sus tragedias a Tereo.

EVÉLPIDES.

¿Pero eres Tereo, o un ave, o un pavo real?

LA ABUBILLA.

Soy un ave.

EVÉLPIDES.

¿Y las alas?

LA ABUBILLA.

Se me han caído.

EVÉLPIDES.

¿Alguna enfermedad?

LA ABUBILLA.

No; pero en el invierno mudan todas las aves, y les salen después nuevas plumas. Y vosotros, ¿qué sois?

EVÉLPIDES.

¿Nosotros? mortales.

LA ABUBILLA.

¿De qué país?

EVÉLPIDES.

Del de las hermosas trirremes.

LA ABUBILLA.

¿Seréis jueces?

EVÉLPIDES.

Nada de eso; antijueces.

LA ABUBILLA.

¿Se siembra allí ese grano?

EVÉLPIDES.

Rebuscando en todo el campo, hallaréis un poquito.

LA ABUBILLA.

¿Qué os trae aquí?

EVÉLPIDES.

El deseo de hablarte.

LA ABUBILLA.

¿Para qué?

EVÉLPIDES.

Porque en otro tiempo fuiste hombre, como nosotros; en otro tiempo tuviste deudas, como nosotros; y en otro tiempo te gustaba el no pagarlas, como a nosotros: después, cuando fuiste transformado en ave, recorriste en tu vuelo todos los mares y tierras, y llegaste a reunir la experiencia del pájaro y la del hombre. Esto nos trae a ti para suplicarte que nos indiques alguna pacífica ciudad donde podamos vivir blanda y sosegadamente, como el que se acuesta sobre mullidos cojines.

LA ABUBILLA.

¿Buscas, pues, una ciudad más grande que la de Cranao?

EVÉLPIDES.

Más grande no, más agradable para nosotros.

LA ABUBILLA.

Claro está que buscas un país aristocrático.

EVÉLPIDES.

¿Yo? ni por pienso: si detesto al hijo de Escelias.

LA ABUBILLA.

¿Pues en qué ciudad queréis vivir?

EVÉLPIDES.

En una donde los negocios más importantes sean, por ejemplo, venir muy de mañana a mi puerta un amigo y decirme: «Te ruego por Júpiter olímpico que al salir del baño vengáis a mi casa tú y tus hijos, pues voy a dar un banquete de bodas. ¡Cuidado con faltar! ¡Como no vengas, no tienes que poner los pies en mi casa hasta que me abandone la fortuna!»

LA ABUBILLA.

Vamos, veo que tienes afición a las desgracias. ¿Y tú?

PISTETERO.

Tengo los mismos gustos.

LA ABUBILLA.

¿Cuáles?

PISTETERO.

Quisiera una ciudad en la que al verme el padre de un hermoso muchacho, me dijese como si le hubiera ofendido: «¡Muy bien, muy bien, Estilbónides! Te encontraste ayer con mi hijo que volvía del baño y del gimnasio, y no fuiste para darle un beso, ni hablarle, ni acariciarle. ¿Quién dirá que eres amigo mío?»

LA ABUBILLA.

¡Hola, hola! Pues no es nada las desdichas que apeteces, buen hombre. En la costa del Mar Rojo hay una ciudad, afortunada como la que deseáis.

EVÉLPIDES.

¡Ah! No me hables de ciudades marítimas; el mejor día amanecería la galera Salamina trayendo un alguacil. ¿No puedes decirnos alguna ciudad griega?

LA ABUBILLA.

¿Por qué no emigráis a Lépreo, en Élide?

EVÉLPIDES.

¡Por todos los dioses! Aunque no he visto a Lépreo, lo aborrezco ya a causa de Melantio.

LA ABUBILLA.

Hay también en la Lócride la ciudad de Opunte, donde podréis vivir muy bien.

EVÉLPIDES.

No quisiera ser Opuncio ni por un talento de oro. ¿Pero qué tal pasan la vida los pájaros? Tú debes saberlo bien.

LA ABUBILLA.

La vida no es desagradable; en primer lugar, hay que prescindir de la bolsa.

EVÉLPIDES.

Pues con eso habéis suprimido la ocasión de muchos fraudes.

LA ABUBILLA.

Comemos en los jardines sésamo blanco, mirto, amapolas y menta.

EVÉLPIDES.

¿De modo que vivís como recién casados?

PISTETERO.

¡Oh, oh! ¡Qué magnífica idea se me ha ocurrido para la gente alada! ¡Seréis omnipotentes si me obedecéis!

LA ABUBILLA.

¡Obedecerte! ¿En qué?

PISTETERO.

¿En qué? Primero en no andar revoloteando por todas partes con el pico abierto: eso es indecoroso. Entre nosotros, cuando vemos a uno de esos botarates que no paran un instante, acostumbramos a preguntar: «¿Quién es ese chorlito?» Y Téleas responde: «Es un inconstante; tiene siempre la cabeza a pájaros; no está un momento en un sitio.»

LA ABUBILLA.

Tienes razón, por Baco. ¿Qué hemos de hacer?

PISTETERO.

Fundad una ciudad.

LA ABUBILLA.

¿Qué ciudad hemos de fundar las aves?

PISTETERO.

A la verdad, tu pregunta es necia si las hay. Mira abajo.

LA ABUBILLA.

Ya miro.

PISTETERO.

Ahora arriba.

LA ABUBILLA.

Ya miro.

PISTETERO.

Ahora vuelve la cabeza a todos lados.

LA ABUBILLA.

¿Qué voy a sacar de retorcerme así el pescuezo?

PISTETERO.

¿Ves algo?

LA ABUBILLA.

Sí, las nubes y el cielo.

PISTETERO.

¿No es ese el polo de las aves?

LA ABUBILLA.

¿El polo? ¿Qué es polo?

PISTETERO.

Como si dijéramos el país; se llama polo porque gira y atraviesa todo el mundo. Si fundáis en él una ciudad y la rodeáis de murallas, en vez de polo se llamará población;

entonces reinaréis sobre los hombres, como ahora sobre las langostas; y mataréis a los dioses de hambre canina.

LA ABUBILLA.

¿Cómo?

PISTETERO.

El aire está entre el cielo y la tierra, y del mismo modo que cuando nosotros queremos ir a Delfos pedimos permiso a los beocios para pasar, así vosotros, cuando los hombres hagan sacrificios a los dioses, si estos no os pagan tributo, podréis impedir que el humo de las víctimas atravesase vuestra ciudad y vuestro espacio.

LA ABUBILLA.

¡Oh! ¡Oh! ¡Lo juro por la tierra, las nubes, los lazos y las redes, jamás he oído una idea más ingeniosa! Estoy dispuesto a fundar contigo esa ciudad, si las demás aves son de mi opinión.

PISTETERO.

¿Quién les dará a conocer el proyecto?

LA ABUBILLA.

Tú mismo. Antes eran bárbaros, pero en el largo tiempo que he estado en su compañía les he enseñado a hablar.

PISTETERO.

¿Pero cómo las vas a convocar?

LA ABUBILLA.

Muy fácilmente. Voy a entrar en esa espesura; despertaré a mi Procne y las llamaremos; en cuanto oigan nuestra voz acudirán sin detenerse.

PISTETERO.

¡No te detengas, queridísimo pájaro! Por favor, entra pronto en esa espesura y despierta a tu amable compañera.

LA ABUBILLA.

Despierta, dulce compañera de mi vida; entona esos himnos sagrados que, como armoniosos suspiros, brotan de tu garganta divina cuando con melodiosa y pura voz deploras la triste suerte de nuestro llorado Itis. Tu sonoro canto sube, atravesando los copudos tejos, hasta el trono de Júpiter; junto al cual Febo, de áurea cabellera,

responde con los acordes de su lira de marfil a tus plañideras endechas, y reúne los coros de los dioses, y de sus bocas inmortales brota un celestial aplauso.

(Se oye una flauta dentro.)

PISTETERO.

¡Júpiter soberano! ¡Qué garganta la de ese pajarillo! Ha llenado de miel toda la espesura.

EVÉLPIDES.

¡Eh! ¡Tú!

PISTETERO.

¿Qué hay?

EVÉLPIDES

¿No callarás?

PISTETERO.

¿Por qué?

EVÉLPIDES.

La Abubilla se prepara a entonar nuevos cantos.

LA ABUBILLA.

Esopo, popo, popo, popo, popoí ¡io! ¡io! venid, venid, venid, venid, alados compañeros. Todos cuantos taláis las fértiles campiñas, tribus innumerables que recogéis y devoráis los granos de cebada, catervas infinitas de rápido vuelo y melodioso canto, acudid, acudid; vosotros, los que posados en un terrón os complacéis en gorjear débilmente entre los surcos: tío, tío, tío, tío, tío, tío, tío tío; los que en los jardines saltáis sobre las yedras, o en las montañas picoteáis el madroño y la silvestre aceituna, acudid a mi voz: trioto, trioto, toto, brix. Vosotros también, los que devoráis punzadores mosquitos en los valles pantanosos; los que pobláis los prados húmedos de rocío y el campo ameno de Maratón; francolines de matizadas alas; aves que revoloteáis con los alciones sobre las alborotadas olas del mar, venid a escuchar la grata nueva: congréguense aquí las aves de largo cuello. Sabed que ha venido un anciano ingenioso, autor de una nueva idea; que pretende realizar nuevos proyectos. Venid todos a deliberar aquí. Torotorotorotorotix. Kiccabau, kiccabau. Torotorotorotorolililix.

PISTETERO.

¿Ves algún pájaro?

EVÉLPIDES.

Ninguno, por Apolo, aunque estoy mirando al cielo con la boca abierta.

PISTETERO.

Me parece que ha sido inútil que la Abubilla, imitando al pardal, se haya metido en el bosque como a empollar huevos.

UN FENICÓPTERO.

Torotix, torotix.

PISTETERO.

Ah, querido, ya viene alguna ave.

EVÉLPIDES.

Sí, una ave, ¿pero cuál? ¿Es el pavo real?

PISTETERO.

Ese nos lo dirá. ¿Qué ave es esa?

LA ABUBILLA.

No es de las que veis todos los días; es una ave acuática.

PISTETERO.

¡Oh qué hermoso color de púrpura fenicia!

LA ABUBILLA.

Es verdad, por eso se llama el Fenicóptero.

EVÉLPIDES.

¡Eh! ¡Eh! ¡Tú!

PISTETERO.

¿Por qué gritas?

EVÉLPIDES.

Otra ave.

PISTETERO.

Cierto; otra ave, y exótica al parecer. ¿Cómo se llama esa ave montañesa de aspecto tan solemne como estúpido?

LA ABUBILLA.

Se llama el Meda.

PISTETERO.

¡El Meda! ¡Hércules poderoso! ¿Cómo siendo el Meda ha venido sin camello?

EVÉLPIDES.

Ahí se presenta otra ave copetuda.

PISTETERO.

¿Qué prodigio es este? No eres tú la única Abubilla, puesto que hay esa otra.

LA ABUBILLA.

Esa Abubilla es hijo de Filocles, que a su vez es hijo de la Abubilla; yo soy su abuelo paterno; es como si dijeras: Hipónico, hijo de Calias, y Calias hijo de Hipónico.

PISTETERO.

¿Luego Calias es un pájaro? ¡Oh, y cómo se le caen las plumas!

LA ABUBILLA.

Es generoso; por eso los delatores le despluman y las mujeres le arrancan las alas.

PISTETERO.

¡Oh Neptuno! Un nuevo pájaro de diversos colores. ¿Cómo se llama ese?

LA ABUBILLA.

El glotón.

PISTETERO.

¿Hay, pues, otro glotón además de Cleónimo?

EVÉLPIDES.

¿Crees que si fuese Cleónimo hubiera podido conservar el penacho?

PISTETERO.

¿Pero qué significan todas esas crestas? ¿Quizá acuden estas aves a disputar el premio del doble estadio?

LA ABUBILLA.

Son como los carios, que no abandonan las crestas de las montañas para estar más seguros.

PISTETERO.

¡Oh Neptuno! ¡Mira, mira qué terrible multitud de aves se reúne!

EVÉLPIDES.

¡Soberano Apolo! ¡Qué nube! ¡Oh! ¡Oh! Sus alas no dejan ver la entrada de la escena.

PISTETERO.

Esa es la perdiz; aquel el francolín; ese el penélope; el otro el alción.

EVÉLPIDES.

¿Y aquel que viene detrás del alción?

PISTETERO.

¿Ese? El barbero.

EVÉLPIDES.

¿Cómo? ¿El barbero es pájaro?

PISTETERO.

¿Pues no lo es Espórgilo, y de cuenta? Ahí viene la lechuza.

EVÉLPIDES.

¿Qué dices? ¿Quién trae una lechuza a Atenas?

PISTETERO.

Mira, mira, la urraca, la tórtola, la alondra, el eleas, la hipotimis, la paloma, el nerto, el azor, la torcaz, el cuco, el eritropo, la ceblepiris, el porfirión, el cernícalo, el somormujo, la ampelis, el quebrantahuesos, el pico.

EVÉLPIDES.

¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas aves! ¡Oh, cuántos mirlos! ¡Cómo pían y corren con estrépito! Pero qué, ¿nos amenazan? ¡Ay, cómo abren los picos y nos miran!

PISTETERO.

Me parece lo mismo.

CORO.

¿Po po po po po po por dónde anda el que me llamó? ¿En qué lugar se encuentra?

LA ABUBILLA.

Estoy aquí hace tiempo; yo nunca abandono a los amigos.

CORO.

¿Ti ti ti ti ti ti tienes algo bueno que decirme?

LA ABUBILLA.

Un asunto de interés común, seguro, justo, agradable, útil. Dos hombres de sutil ingenio han venido a buscarme.

CORO.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué dices?

LA ABUBILLA.

Digo, que dos ancianos han venido del país de los hombres, a proponernos una empresa prodigiosa.

CORO.

¡Oh tú que perpetraste el mayor crimen de que he oído hablar en mi vida! ¿Qué es lo que estás diciendo?

LA ABUBILLA.

No te asustes de mis palabras.

CORO.

¿Qué has hecho?

LA ABUBILLA.

Acoger a dos hombres que desean vivir con nosotros.

CORO.

¿Y te has atrevido?

LA ABUBILLA.

Y cada vez me alegro más.

CORO.

¿Y están ya entre nosotros?

LA ABUBILLA.

Como yo.

CORO.

¡Ay, estamos vendidos; somos víctimas de la traición más negra! Nuestro amigo, el que partía con nosotros el fruto de los campos, ha hollado nuestras antiguas leyes, ha quebrantado los juramentos de las aves; nos ha atraído a un lazo, nos ha puesto en manos de una raza impía con la que estamos en guerra desde que vimos la luz. Tú, traidor, nos darás luego cuenta de tus actos; mas primero castigemos a esos hombres. ¡Ea! ¡A despedazarlos!

PISTETERO.

¡Somos perdidos!

EVÉLPIDES.

Tú solo tienes la culpa de lo que nos sucede. ¿Para qué me trajiste?

PISTETERO.

Para tenerte a mi lado.

EVÉLPIDES.

Mejor para hacerme llorar a mares.

PISTETERO.

Tú deliras: ¿cómo has de llorar cuando te hayan sacado los ojos?

CORO.

¡lo! ¡lo! ¡Al ataque! Precipítate sobre el enemigo; hiérele mortalmente; despliega tus alas; envuelve con ellas a esos hombres; que paguen su culpa y den alimento a nuestros picos. Nada podrá librarles de mi furor; ni las sombrías montañas, ni las etéreas nubes, ni el piélago espumoso. ¡Ea, caigamos sobre ellos y desgarrémosles sin tardanza! ¿Dónde está el taxiarco? Que haga avanzar el ala derecha.

EVÉLPIDES.

Llegó el momento supremo. ¿A dónde huiré, infeliz?

PISTETERO.

¡Eh! Firme en tu puesto.

EVÉLPIDES.

¿Para qué me hagan trizas?

PISTETERO.

¿Pues cómo piensas escaparte?

EVÉLPIDES.

No lo sé.

PISTETERO.

Pues yo te digo que es preciso combatir a pie firme y coger las ollas.

EVÉLPIDES.

¿De qué nos servirá la olla?

PISTETERO.

La lechuza no nos acometerá.

EVÉLPIDES.

¿Y contra esas de ganchudas uñas?

PISTETERO.

Coge el asador y ponlo en ristre.

EVÉLPIDES.

¿Y los ojos?

PISTETERO.

Defiéndelos con un plato o con la vinagrera.

EVÉLPIDES.

¡Qué ingenio! ¡Qué habilidad digna de un general consumado! Sabes más estrategia que Nicias.

CORO.

Adelante, adelante, con el pico bajo: no retrasarse. Pica, desgarrar, hiere, arranca, rompe primero la olla.

LA ABUBILLA.

Deteneos: decidme, animales cruelísimos, ¿por qué queréis matar y despedazar a dos hombres que ningún mal os han hecho y que son además de la misma tribu y familia que mi esposa?

CORO.

Pues qué, ¿se perdona a los lobos? ¿No son nuestros más feroces enemigos? Nunca encontraremos otros más dignos de castigo.

LA ABUBILLA.

Si la naturaleza los hizo enemigos, su intención les hace amigos, y vienen aquí a darnos un consejo útil.

CORO.

¿Qué consejo útil pueden darnos ni decirnos los enemigos de nuestros abuelos?

LA ABUBILLA.

Los sabios aprenden muchas cosas de sus enemigos. La desconfianza es la madre de la seguridad. Con un amigo jamás aprenderíamos a ser cautos, al paso que un enemigo nos obliga a serlo; las ciudades en un principio aprendieron de sus enemigos, y no de sus amigos, a rodearse de altas murallas, y a construir largas naves, y con esta lección a defender hijos, casas y haciendas.

CORO.

Sea: me parece que podrá ser útil el oírles antes; puede recibirse alguna buena lección de un enemigo.

PISTETERO.

Su cólera parece calmarse. Retrocede un paso.

LA ABUBILLA.

Es muy justo; debéis de estarme agradecidos.

CORO.

En ninguna otra cosa te hemos sido contrarios.

PISTETERO.

Cada vez se manifiestan más pacíficos; por consiguiente, deja en el suelo la olla y los platos: ahora con la lanza terciada, digo, con el asador, paseémonos dentro del campamento, junto a la olla, y sin perderla de vista. No debemos huir.

EVÉLPIDES.

Tienes razón. Y si morimos, ¿dónde nos enterrarán?

PISTETERO.

En el Cerámico. Para ser sepultados a cuenta del Estado, diremos que hemos muerto peleando con los enemigos junto a Orneas.

CORO.

Todo el mundo a su puesto: depongamos nuestra cólera como el soldado sus armas; preguntemos quiénes son, de dónde vienen y qué proyectan. ¡Eh, Abubilla! Ven acá.

LA ABUBILLA.

¿Qué deseas saber?

CORO.

¿Quiénes son esos hombres, y de dónde vienen?

LA ABUBILLA.

Son extranjeros, venidos de Grecia, la patria de los sabios.

CORO.

¿Qué les ha inducido venir a buscarnos?

LA ABUBILLA.

La afición a vuestra vida y costumbres, y el deseo de participarla y vivir con nosotros.

CORO.

¡Será verdad! ¿y cuáles son sus proyectos?

LA ABUBILLA.

Increíbles, inauditos.

CORO.

¿Hallan alguna ventaja en habitar aquí, o esperan que viviendo con nosotros podrán vencer a su enemigo y favorecer a sus amigos?

LA ABUBILLA.

Nos anuncian una felicidad inmensa, indecible e increíble, y demuestran con irrefutables argumentos que cuanto hay aquí y allí, y en todas partes, todo nos pertenece.

CORO.

¿Estarán locos?

LA ABUBILLA.

Su discreción no es para dicha.

CORO.

¿Tienen talento?

LA ABUBILLA.

Son dos zorros redomados, la astucia personificada, gente muy corrida e ingeniosa.

CORO.

Diles, diles que vengan a hablarnos. Sin más que oír tus palabras, ya vuelo de gozo.

LA ABUBILLA.

Recoged vosotros esas armas y colgadlas de nuevo en la cocina, junto al hogar, bajo la protección de los dioses domésticos. (A Pistetero.) Expón y demuestra a la asamblea el objeto para el cual ha sido convocada.

PISTETERO.

No, por Apolo; nada diré mientras no prometan, como aquel mono armero a su mujer, no mordirme, ni desgarrarme, ni taladrarme...

CORO.

¿El...? Nada temas.

PISTETERO.

No, los ojos.

CORO.

Lo prometo.

PISTETERO.

Júralo.

CORO.

Lo juro, y si cumplo mi promesa, que obtenga el premio por el voto unánime de todos los jueces y espectadores.

PISTETERO.

Convenido.

CORO.

Y si no la cumplo, que la gane por un solo voto.

PISTETERO.

¡Pueblos, escuchad! Recojan los soldados sus armas y vuelvan a sus hogares, e infórmense de las órdenes que se fijan en los tablones.

CORO.

El hombre es un ser siempre y en todo falso; habla tú, sin embargo. Quizá me reveles algún proyecto que te parezca útil, o un medio de aumentar mi poder que a mí se me haya pasado por alto y que tú hayas visto. Habla; en inteligencia de que lo haces para el bien general, porque los bienes que me procures los dividiré contigo.

Manifiesta con fiadamente los proyectos que te han traído aquí, pues por ningún pretexto romperé la tregua que contigo he pactado.

PISTETERO.

No deseo otra cosa: la masa de mi discurso está ya dispuesta y solo me falta sobarla. Esclavo, tráeme una corona y agua para las manos; pero pronto.

EVÉLPIDES.

¿Vamos a cenar o qué?

PISTETERO.

No, por Júpiter; estoy buscando algunas palabras magníficas y sustanciosas para ablandar sus ánimos. (Dirigiéndose al Coro.) Sufro tanto por vosotros que en otro tiempo fuisteis reyes...

CORO.

¡Nosotros reyes! ¿De quién?

PISTETERO.

Reyes de todo cuanto existe; de mí, en primer lugar; de este; del mismo Júpiter; porque sois anteriores a Saturno, a los Titanes y a la Tierra.

CORO.

¿A la Tierra?

PISTETERO.

Sí, por Apolo.

CORO.

No había oído semejante cosa.

PISTETERO.

Es que sois ignorantes y descuidados y no habéis manoseado a Esopo. Esopo dice que la alondra nació antes que todos los seres y que la misma Tierra: su padre murió de enfermedad, cuando la Tierra aún no existía; permaneció cinco días insepulto, hasta que la alondra, ingeniosa por la fuerza de la necesidad, enterró a su padre en su cabeza.

EVÉLPIDES.

Por eso el padre de la alondra yace ahora en Céfae.

LA ABUBILLA.

¿De modo que si las aves son anteriores a la Tierra y a los dioses, a ellas les pertenecerá el mando por derecho de antigüedad?

EVÉLPIDES.

Esa es la verdad: procura, por tanto, fortificar tu pico, pues Júpiter no devolverá así como quiera su cetro al pito real.

PISTETERO.

Hay infinitas pruebas de que las aves, y no los dioses, reinaron sobre los hombres en la más remota antigüedad. Principiaré por citaros al gallo, que fue rey y mandó a los Persas antes que todos sus monarcas, antes que Darío y Megabises; y en memoria de su reinado se le llama todavía el ave pérsica.

EVÉLPIDES.

Por eso es la única de las aves que anda majestuosamente, como el gran rey, con la tiara recta sobre la cabeza.

PISTETERO.

Fue tan grande su poder y tan respetada su autoridad, que hoy mismo, como un vestigio de su dignidad antigua, en cuanto canta al amanecer, corren al trabajo y se calzan en la oscuridad todos los herreros, alfareros, curtidores, zapateros, bañeros, panaderos, y fabricantes de liras y de escudos.

EVÉLPIDES.

Pregúntamelo a mí; precisamente un gallo ha tenido la culpa de que perdiese un fino manto de lana frigia. Estaba yo en la ciudad convidado a un banquete que se daba para celebrar el acto de poner nombre a un niño; bebí algo y empecé a dormir; en esto, y antes de que los demás convidados se sentasen a la mesa, se le ocurre cantar a un gallo: creyendo que era de día, marchó en dirección a Alimunte; apenas salgo extramuros, un ladrón me asesta en la espalda un terrible garrotazo; caigo al suelo; voy a pedir socorro; pero era tarde, ya había desaparecido con mi manto.

PISTETERO.

El milano fue antiguamente jefe y rey de los griegos.

LA ABUBILLA.

¿De los griegos?

PISTETERO.

Él fue durante su reinado quien les enseñó a arrodillarse a la vista de los milanos.

EVÉLPIDES.

Sí, por Baco; un día que me prosterné en presencia de uno de ellos, me echó al suelo con la boca abierta y me tragué un óbolo; por lo cual volví a casa con mi saco vacío.

PISTETERO.

El cuco fue rey del Egipto y de toda la Fenicia; así es que cuando cantaba ¡cucú! todos los fenicios iban al campo a segar el trigo y la cebada.

EVÉLPIDES.

De ahí sin duda viene el proverbio: ¡Cucú! los circuncidados al campo.

PISTETERO.

Tan grande fue el poder de la gente alada, que los reyes de las ciudades griegas, Agamenón y Menelao, llevaban en el extremo de su cetro una ave que participaba de sus presentes.

EVÉLPIDES.

No sabía yo eso; así es que me admiraba cuando Príamo se presentaba en las tragedias con un pájaro que observaba fijamente a Lisícrates y los regalos con que se deja sobornar.

PISTETERO.

Pero oíd la prueba más contundente. Júpiter, que ahora reina, lleva sobre su cabeza un águila, atributo de su soberanía; su hija lleva una lechuza; y Apolo, su ministro, un azor.

EVÉLPIDES.

¡Es verdad, por la venerable Ceres! ¿Mas para qué llevan esas aves?

PISTETERO.

Para que en los sacrificios, cuando, según el rito, se ofrecen las entrañas a los dioses, ellas reciban su parte antes que Júpiter. Entonces ningún hombre juraba por los dioses, sino todos por las aves; y hoy mismo cuando Lampón engaña a alguno suele jurar por el ganso. ¡En tanta estima y veneración tenían entonces a los que ahora sois considerados como imbéciles y esclavos viles! Hoy os apedrean como a los dementes; hoy os arrojan de los templos; hoy infinitos cazadores os tienden lazos y preparan contra vosotros varetas, cepos, hilos, redes y pihuelas; hoy os venden a granel después de cogidos, y ¡oh colmo de ignominia! los compradores os tantean para ver si estáis gordos. ¡Y si se contentasen a lo menos con asaros! Pero hacen un menudo picadillo de silfio y queso, aceite y vinagre; le agregan otros condimentos dulces y crasos, y derraman sobre vosotros esta salsa hirviente como si fueseis carnes corrompidas.

CORO.

Acabas de hacernos, hombre querido, un triste, tristísimo relato. ¡Cuánto deploro la incuria de mis padres que, lejos de trasmitirme los honores heredados de sus abuelos, consintieron que fuesen abolidos! Pero sin duda algún numen propicio te envía para que me salves; a ti me entrego, pues, confiadamente con mis pobres polluelos. Dinos lo que hay que hacer; porque seríamos indignos de vivir, si por cualquier medio no reconquistáramos nuestra soberanía.

PISTETERO.

Opino primeramente que todas las aves se reúnan en una sola ciudad, y que las llanuras del aire y de este inmenso espacio se circunden de un muro de grandes ladrillos cocidos, como los de Babilonia.

LA ABUBILLA.

¡Oh Cebrión, oh Porfirió, qué terrible plaza fuerte!

PISTETERO.

Cuando hayáis construido esa muralla, reclamaréis el mando a Júpiter; si se niega y no quiere acceder, obstinado en su sinrazón, declaradle una guerra sagrada y prohibid a los dioses que atraviesen como antes vuestros dominios y que descendan a la tierra enardecidos por su adúltero amor a las Alcmenas, Álopes y Semeles; y si se presentan, ponedles en estado de no gozarlas más. Enviad en seguida otro alado embajador a los hombres para que les haga entender que, siendo las aves dueñas del mundo, a ellas deben ofrecer primero sus sacrificios y después a los dioses, y que deberán agregar a cada divinidad el ave que le convenga; si, por ejemplo, sacrifican a Venus, ofrecerán al mismo tiempo cebada a la picaza marítima; si matan una oveja en honor de Neptuno, presentarán granos de trigo al ánade; si un buey a Hércules, tortas con miel a la gaviota; si inmolan un carnero en las aras de Júpiter rey, rey es también el reyezuelo, y por consiguiente habrá de consagrarsele, antes que al mismo Júpiter, un mosquito macho.

EVÉLPIDES.

Me agrada ese sacrificio de un mosquito. ¡Que truene ahora el gran Júpiter!

LA ABUBILLA.

¿Pero cómo nos tendrán los hombres por dioses, y no por grajos, al ver que volamos y tenemos alas?

PISTETERO.

No sabes lo que dices. Mercurio, siendo todo un dios, tiene alas y vuela, y lo mismo otras muchas divinidades: la Victoria vuela con alas de oro, el Amor tiene las suyas, y Homero compara a Iris con una tímida paloma.

LA ABUBILLA.

¿No tronará Júpiter? ¿No lanzará contra nosotros su alígero rayo?

PISTETERO.

Si los hombres en su ceguedad se obstinan en despreciaros, y en tener por dioses solo a los del Olimpo, lanzad sobre la tierra una nube de gorriones que arrebatén de los surcos las semillas: veremos si Ceres baja a distribuir trigo a los hambrientos.

EVÉLPIDES.

No lo hará, de seguro: veréis cómo alega mil pretextos.

PISTETERO.

Además, que los cuervos, para probar que sois dioses, saquen los ojos a los bueyes de labranza y a otros ganados, y que en seguida los cure Apolo, que es médico; para eso le pagan.

EVÉLPIDES.

¡Eh, no! aguarda a que haya vendido mi parejita.

PISTETERO.

Por el contrario, si los hombres os tienen a ti por un dios, a ti por la vida, a ti por Saturno, a ti por Neptuno, lloverán sobre ellos todos los bienes.

LA ABUBILLA.

Dime siquiera uno de ellos.

PISTETERO.

En primer lugar, las langostas no devorarán las flores de sus viñas, porque un solo escuadrón de lechuzas y cernícalos dará buena cuenta de ellas. Después sus higos estarán libres de mosquitos y cínifes, que serán devorados por un escuadrón de tordos.

LA ABUBILLA.

¿Cómo les daremos las riquezas, que es lo que más quieren?

PISTETERO.

Cuando consulten a las aves, indicareis al adivino las minas más ricas y los tráficos más lucrativos; ni un marino perecerá.

LA ABUBILLA.

¿Por qué no perecerá?

PISTETERO.

Porque cuando consulte los auspicios sobre la navegación no faltará nunca un ave que le diga: «No te embarques; habrá tempestad;» o «embárcate; tendrás ganancias.»

EVÉLPIDES.

Compro un navío, y me lanzo al mar; no quiero ya vivir con vosotros.

PISTETERO.

Revelaréis también a los hombres el lugar donde se ocultan los tesoros enterrados por sus padres; porque todas lo sabéis. De aquí el proverbio: «Nadie sabe dónde está mi tesoro, como no sea algún pájaro.»

EVÉLPIDES.

Vendo mi barco; compro un azadón, y ¡a desenterrar ollas de oro!

LA ABUBILLA.

¿Y cómo darles la salud que vive entre los dioses?

PISTETERO.

¿Qué mejor salud que la felicidad? Créeme, un hombre desgraciado nunca está bueno.

LA ABUBILLA.

¿Pero cómo llegarán a la vejez? Porque como esta habita en el Olimpo, habrán de morir en la infancia.

PISTETERO.

Todo lo contrario, las aves prolongaréis su vida trescientos años.

LA ABUBILLA.

¿De quién los tomaremos?

PISTETERO.

¿De quién? De vosotros mismos. ¿Ignoras que la graznadora corneja vive cinco vidas de hombre?

EVÉLPIDES.

¡Ah, cuánto más grato será su imperio que el de Júpiter!

PISTETERO.

¿Quién lo duda? En primer lugar, no tendremos que consagrarles templos de piedra cerrados con puertas de oro, porque habitarán entre el follaje de las encinas: un olivo será el templo de las aves más veneradas; además, para ofrecerles sacrificios no habrá que hacer un viaje a Delfos o Amón, sino que parándonos delante de los madroños y acebuches, les presentaremos un puñado de trigo o de cebada, suplicándoles, con las manos extendidas, que nos concedan parte de sus bienes, y los conseguiremos sin más dispendios que un poquillo de grano.

CORO.

¡Oh anciano, que después de haberme sido tan odioso me eres ahora tan querido, nunca por mi voluntad me apartaré de tus consejos! Animado por tus palabras he prometido y jurado que si tú, fiel a tus santas promesas, te unes a mí, sin dolo alguno, para atacar a los dioses, estos no conservarán mucho tiempo el cetro que me pertenece. Todo lo que dependa de la fuerza, queda a nuestro cargo; y al tuyo lo que exija habilidad y consejo.

LA ABUBILLA.

¡Por Júpiter! no es tiempo de dormirse y dar largas a la manera de Nicias, sino de obrar con energía y rapidez. Entrad en mi nido de pajas y ramaje, y decidnos vuestros nombres.

PISTETERO.

Es fácil: me llamo Pistetero.

LA ABUBILLA.

¿Y ese?

PISTETERO.

Evélpides, de la aldea de Cría.

LA ABUBILLA.

Salud a entrambos.

PISTETERO.

Aceptamos el augurio.

LA ABUBILLA.

Entrad, pues.

PISTETERO.

Vamos, dirígenos tú.

LA ABUBILLA.

Venid.

PISTETERO.

¡Ah cielos! Ven, vuelve acá. ¿Cómo este y yo, que no tenemos alas, os hemos de seguir cuando voléis?

LA ABUBILLA.

Muy fácilmente.

PISTETERO.

Piénsalo bien: mira que Esopo dice en sus fábulas que a la zorra le causó grave perjuicio su alianza con el águila.

LA ABUBILLA.

Nada temas; hay una raíz, que en cuanto la comáis os saldrán alas.

PISTETERO.

Entremos con esa condición. Ea, Jantias, y tú, Manodoro, coged nuestro equipaje.

CORO.

¡Hola! ¡Eh, Abubilla! A ti te llamo.

LA ABUBILLA.

¿Qué me quieres?

CORO.

Llévate a esos y dales bien de comer; pero déjanos a la melodiosa Procne, cuyos cantos son dignos de las musas: hazla salir para que nos divirtamos con ella.

PISTETERO.

Sí, cede a sus deseos: hazla salir de entre las floridas cañas. Por los dioses te pido que la llames para que contemplemos también nosotros al ruiseñor.

LA ABUBILLA.

Puesto que lo deseáis, fuerza es obedeceros: sal, Procne, y muéstrate a nuestros huéspedes.

(Sale Procne.)

PISTETERO.

¡Oh venerado Júpiter! ¡Qué hermosa avecilla! ¡Qué tierna! ¡Qué brillante!

EVÉLPIDES.

¿Sabes que la estrecharía con gusto entre mis brazos?

PISTETERO.

¡Cuánto oro trae sobre sí! Parece una doncella.

EVÉLPIDES.

Tentado estoy de darle un beso.

PISTETERO.

Pero, desdichado, ¿no ves que tiene por pico dos asadores?

EVÉLPIDES.

¿Qué importa? ¿Hay más que quitarle la cascarilla que le cubre la cabeza como si fuese un huevo, y besarla después?

LA ABUBILLA.

Vamos.

PISTETERO.

Guíanos en hora buena.

CORO.

Amable avecilla, el más querido de mis alados compañeros, mi señor, que presides nuestros cantos; al fin viniste a mi presencia; viniste para dejar oír tu suavísimo gorjeo. Tú, que en la flauta armoniosa tañes primaverales melodías, preludia nuestros anapestos. Ciegos humanos, semejantes a la hoja ligera, impotentes criaturas hechas de barro deleznable, míseros mortales que, privados de alas, pasáis vuestra vida fugaz como vanas sombras o ensueños mentirosos, escuchad a las aves, seres inmortales y eternos, aéreos, exentos de la vejez, y ocupados siempre en pensamientos perdurables; nosotros os daremos a conocer los fenómenos celestes, la naturaleza de las aves, y el verdadero origen de los dioses, de los ríos, del Erebo y del Caos; con tal enseñanza podréis causar envidia al mismo Pródico. En el principio solo existían el Caos y la Noche, el negro Erebo y el profundo Tártaro; la Tierra, el Aire y el Cielo no habían nacido todavía; al fin, la Noche de negras alas puso en el seno infinito del Erebo un huevo sin germen, del cual, tras el proceso de largos siglos, nació el apetecido Amor con alas de oro resplandeciente, y rápido como el torbellino. El Amor, uniéndose en los abismos del Tártaro al Caos alado y tenebroso, engendró nuestra raza, la primera que nació a la luz. La de los inmortales no existía antes de que el Amor mezclase los gérmenes de todas las cosas; pero, al confundirlos, brotaron de tan sublime unión el Cielo, la Tierra, el Océano, y la raza eterna de las deidades bienaventuradas. He aquí cómo nosotros somos muchísimo más antiguos que los dioses. Nosotros somos hijos del Amor; mil pruebas lo confirman; volamos como él, y favorecemos a los amantes. ¡Cuántos lindos muchachos, habiendo jurado ser

insensibles, se rindieron a sus amantes al declinar su edad florida, vencidos por el regalo de una codorniz, de un porfiri6n, de un 6nade o de un gallo! Nos deben los mortales sus mayores bienes. En primer lugar, anunciamos las estaciones; la primavera, el invierno y el oto6o: la grulla al emigrar a Libia advierte al labrador que siembre; al piloto que cuelgue el tim6n y se entregue al descanso; a Orestes que se mande tejer un manto, para que el fr6o no le incite a rob6rselo a los transe6ntes. El milano anuncia, al aparecer, otra estaci6n y el momento oportuno de trasquilar los primaverales vellones; y la golondrina dice que ya es preciso abandonar el manto y vestirse una t6nica ligera. Las aves reemplazamos para vosotros a Am6n, a Delfos, a Dodona y a Apolo. Para todo negocio comercial, o compra de v6veres, o matrimonios nos consult6is previamente y dais el nombre de auspicios a todo cuanto sirve para revelaros el porvenir: una palabra es un auspicio; un estornudo es un auspicio; un encuentro es un auspicio; una voz es un auspicio; el nombre de un esclavo es un auspicio; un asno es un auspicio. 6No est6 claro que somos para vosotros el fat6dico Apolo? Si nos reconoc6is por dioses, hallar6is en nosotros las Musas prof6ticas, los vientos suaves, las estaciones, el invierno, el est6o, un calor moderado; no iremos como J6piter a posarnos orgullosos sobre las nubes, sino que, viviendo a vuestro lado, dispensaremos a vosotros y a vuestros hijos, y a los hijos de vuestros hijos, riquezas y salud, felicidad, larga vida, paz, juventud, risas, danzas, banquetes, delicias incre6bles; en fin, tal abundancia de bienes, que llegar6is a saciaros. 6Tan ricos ser6is todos!

Musa silvestre de variados tonos, tio tio tio tio tio tio tix, yo canto contigo en las selvas y en la cumbre de los montes, tio tio tio tio tix, posado entre el follaje de un fresno copudo, tio tio tio tio tix, exhalo de mi delicada garganta himnos sagrados, tio tio tix que se unen en las monta6as a los augustos coros en honor de Pan y la madre de los dioses, to to to to to to to to tix. En ellos, a modo de abeja, liba Fr6nico el n6ctar de sus inmortales versos y de sus dulc6simas canciones, tio tio tio tio tix.

Espectadores, si alguno de vosotros quiere pasar dulcemente su existencia viviendo con las aves, que acuda a nosotros. Todo lo que en la tierra es torpe y se halla prohibido por las leyes, goza entre la gente 6liger a de no peque6o honor. Entre los hombres, por ejemplo, es un crimen odioso el pegar a su padre; entre las aves nada m6s bello que acometerle gritando: si ri6es, coge tu espol6n. El siervo pr6fugo, marcado con infamante estigma, pasa aqu6 por pintado francol6n: un b6rbaro, un frigio, tal como Esp6ntaro, ser6 entre nosotros el frigilo, de la familia de Filem6n: un esclavo de Caria, Exec6stides, por ejemplo, podr6a proveerse entre las aves de abuelos y parientes. 6Qu6 m6s? 6Quiere el hijo de Pisias abrir las puertas a los infames? Pues trasf6rmese en perdiz, digno hijo de su padre, que por ac6 no es deshonoroso escaparse como la perdiz.

Así los cisnes, tio tio tio tio tio tio tix, uniendo sus voces y batiendo las alas, cantan a Apolo tio tio tio tix; deteniéndose en las orillas del Hebro, tio tio tio tix, sus acentos atraviesan las etéreas nubes; escúchanlos las fieras arrobadas y el mar serenando sus olas, to to to to to to to to tix; todo el Olimpo resuena: los dioses inmortales, las Musas y las Gracias repiten gozosos aquella melodía, tio tio tio tix. Nada hay mejor, nada hay más agradable que tener alas. Si uno de vosotros las tuviese, podría, cuando asistiendo impaciente y mal humorado a una interminable tragedia se siente desfallecer de hambre, volar a su casa, comer, y regresar satisfecho su apetito. Si Patrólides se viera acosado en el teatro por una apremiante necesidad, no tendría que ensuciar su manto, pues volaría a otra parte, y después de desahogarse, tornaría a su asiento recobradas las fuerzas. Aún más: si alguno de vosotros, no importa quién, abrasado por adúltera llama, distinguía al marido de su amante en las gradas de los senadores, podría extendiendo sus alas trasladarse a la amorosa cita, y satisfecha su pasión volver a su puesto. ¿Comprendéis ahora las inmensas ventajas de ser alado? Por eso Díitrefes, aunque solo tiene alas de mimbre, ha sido nombrado filarco primero; después hiparco; y de hombre de nada, se ha convertido en gran personaje, y hoy es ya el gallito de su tribu.

PISTETERO.

Ya está hecho. ¡Por Júpiter! No he visto nunca cosa más ridícula.

EVÉLPIDES.

¿De qué te ríes?

PISTETERO.

De tus alas. ¿Sabes lo que pareces con ellas? Un ganso pintado de brocha gorda.

EVÉLPIDES.

Y tú un mirlo con la cabeza desplumada.

PISTETERO.

Nosotros lo hemos querido; y como Esquilo dice: «No son plumas de otro, sino nuestras».

LA ABUBILLA.

¡Ea! ¿Qué debemos hacer?

PISTETERO.

Lo primero dar a la ciudad un nombre ilustre y pomposo; después ofrecer un sacrificio a los dioses.

EVÉLPIDES.

Opino lo mismo.

LA ABUBILLA.

Pues veamos el nombre que ha de ponérsele.

PISTETERO.

¿Queréis que le demos uno magnífico tomado de Lacedemonia? ¿Queréis que la llamemos Esparta?

EVÉLPIDES.

¡Por Hércules! ¿Esparta mi ciudad? Cuando ni siquiera consiento que sea de esparto mi lecho, aunque solo tenga una estera de junco.

PISTETERO.

¿Pues qué nombre le daremos?

EVÉLPIDES.

Uno magnífico, tomado de las nubes y de estas elevadas regiones.

PISTETERO.

¿Qué te parece Nefelococigia?

LA ABUBILLA.

¡Oh! ¡Oh! Ese sí que es bello y grandioso.

EVÉLPIDES.

¿No es en Nefelococigia donde están todas las grandes riquezas de Teógenes y Esquines?

PISTETERO.

No, donde están es en el llano de Flegra, en el que los dioses aniquilaron la arrogancia de los gigantes.

EVÉLPIDES.

Será una ciudad hermosísima. ¿Pero cuál será su divinidad protectora? ¿Para quién tejaremos el peplo?

PISTETERO.

¿Por qué no escogemos a Minerva Poliada?

EVÉLPIDES.

¿Podrá estar bien arreglada una ciudad en que una mujer vaya completamente armada y Clístenes se dedique a hilar?

PISTETERO.

¿Quién guardará el muro pelárgico?

LA ABUBILLA.

Uno de los nuestros oriundo de Persia, que se proclama el más valiente de todos, un pollo de Marte.

EVÉLPIDES.

¡Oh pollo señor! ¡Es un dios a propósito para vivir sobre las piedras!

PISTETERO.

Ea, vete al aire, a ayudar a los albañiles que construyen la muralla; llévalos morrillos; desnúdase y haz mortero; sube la gamella; cáete de la escala; pon centinelas; guarda el fuego bajo la ceniza; ronda con tu campanilla, y duérmete; envía luego dos heraldos, uno arriba a los dioses, otro abajo a los hombres, y después vuelve a mi lado.

EVÉLPIDES.

Tú quédate aquí, y revienta.

PISTETERO.

Anda, amigo mío, a donde te envío; nada de cuanto te he dicho puede hacerse sin ti. Yo voy a ofrecer un sacrificio a los nuevos dioses, y a llamar al sacerdote para que presida la procesión. ¡Eh, tú, esclavo! trae el canastillo y la sagrada vasija.

CORO.

Yo uno a las tuyas mis fuerzas y mi voluntad, y te exhorto a dirigir a los dioses súplicas espléndidas y solemnes, y a inmolar una víctima en acción de gracias. Entonemos en honor del dios canciones píticas acompañadas por la flauta de Queris.

PISTETERO (Al flautista).

Deja de soplar, Hércules. ¿Qué es eso? Por Júpiter, muchos prodigios he visto, pero nunca a un cuervo con bozal. Sacerdote, cumple tu deber, y sacrifica a los nuevos dioses.

EL SACERDOTE.

Lo haré. ¿Dónde está el que tiene el canastillo? Rogad a la Vesta de las aves, al milano protector del hogar, y a todos los pájaros, olímpicos y olímpicas, dioses y diosas...

PISTETERO.

¡Salve, gavián protector de Sunio, rey pelásgico!

EL SACERDOTE.

Al cisne Pítico y Delio, a Latona madre de las codornices, a Diana jilguero...

PISTETERO.

En adelante no habrá Diana Colenis, sino Diana jilguero.

EL SACERDOTE.

A Baco pinzón, a Cibeles avestruz, augusta madre de los dioses y los hombres...

PISTETERO.

¡Oh poderosa Cibeles avestruz, madre de Cleócrito!

EL SACERDOTE.

Que den salud y felicidad a los nefelococigios y a sus aliados de Quíos.

PISTETERO.

Me gusta ver en todas partes a los de Quíos.

EL SACERDOTE.

A los héroes, a las aves, a los hijos de los héroes, al porfirión, al pelícano, al pelecino, al fléxide, al tetraón, al pavo real, al elea, a la cerceta, al elasa, a la garza, al mergo, al becafigo, al pavo...

PISTETERO.

Acaba, hombre infernal; acaba tus invocaciones. Desdichado, ¿a qué víctimas llamas a los buitres y a las águilas de mar? ¿No ves que un milano basta para devorar estas viandas? ¡Lárgate de aquí con tus ínfulas! Ya ofreceré yo solo el sacrificio.

EL SACERDOTE.

Es preciso que para la aspersion entone un nuevo himno sacro y piadoso, e invoque a los dioses, a uno siquiera, si es que tenéis bastantes provisiones, pues vuestras decantadas víctimas veo que se reducen a barbas y cuernos.

PISTETERO.

Oremos al sacrificar a los dioses alados.

UN POETA.

Celebra, oh Musa, en tus himnos y canciones a la feliz Nefelococigia.

PISTETERO.

¿Qué significa esto? Di, ¿quién eres?

EL POETA.

Yo soy un cantor melifluo, un celoso servidor de las musas, como dice Homero.

PISTETERO.

Si eres esclavo, ¿cómo llevas largo el cabello?

EL POETA.

No es eso; todos los poetas somos celosos servidores de las Musas, al decir de Homero.

PISTETERO.

Ya no me asombro: tu manto demuestra muchos años de servicio. Pero, desdichado poeta, ¿qué mal viento te ha traído aquí?

EL POETA.

He compuesto versos en honor de vuestra Nefelococigia, y muchos hermosos ditirambos y partenias, en el estilo de Simónides.

PISTETERO.

¿Y cuándo los has compuesto?

EL POETA.

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, que yo canto a esta ciudad.

PISTETERO.

¡Pero si en este instante celebro la fiesta de su fundación, y acabo de ponerla un nombre como a los niños de diez días!

EL POETA.

¡Qué importa! La voz de las Musas vuela como los más rápidos corceles. ¡Oh tú, padre mío, fundador del Etna, tú cuyo nombre recuerda los divinos templos, otórgame propicio los bienes que para ti desearías!

PISTETERO.

No nos vamos a quitar de encima esta calamidad, si no le damos alguna cosa. Tú, que tienes ese abrigo sobre la túnica, quítatelo y dáselo a este discretísimo poeta. Toma este abrigo; pues me parece que estás tiritando.

EL POETA.

Mi Musa acepta regocijada este presente. Escucha tú estos versos pindáricos...

PISTETERO.

¿No se marchará nunca este importuno?

EL POETA.

Sin vestido de lino
Vaga Estratón en el confín helado
Del errabundo escita:
Burdo manto le han dado,
Pero aún túnica fina necesita.
¿Comprendes lo que quiero decir?

PISTETERO.

Vaya si comprendo: quieres que te regale una túnica. Quítatela: es preciso obsequiar a los poetas. Tómala, márchate.

EL POETA.

Me voy, y al irme compongo estos versos en honor de vuestra ciudad:

Numen de áureo trono,
Celebra esta ciudad
Que tirit a los soplos
De un céfiro glacial.
Yo su campiña fértil,
Vengo de visitar,
Alfombrada de nieve.
¡Tralalá, tralalá!

(Vase.)

PISTETERO.

Sí, pero te escapas de estos helados campos con una buena túnica. Jamás hubiera creído, Júpiter soberano, que ese maldito poeta pudiera adquirir tan pronto noticias de esta ciudad. (Al sacerdote.) Coge la vasija y da vuelta al altar.

EL SACERDOTE.

¡Silencio!

UN ADIVINO.

No inmoles el chivo.

PISTETERO.

¿Quién eres tú?

EL ADIVINO.

¿Quién soy? un adivino.

PISTETERO.

¡Vete en hora mala!

EL ADIVINO.

Amigo mío, no desprecies las cosas divinas: hay una profecía de Bacis que se refiere claramente a Nefelococigia.

PISTETERO.

¿Por qué no me hablaste de ese oráculo antes de fundar la ciudad?

EL ADIVINO.

Un dios me lo impedía.

PISTETERO.

No hay inconveniente en que oigamos el vaticinio.

EL ADIVINO.

«Cuando los lobos y las encanecidas cornejas habitaren juntos en el espacio que separa a Corinto de Sicione...»

PISTETERO.

¿Pero qué tenemos que ver con los Corintios?

EL ADIVINO.

Bacis, al expresarse de ese modo, se refería al aire. «Sacrificad primeramente a Pandora un blanco vellocino; y después regalad al profeta que interprete mis oráculos un buen vestido y zapatos nuevos...»

PISTETERO.

¿Están también los zapatos?

EL ADIVINO.

Toma y lee. «Y dadle además una copa y un buen trozo de las entrañas de la víctima.»

PISTETERO.

¿También hay que darle un trozo de las entrañas?

EL ADIVINO.

Toma y lee. «Joven divino, si obedecieras mis mandatos, serás un águila en las nubes: si no le das nada, ni tórtola, ni águila, ni pito real.»

PISTETERO.

¿También está eso?

EL ADIVINO.

Toma y lee.

PISTETERO.

Pero tu oráculo en nada se parece a otro que escribí yo mismo bajo la inspiración de Apolo. «Cuando, sin que nadie le llame, venga un charlatán a molestarte mientras estás ofreciendo un sacrificio, y pida una porción de las entrañas, deberás molerle las costillas a palos.»

EL ADIVINO.

Tú deliras.

PISTETERO.

Toma y lee. «Y no le perdones, aunque sea un águila en las nubes, aunque sea Lampón, aunque sea el gran Diopites.»

EL ADIVINO.

¿También está eso?

PISTETERO.

Toma y lee, ¡y lárgate al infierno!

EL ADIVINO.

¡Ay, pobre de mí!

PISTETERO.

Pronto, pronto, vete a profetizar a otra parte.

METÓN.

Vengo a...

PISTETERO.

Otro importuno. ¿Qué te trae aquí? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Qué te propones viniendo tan encopetado con tus coturnos?

METÓN.

Quiero medir las llanuras aéreas, y dividir las en calles.

PISTETERO.

En nombre de los dioses, ¿quién eres?

METÓN.

¿Quién soy? Metón, conocido en toda la Grecia y en la aldea de Colona.

PISTETERO.

Dime, ¿qué es eso que traes ahí?

METÓN.

Reglas para medir el aire. Pues todo el aire, en su forma general, es enteramente parecido a un horno. Por tanto, aplicando por arriba esta línea curva y ajustando el compás... ¿Comprendes?

PISTETERO.

Ni una palabra.

METÓN.

Con esta otra regla trazo una línea recta, inscribo un cuadrado en el círculo, y coloco en su centro la plaza; a ella afluyen de todas partes calles derechas, del mismo modo que del sol, aunque es circular, parten rayos rectos en todas direcciones.

PISTETERO.

¡Este hombre es un Tales... Metón!

METÓN.

¿Qué?

PISTETERO.

Ya sabes que te quiero; pues bien, voy a darte un buen consejo: márchate cuanto antes.

METÓN.

¿Pues qué peligro...?

PISTETERO.

Aquí, como en Lacedemonia, es costumbre expulsar a los extranjeros, y en la ciudad llueven garrotazos.

METÓN.

¿Hay alguna sedición?

PISTETERO.

Nada de eso.

METÓN.

¿Pues qué?

PISTETERO.

Hemos tomado por unanimidad la resolución de echar a todos los charlatanes.

METÓN.

Pues huyo.

PISTETERO.

Creo que ya es tarde: la tempestad estalla. (Le pega.)

METÓN.

¡Desdichado de mí! (Huye.)

PISTETERO.

¿No te lo decía hace tiempo? Vete con tus medidas a otra parte.

UN INSPECTOR.

¿Dónde están los próxenos?

PISTETERO.

¿Quién es este Sardanápalo?

EL INSPECTOR.

Soy un inspector designado por la suerte para vigilar en Nefelococigia.

PISTETERO.

¡Un inspector! ¿Quién te ha enviado?

EL INSPECTOR.

Un maldito decreto de Téleas.

PISTETERO.

¿Quieres recibir tu sueldo, y marcharte, sin tomarte la menor molestia?

EL INSPECTOR.

Sí, por cierto; precisamente tenía hoy necesidad de estar en Atenas para asistir a la asamblea: tengo un asunto de Farnaces.

PISTETERO.

Toma y llévate esto; este será tu sueldo. (Le pega.)

EL INSPECTOR.

¿Qué es esto?

PISTETERO.

Es la asamblea en que has de defender a Farnaces.

EL INSPECTOR.

¡Sed testigos de que me pega! ¡A mí! ¡A un inspector!

PISTETERO.

¿No te irás con tus malditas urnas judiciales? Esto es insoportable; ¡enviar inspectores a una ciudad antes de haberse ofrecido el sacrificio de consagración!

UN VENDEDOR DE DECRETOS.

«El nefelococigio que faltase a un ateniense...»

PISTETERO.

¿Qué nueva calamidad es esta, cargada de pergaminos?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

Soy un vendedor de decretos, y vengo a venderos leyes nuevas.

PISTETERO.

¿Cuáles?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

«Los habitantes de Nefelococigia tendrán las mismas leyes, pesos y medidas que los Olofixios.»

PISTETERO.

Ahora vas a conocer las de los Ototixios.

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

Eh, ¿qué haces?

PISTETERO.

¿No te largas con tus decretos? Pues te voy a aplicar unos bien crueles.

EL INSPECTOR (Volviendo).

Cito por injurias a Pistetero para el mes Muniquion.

PISTETERO.

¡Cómo! ¿Aún estabas ahí?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

«El que expulsare a un magistrado y no le recibiese como prescribe el edicto fijado en la columna...»

PISTETERO (Al inspector).

¡Oh, desdicha! ¿Ahí estabas también tú?

EL INSPECTOR.

¡Ya me las pagarás! Te he de hacer condenar a diez mil dracmas de multa.

PISTETERO.

Yo haré pedazos tus urnas.

EL INSPECTOR.

¿Te acuerdas de aquella tarde en que hiciste tus necesidades junto a la columna de edictos?

PISTETERO.

Ea, echadle mano a ese. ¡Hola! parece que no te quedas.

EL SACERDOTE.

Marchémonos de aquí cuanto antes, y sacrifiquemos dentro el macho cabrío.

(Vanse todos.)

CORO.

Ya todos los mortales ofrecerán sus votos y sacrificios a mí que todo lo inspecciono y gobierno. Porque con mi vista abarco el mundo entero y conservo los frutos en flor, destruyendo las infinitas castas de animales que, en el seno de la tierra o en las ramas de los árboles, los devoran antes de que hayan brotado del tierno cáliz. Yo mato los insectos que corrompen con su fétido contacto los perfumados huertos; y todos los reptiles y venenosos sapos mueren al golpe de mis forzudas alas.

Hoy que se pregona principalmente este edicto: «El que matase a Diágoras Meliense,

recibirá un talento: el que matase a uno de los tiranos nuestros, recibirá un talento», queremos nosotros promulgar también este decreto: «El que matare a Filócrates el pajarero, recibirá un talento; cuatro el que lo traiga vivo: él es quien ata los pinzones de siete en siete y los vende por un óbolo; él es quien atormenta a los tordos inflándolos para que parezcan más gordos; él atraviesa con plumas el pico de los mirlos; él reúne palomas y las encierra obligándolas a reclamar a otras y atraerlas a sus redes. Este es nuestro edicto: mandamos además que todo el que tenga aves encerradas en su patio, las suelte inmediatamente. El que no obedeciere será apresado por las aves, y servirá cargado de cadenas para señuelo de otros hombres.»

¡Oh raza afortunada la de las aves! ni en invierno tenemos necesidad de túnicas, ni en estío nos molestan los abrasadores rayos de un sol canicular. En los valles floridos, a la sombra del tupido follaje, hallo fresco reposo, mientras la divina cigarra, enfurecida por el calor del mediodía deja oír su agudo canto: cuevas profundas, en que jugueteo con las monteses ninfas, me abrigan en invierno; y en primavera, picoteo las blancas y virginales bayas del mirto, y saqueo los huertecillos de las Gracias.

Queremos decir a los jueces una palabra sobre el premio: si nos lo adjudican, les otorgaremos toda clase de bienes; bienes más preciosos que los que recibió el mismo Paris. En primer lugar, cosa la más apetecida por todos los jueces, las lechuzas de Laurium no os abandonarán jamás; habitarán dentro de vuestras casas, anidarán en vuestros bolsillos y empollarán en ellos pequeñas moneditas. Además vuestras habitaciones parecerán templos magníficos, porque elevaremos sus techos en forma de alas de águila. Si conseguís una magistratura y queréis robar algo, armaremos vuestras manos con las garras veloces del azor. Y si vais a un banquete, os proveeremos de espaciosos buches. Pero si no nos adjudicáis el premio, ya podéis proveeros de sombrillas como las de las estatuas; que el que no la lleve nos las pagará

todas juntas. Pues cuando salga ostentando su túnica blanca, todas las aves se la mancharemos con nuestras inmundicias.

PISTETERO.

Aves, el sacrificio ha sido favorable; pero me extraña que no venga de la muralla ningún mensajero para anunciarnos cómo va la obra. ¡Ah! Ahí viene uno corriendo sin aliento.

MENSAJERO PRIMERO.

¿Dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde está? ¿Dónde está Pistetero, nuestro jefe?

PISTETERO.

Aquí estoy.

MENSAJERO PRIMERO.

Tus murallas están construidas.

PISTETERO.

Muy bien.

MENSAJERO PRIMERO.

Es una obra soberbia y hermosísima: la anchura del muro es tan grande, que si Proxénides el fanfarrón y Teógenes se encontrasen sobre él dirigiendo dos carros tirados por caballos tan grandes como el de Troya, pasarían sin dificultad.

PISTETERO.

¡Magnífico!

MENSAJERO PRIMERO.

Su largura (yo mismo la he medido) es de cien brazas.

PISTETERO.

¡Por Neptuno, qué largura! ¿Quiénes han construido tan gigantesca muralla?

MENSAJERO PRIMERO.

Las aves, y nadie más que las aves; allí no ha habido ni albañiles egipcios, ni canteros; todo lo han hecho por sí mismas con una habilidad asombrosa. De África vinieron cerca de treinta mil grullas que descargaron su lastre de piedras, las cuales,

después de arregladas por el pico de los rascones, han servido para los cimientos. Diez mil cigüeñas fabricaron los ladrillos. Los chorlitos y demás aves fluviales subían al aire el agua de la tierra.

PISTETERO.

¿Quiénes traían el mortero?

MENSAJERO PRIMERO.

Las garzas, en gamellas.

PISTETERO.

¿Pero cómo pudieron echarlo en las gamellas?

MENSAJERO PRIMERO.

¡Oh, es una invención ingeniosísima! Los gansos revolvían con sus patas, a guisa de paletas, el mortero, y después lo echaban en las gamellas.

PISTETERO.

¿Qué no harán los pies?

MENSAJERO PRIMERO.

Era de ver cómo traían ladrillos los ánades. También ayudaban a la faena las golondrinas trayendo mortero en el pico y la llana en la cola, como si fuesen niños.

PISTETERO.

¿Qué necesidad habrá ya de pagar operarios? Pero dime: ¿quiénes labraron las maderas necesarias?

MENSAJERO PRIMERO.

Los pelícanos, como habilísimos carpinteros, arreglaron con sus picos las jambas de las puertas: cuando desbastaban las maderas, se oía un ruido parecido al de los arsenales. Ahora está ya todo cerrado con puertas y cerrojos y cuidadosamente guardado: las rondas recorren el recinto con sus campanillas: hay centinelas en todas partes, y antorchas en las torres. Pero yo corro a lavarme: a ti te toca terminar la obra.

CORO.

Vamos, ¿qué haces? ¿Te admiras de la prontitud con que el muro ha sido construido?

PISTETERO.

Sí por cierto; la cosa es digna de admiración; parece una fábula. Pero ahí viene uno de los centinelas de la ciudad con marcial continente.

MENSAJERO SEGUNDO.

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

PISTETERO.

¿Qué ocurre?

MENSAJERO SEGUNDO.

Una cosa indigna. Uno de los dioses de la corte de Júpiter ha atravesado las puertas y ha penetrado en el aire burlando la vigilancia de los grajos que dan la guardia de día.

PISTETERO.

¡Oh indigno y criminal atentado! ¿Qué dios es?

MENSAJERO SEGUNDO.

Lo ignoramos; solo sabemos que tiene alas.

PISTETERO.

¿Por qué no habéis lanzado en seguida guardias en su persecución?

MENSAJERO SEGUNDO.

Hemos enviado tres mil azores, arqueros de caballería: todas las aves de ganchudas uñas, cernícalos, gerifaltes, buitres, águilas y gavilanes vuelan en su busca, haciendo resonar el aire con el rápido batir de sus alas. El dios no debe estar lejos; si no me engaño, helo ahí.

PISTETERO.

¡Armémonos de la honda y el arco! Aquí, mis amigos; disparad todos vuestras saetas; dadme una honda.

CORO.

Declárase una guerra, una guerra nefanda entre nosotros y los dioses. Hijos del Erebo, guardad cuidadosos el aire y las nubes que le entoldan para que ningún dios las atraviese: vigilad todo el circuito. Ya se oye cerca un ruido de alas, como el de un inmortal cuando vuela.

(Iris aparece volando y es detenida.)

PISTETERO.

¡Eh, tú! ¿A dónde vuelas? Estate quieta, inmóvil. ¡Alto! detente. ¿Quién eres? ¿De qué país? Es preciso que digas de dónde vienes.

IRIS.

Vengo de la mansión de los dioses olímpicos.

PISTETERO.

¿Cómo te llamas, navío o casco?

IRIS.

La rápida Iris.

PISTETERO.

¿La Paralos, o la Salamina?

IRIS.

¿Qué dices?

PISTETERO.

¿No habrá un gerifalte que emprenda el vuelo y se lance sobre ella?

IRIS.

¿Que se lance sobre mí? ¿Qué significan estos ultrajes?

PISTETERO.

Vas a llorar a mares.

IRIS.

Pero esto es absurdo.

PISTETERO.

¿Por qué puerta has penetrado en la ciudad, gran malvada?

IRIS.

¿Por qué puerta? No lo sé, por vida mía.

PISTETERO.

¿Oís cómo se burla de nosotros? ¿Te has presentado al capitán de los grajos? Responde. ¿Traes un pase autorizado con el sello de las cigüeñas?

IRIS.

¿Qué es esto?

PISTETERO.

¿No lo traes?

IRIS.

¿Estás en tu juicio?

PISTETERO.

¿No te ha enviado un salvoconducto algún jefe de las aves?

IRIS.

Nadie me ha enviado nada, imbécil.

PISTETERO.

¿Y te has atrevido a atravesar en silencio el aire y una ciudad extraña?

IRIS.

¿Pues por dónde hemos de pasar los dioses?

PISTETERO.

No lo sé; pero no por aquí. Lo cierto es que tú has delinquido. ¿Sabes que si te aplicase la pena merecida nos apoderaríamos de ti y moriría la bella Iris?

IRIS.

Soy inmortal.

PISTETERO.

No por eso dejarías de morir. Esto es insoportable; mandamos en todos los seres del mundo, y ahora nos vienen los dioses echándoselas de insolentes y negándose a obedecer a los más fuertes. Vamos, contesta: ¿a dónde dirigías tu vuelo?

IRIS.

¿Yo? Llevo encargo de mi padre de ordenar a los hombres que ofrezcan víctimas a los dioses del Olimpo; que inmolen bueyes y ovejas, y llenen las calles con el humo de los sacrificios.

PISTETERO.

¿Qué dices? ¿A qué dioses?

IRIS.

¿A qué dioses? a nosotros, a los dioses del cielo.

PISTETERO.

¿Pero vosotros sois dioses?

IRIS.

¿Pues qué, hay otros?

PISTETERO.

Las aves son ahora los dioses de los hombres; y a ellas, por vida mía, han de ofrecerse los sacrificios y no a Júpiter.

IRIS.

¡Ah, insensato, insensato! No provoques las graves iras de los dioses; guarda que la Justicia, armada del terrible azadón de Júpiter, no extirpe de raíz toda tu raza; teme que sus rayos vengadores te reduzcan a cenizas con todos tus palacios.

PISTETERO.

Oye, déjate de palabras campanudas, y estate quieta. Dime, ¿crees que me vas a espantar con ese lenguaje, como si fuese algún esclavo lidio o de la Frigia? ¿Sabes que si Júpiter me molesta más, enviaré águilas igníferas que incendien su morada y el palacio de Anfión? ¿Sabes que puedo mandar al cielo contra él más de seiscientos alados porfiriones cubiertos con pieles de leopardos? Y cuenta que uno solo le dio mucho que hacer. Y a ti, bella mensajera, como me incomodes, te agarro y te doy a conocer, con asombro tuyo, que, aunque viejo, pocos me ganan en las lides amorosas.

IRIS.

¡Ojalá revientes, estúpido, con tus dicharachos!

PISTETERO.

¿Te marchas o no? ¡Largo pronto! ¡Cuidado con los golpes!

IRIS.

¡Ah! Mi padre castigará tu insolencia.

PISTETERO.

¡Vaya un susto! ¡Vuela, vuela, vete a llenar con el humo y el hollín de tus rayos a otros más jóvenes que yo!

CORO.

Queda prohibido a los dioses, hijos de Júpiter, el paso por nuestra ciudad; prohíbese también a los mortales cuando les ofrezcan sacrificios el que hagan atravesar por aquí el humo de sus víctimas.

PISTETERO.

Temo que no acabe de volver el heraldo que envié a los hombres.

UN HERALDO.

¡Oh feliz Pistetero! ¡Oh sapientísimo! ¡Oh celeberrimo! ¡Oh sapientísimo! ¡Oh hermosísimo! ¡Oh felicísimo! ¡Oh...! Vamos, apunta.

PISTETERO.

¿Qué estás diciendo?

EL HERALDO.

Todos los pueblos, admirados de tu sabiduría, te ofrecen esta corona de oro.

PISTETERO.

La acepto; pero ¿por qué los pueblos me decretan tan señalado honor?

EL HERALDO.

Tú no sabes, ilustre fundador de una ciudad aérea, la inmensa estimación en que te tienen los mortales, y la afición extraordinaria que se ha desarrollado por este país. Antes de que echases los cimientos de esta célebre ciudad, todos los hombres atacados de la lomanía se dejaban crecer el cabello, ayunaban, iban sucios, vivían socráticamente, y llevaban bastones espartanos; ahora ha cambiado la moda y les domina la manía por las aves, complaciéndose en imitar su modo de vivir. En cuanto apunta el alba saltan todos a la vez del lecho y vuelan, como nosotros, a su pasto habitual; después se dirigen a los carteles y se atracan de decretos. Su manía por las aves es tan grande que muchos llevan nombres de volátiles: un tabernero cojo, se llama perdiz; Menipo, golondrina; Opuncio, cuervo tuerto; Filocles, alondra; Teógenes, ganso-zorro; Licurgo, ibis; Querefonte, murciélago; Siracosio, urraca; y Midias se llama codorniz, porque, en efecto, tiene toda la traza de una codorniz muerta de un porrazo en la cabeza. La pasión por las aves hace que se canten versos, donde es de rigor hablar de golondrinas, de penélopes, de gansos, de palomas, o por lo menos algo de plumaje. Así anda la cosa. ¡Ah!, te advierto que pronto vendrán aquí más de diez mil personas pidiéndote alas y garras ganchudas; por tanto, ya puedes hacer provisión de plumas para los nuevos huéspedes.

PISTETERO.

Entonces no hay tiempo que perder. Anda, llena de alas todos los cestos y cestillos, y dile a Manes que me los traiga aquí. Yo me encargo de recibir a los que vengan.

CORO.

Esta ciudad va a ser pronto muy populosa.

PISTETERO.

Si la fortuna nos favorece.

CORO.

El amor a nuestra ciudad se propaga.

PISTETERO (Al esclavo).

Trae eso pronto.

CORO.

¿Qué falta en ella de cuanto puede hacer grata su mansión? Aquí se encuentran la Sabiduría, el Amor, las Gracias inmortales, y el plácido semblante de la querida Paz.

PISTETERO.

¡Qué calma, justo cielo! Trae eso pronto.

CORO.

Sí, traed pronto un cesto lleno de alas; y tú hazle moverse a palos, como lo hago yo: es más pesado que un asno.

PISTETERO.

Sí, Manes es un perezoso.

CORO.

Tú, pon en orden esas alas, las musicales, las proféticas, las marítimas. Procura después que cada uno se lleve las que le convengan.

PISTETERO (A Manes).

¡Ah, lo juro por los cernícalos! Esta no te la perdono, si continúas tan perezoso y tardón.

UN PARRICIDA.

¡Quién fuera el águila de altísimo vuelo, para cernerse sobre las ondas cerúleas del estéril mar!

PISTETERO.

Veo que el mensajero dijo la verdad; ahí viene no sé quién cantando a las águilas.

EL PARRICIDA.

¡Oh, nada hay tan delicioso como volar! Yo adoro las leyes de los pájaros; la afición a las aves me vuelve loco; yo vuelo, yo quiero vivir con vosotros, soy apasionado por vuestras leyes.

PISTETERO.

¿Por cuáles?, pues las aves tienen muchas clases.

EL PARRICIDA.

Por todas; más principalmente por esa en virtud de la cual es lícito a un pájaro morder a su padre y retorcerle el pescuezo.

PISTETERO.

Es verdad, nosotros tenemos por muy valiente al que, pollito aún, pega a su padre.

EL PARRICIDA.

Por eso he emigrado a esta región; deseo estrangular a mi padre para heredar todos sus bienes.

PISTETERO.

Pero tenemos también otra ley inscrita en la columna de edictos de las cigüeñas: «Cuando la cigüeña haya criado sus hijos y los haya puesto en disposición de volar, estos tendrán a su vez obligación de alimentar a sus padres.»

EL PARRICIDA.

¡Pues bastante he ganado con venir, si tengo que sostener a mi padre!

PISTETERO.

No, no; ya que con tan benévolas intenciones has acudido a nosotros, te emplumaré como conviene a un pájaro huérfano. Además, pobre joven, te daré un buen consejo que aprendí en mi niñez. No maltrates a tu padre; coge esta ala en una mano y ese espolón en la otra; figúrate que tienes una cresta de gallo, y haz guardias, vete a la guerra, vive de tu estipendio, y deja en paz a tu padre. Ya que eres tan belicoso, dirige tu vuelo a Tracia, y combate allí.

EL PARRICIDA.

¡Por Baco! Tu consejo me parece excelente, y lo seguiré.

PISTETERO.

Obrarás discretamente.

CINESIAS.

Vuelo al Olimpo con ligeras alas;
Y a su batir resuelto voy cruzando
Las sendas de la gaya poesía...

PISTETERO.

Este va a necesitar un fardo entero de alas.

CINESIAS.

Otras nuevas buscando,
Mi cuerpo y mi indomable fantasía...

PISTETERO.

Un abrazo a Cinesias, el Tilo. ¿A qué vienes dando vueltas a tu pie cojo?

CINESIAS.

Quiero, ansío ser ave,
Ser ruiseñor, y con gorjeo suave...

PISTETERO.

Basta de música, y explícame tus deseos.

CINESIAS.

Ponme alas; pues anhelo subir por los aires y recoger de las nubes nuevos cantos,
aéreos y caliginosos.

PISTETERO.

¿Cantos en las nubes?

CINESIAS.

Sí; en ellas estriba hoy todo nuestro arte. Los más brillantes ditirambos son aéreos,
caliginosos, tenebrosos, alados. Pronto lo verás; escucha.

PISTETERO.

No, no oigo nada.

CINESIAS.

Pues oirás, mal que te pese:

En forma de volátil,

Cuyo ondulante cuello
Surca del éter fúlgido
La azul inmensidad,
Recorreré los aires,
Que te obedecen ya.

PISTETERO.

¡Hop!

CINESIAS.

¡Ah! ¡Quién con vuelo rápido
Al hálito vehemente
Cediendo de los ímpetus
De indómito Aquilón
Pudiera sobre el piélago
Cernerse bramador!

PISTETERO.

¡Ya reprimiré yo tus hálitos o ímpetus...!

CINESIAS.

Y ora hacia el Noto cálido
Enderezando el vuelo,
Ora a la región frígida
Del Bóreas glacial,
El oleaje férvido
Del éter...

(A Pistetero que le apalea.) ¡Anciano! ¡Anciano! ¡Vaya una hábil e ingeniosa invención!

PISTETERO.

¿No deseabas volar?

CINESIAS.

¿Así tratas a un poeta ditirámico que se disputan todas las tribus?

PISTETERO.

¿Quieres quedarte con nosotros y enseñar a la tribu Ceropia un coro de aves voladoras, tan ligero como el espirituado Leotrófides?

CINESIAS.

Te burlas de mí, está claro. Pero no importa; ten presente que no descansaré un momento hasta que surque los aires, transformado en pájaro.

UN DELATOR.

Di, golondrina de alas esplendentes
Por la Febea luz tornasoladas,
¿Quiénes son esas aves indigentes
De tan varios plumajes adornadas?

PISTETERO.

El mal toma serias proporciones. Otro se acerca zumbando.

EL DELATOR.

«Por la Febea luz tornasoladas,» repito.

PISTETERO.

Creo que esa canción la dirige a su manto, porque parece que tiene necesidad urgente de la vuelta de la golondrina.

EL DELATOR.

¿Quién distribuye alas a los recién llegados?

PISTETERO.

Yo mismo; pero es preciso decir para qué.

EL DELATOR.

¡Alas! ¡Necesito alas! No me preguntes más.

PISTETERO.

¿Acaso quieres volar en línea recta a Pelene?

EL DELATOR.

No; soy acusador de las islas, delator...

PISTETERO.

¡Buen oficio!

EL DELATOR.

E investigador de pleitos. Quiero tener alas, para girar con rapidez mi visita a las ciudades y citar a los acusados.

PISTETERO.

¿Los citarás mejor teniendo alas?

EL DELATOR.

No, por Júpiter; pero podré librarme de ladrones, y volveré como las grullas, trayendo por lastre infinitos procesos.

PISTETERO.

¿Y esa es tu ocupación? ¡Cómo! ¿Siendo joven y robusto, te dedicas a delator de extranjeros?

EL DELATOR.

¿Qué he de hacer? No sé cavar.

PISTETERO.

Pero, por Júpiter, hay otras ocupaciones con las cuales un hombre de tu edad puede ganarse honradamente la vida, sin acudir al vil oficio de zurcidor de procesos.

EL DELATOR.

Amigo mío, no te pido consejos, sino alas.

PISTETERO.

Ya te doy alas con mis palabras.

EL DELATOR.

¿Cómo puedes con palabras dar alas a un hombre?

PISTETERO.

Las palabras dan alas a todos.

EL DELATOR.

¿A todos?

PISTETERO.

¿No has oído muchas veces en las barberías a los padres decir hablando de los jóvenes?: «Son terribles las alas para la equitación que le han dado a mi hijo las palabras de Díitrefes. » «Pues yo, dice otro, tengo un hijo que en alas de la imaginación ha dirigido su vuelo a la tragedia.»

EL DELATOR.

¿Luego las palabras dan alas?

PISTETERO.

Ya te he dicho que sí: ellas elevan el espíritu, y levantan al hombre. He ahí por qué con mis útiles consejos pretendo yo levantar tu vuelo a una profesión más honrada.

EL DELATOR.

Pero yo no quiero.

PISTETERO.

¿Pues qué harás?

EL DELATOR.

No quiero desmerecer de mi raza: el oficio de delator está vinculado a mi familia. Dame, pues, rápidas y ligeras alas de gavilán o cernícalo, para que, en cuanto haya citado a los isleños, pueda regresar a Atenas a sostener la acusación, y volar en seguida a las islas.

PISTETERO.

Comprendo: a fin de que el isleño sea condenado aquí, antes de llegar.

EL DELATOR.

Precisamente.

PISTETERO.

Y después, mientras él navega en esta dirección, volar tú allá y arrebatarle todos sus bienes.

EL DELATOR.

Exacto. Deseo ser un verdadero trompo.

PISTETERO.

A propósito de trompos: tengo aquí excelentes alas de Cócira.

EL DELATOR.

¡Pobre de mí! ¡Es un azote!

PISTETERO.

¡Fuera de aquí volando! ¡Lárgate pronto, canalla insoportable! Ya te haré yo sentir lo que se gana corrompiendo la justicia. (Al esclavo.) Recojamos las alas y partamos.

CORO.

En nuestro vuelo hemos visto mil maravillas, mil increíbles prodigios. Hay lejos de Cardias un árbol muy extraño llamado Cleónimo, completamente inútil, aunque grande y tembloroso. En primavera produce siempre, en vez de yemas, delaciones; y en invierno, en vez de hojas, deja caer escudos. Hay también un país, junto a la región de las sombras en los desiertos oscuros, donde los hombres comen y hablan con los héroes, excepto a la noche; cuando esta llega su encuentro es peligroso. Pues si algún mortal tropezare entonces con Orestes, sería despojado de sus vestidos, y molido a palos de pies a cabeza.

PROMETEO.

¡Qué desgraciado soy! Procuremos que no me vea Júpiter. ¿Dónde está Pistetero?

PISTETERO.

¡Oh! ¿Qué es esto? ¿Un hombre tapado?

PROMETEO.

¿Ves algún dios detrás de mí?

PISTETERO.

Ninguno, por vida mía. ¿Pero quién eres?

PROMETEO.

¿Qué hora es?

PISTETERO.

¿Qué hora? Un poco más del medio día. ¿Pero quién eres?

PROMETEO.

¿Es el declinar del día o más tarde?

PISTETERO.

¡Oh, qué fastidioso!

PROMETEO.

¿Qué hace Júpiter? ¿Disipa o amontona las nubes?

PISTETERO.

¡Vete al infierno!

PROMETEO.

Entonces, me descubriré.

PISTETERO.

¡Oh, querido Prometeo!

PROMETEO.

¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡No grites!

PISTETERO.

¿Qué ocurre?

PROMETEO.

¡Silencio! No pronuncies mi nombre; soy perdido si Júpiter me llega a ver aquí. Si me cubres la cabeza con esta sombrilla, para que no me vean los dioses, te contaré todo lo que pasa en el Olimpo.

PISTETERO.

¡Ah, ja, ja! Idea excelente y digna de Prometeo. Métete pronto aquí debajo, y habla sin temor.

PROMETEO.

Escucha, pues.

PISTETERO.

Soy todo oídos: habla.

PROMETEO.

Júpiter está perdido.

PISTETERO.

¿Desde cuándo?

PROMETEO.

Desde que habéis fundado esta ciudad en el aire. Ningún mortal ofrece ya sacrificios a los dioses, y no sube hasta nosotros el humo de las víctimas. Privados de todas sus ofrendas, ayunamos como en las fiestas de Ceres. Los dioses bárbaros, enfurecidos por el hambre, gritan como los ilirios, y amenazan bajar contra Júpiter, si no hace que vuelvan a abrirse los mercados, para que puedan introducirse las entrañas de las víctimas.

PISTETERO.

¿Luego hay dioses bárbaros que habitan encima de nosotros?

PROMETEO.

¿Pues si no hubiese dioses bárbaros, cuál podría ser el patrón de Execéstides?

PISTETERO.

¿Y cómo se llaman esos dioses?

PROMETEO.

¿Cómo? Tríbalos.

PISTETERO.

Comprendo. De ahí, sin duda, viene la frase: «Ojalá te trituren».

PROMETEO.

Está claro. Te aseguro que pronto bajará para estipular las condiciones de paz una embajada de Júpiter y de los Tríbalos superiores; pero vosotros no debéis hacer pacto alguno mientras Júpiter no restituya el cetro a las aves, y te dé por esposa a la Soberanía.

PISTETERO.

¿Quién es la Soberanía?

PROMETEO.

Una hermosísima doncella que maneja los rayos de Júpiter y a cuyo cargo están todas las demás cosas: la prudencia, la equidad, la modestia, la marina, las calumnias, la tesorería, y el pago del trióbolo.

PISTETERO.

De modo que es un administrador universal.

PROMETEO.

Precisamente. De suerte que si te la otorga, serás dueño de todo. He venido para darte este consejo, pues siempre he querido mucho a los hombres.

PISTETERO.

Es verdad; tú eres el único dios a quien debemos los asados.

PROMETEO.

Sabes también que aborrezco a todos los dioses.

PISTETERO.

Sí, tú fuiste siempre su enemigo.

PROMETEO.

Un verdadero Timón para ellos. Pero dame la sombrilla para que me vaya cuanto antes; si Júpiter me ve así desde el cielo, creará que voy siguiendo a una canéfora.

PISTETERO.

Para fingir mejor, coge este asiento y llévatelo con la sombrilla.

CORO.

En el país de los Esciápodas hay un pantano donde evoca los espíritus el desaseado Sócrates; allá fue también Pisandro, pidiendo ver su alma que le había abandonado en vida; traía un camello por víctima en vez de un cordero, y cuando lo degolló, dio un paso atrás como Ulises: después Querefonte, el murciélago, subió del Orco para beber la sangre.

NEPTUNO.

Estamos a la vista de Nefelococigia, a cuya ciudad venimos. (Al Tríbalo.) ¡Eh, tú! ¿Qué haces? ¿Te echas el manto sobre el hombro izquierdo? ¿No lo cambias al derecho? ¡Cómo, desdichado!, ¿tendrás el mismo defecto que Lespodias? ¡Oh democracia! ¿A dónde vamos a parar? ¡Verse los dioses obligados a elegir semejante embajador!

EL TRÍBALO.

Déjame en paz.

NEPTUNO.

¡Peste de estúpido! No he visto dios más bárbaro. Dime, Hércules, ¿qué haremos?

HÉRCULES.

Ya lo has oído; mi intención es estrangular, sea el que sea, a ese hombre que nos ha bloqueado.

NEPTUNO.

Pero, amigo mío, si hemos sido enviados a tratar de la paz.

HÉRCULES.

Razón de más para estrangularle.

PISTETERO.

Alárgame el rallador; trae silfio; dame queso; atiza los carbones.

HÉRCULES.

Mortal, tres dioses te saludan.

PISTETERO.

Lo cubro de silfio.

HÉRCULES.

¿Qué carnes son esas?

PISTETERO.

Son unas aves que se han sublevado y conspirado contra el partido popular.

HÉRCULES.

¿Y las cubres primero de silfio?

PISTETERO.

¡Salud, oh Hércules! ¿Qué ocurre?

HÉRCULES.

Venimos enviados por los dioses para cortar la guerra.

UN CRIADO.

No hay aceite en la alcuza.

PISTETERO.

Pues estos pajarillos tienen que estar bien rehogados.

HÉRCULES.

Nosotros nada ganamos con hacer la guerra; y vosotros, si sois nuestros amigos, tendréis siempre agua de lluvia en las balsas y disfrutaréis de días serenos. Venimos perfectamente autorizados para estipular sobre este punto.

PISTETERO.

Nunca hemos sido los agresores, y ahora mismo estamos dispuestos a hacer la paz que deseáis si os avenís a una condición equitativa: tal es la de que Júpiter nos devuelva el cetro a las aves. Después de arreglado este particular, invito a los embajadores a comer.

HÉRCULES.

Por mí eso basta, y declaro...

NEPTUNO.

¿Qué? ¡Desdichado! Eres glotón e imbécil. ¿Así piensas despojar del mando a tu padre?

PISTETERO.

Te equivocas. ¿Acaso no seréis más poderosos si las aves reinan sobre la tierra? Ahora, al abrigo de las nubes y bajando la cabeza, los mortales perjuran impunemente de vosotros; pero si tuvieseis por aliadas a las aves, cuando alguno jurase por el cuervo y por Júpiter, el cuervo se acercaría furtivamente al perjurio, y le saltaría un ojo de un picotazo.

NEPTUNO.

¡Bien dicho, por Neptuno!

HÉRCULES.

Me parece lo mismo.

PISTETERO (Al Tríbalo).

Y tú, ¿qué opinas?

EL TRÍBALO.

Nabaisatreu.

PISTETERO.

¿Lo ves? Es de la misma opinión. Oíd otra de las ventajas que nuestra alianza os proporcionará. Si un hombre ofrece un sacrificio a alguno de vosotros, y después difiere su realización diciendo: «Los dioses tendrán paciencia», y por avaricia no cumple su voto, nosotros le obligaremos.

NEPTUNO.

¿Cómo? ¿De qué manera?

NEPTUNO.

Cuando nuestro hombre esté contando su dinero, o sentado en el baño, un gavián le arrebatará, sin que lo note, el precio de dos ovejas y se lo llevará al dios burlado.

HÉRCULES.

Confirmo mi declaración de que debe devolverse el cetro.

NEPTUNO.

Pregunta a Tríbalo.

HÉRCULES.

¡Eh, Tríbalo! ¿Quieres... una paliza?

EL TRÍBALO.

Saunaca bactaricrousa.

HÉRCULES.

Dice que con mucho gusto.

NEPTUNO.

Si ambos sois de esa opinión, yo me adhiero a ella.

HÉRCULES.

Consentimos en la devolución del cetro.

PISTETERO.

¡Por vida mía, si me olvidaba de otra condición! Dejo a Júpiter su Juno; pero exijo que me dé por esposa a la joven Soberanía.

NEPTUNO.

Está visto que no quieres la paz. Retirémonos.

PISTETERO.

Poco me importa. — Cocinero, que esté sabrosa la salsa.

HÉRCULES.

¡Qué particular es este Neptuno! ¿A dónde vas? ¿Hemos de emprender la guerra por una mujer?

NEPTUNO.

¿Pues qué hemos de hacer?

HÉRCULES.

¿Qué? La paz.

NEPTUNO.

¡Cómo! ¿No conoces, imbécil, que te está engañando? Tú mismo te arruinas. Si Júpiter muere después de haberle entregado el mando, quedarás reducido a la miseria, pues a ti han de pasar todos los bienes que tu padre deje a su muerte.

PISTETERO.

¡Ah, desdichado! ¡Cómo trata de confundirte! Ven acá y te diré lo que hace al caso. Tu tío te engaña, pobre amigo; según la ley, no puedes heredar ni un hilo de los bienes paternos, porque eres hijo bastardo y no legítimo.

HÉRCULES.

¿Yo bastardo? ¿Qué dices?

PISTETERO.

La pura verdad: por ser hijo de una mujer extranjera. Y si no, dime: ¿cómo Minerva, siendo hembra, pudiera ser única heredera de Júpiter, si tuviera hermanos legítimos?

HÉRCULES.

¿Y si mi padre al morir me lega la parte correspondiente a los bastardos?

PISTETERO.

La ley no se lo permite. El mismo Neptuno que ahora te provoca será el primero en disputarte la herencia paterna, alegando su cualidad de hermano legítimo. Escucha el texto de la ley de Solón: «El bastardo no puede heredar si hay hijos legítimos. Si no hay hijos legítimos, la herencia debe pasar a los colaterales más próximos».

HÉRCULES.

¿Luego ningún derecho tengo a suceder a mi padre?

PISTETERO.

Ninguno absolutamente. Dime: ¿tuvo tu padre cuidado de inscribirte en el registro de alguna tribu?

HÉRCULES.

No por cierto; y a la verdad esto me admiraba.

PISTETERO.

Déjate de miradas feroces y de amenazas al cielo. Vive con nosotros, que yo te nombraré rey, y te procuraré una vida a pedir de boca.

HÉRCULES.

Pues bien, creo justa tu petición de la doncella y te la concedo.

PISTETERO.

Y tú ¿qué dices?

NEPTUNO.

Yo me opongo.

PISTETERO.

La resolución del asunto depende del Tríbaló. ¿Qué opinas tú?

EL TRÍBALO.

La grande y hermosa doncella, la Soberanía, al pájaro la concedo.

HÉRCULES.

Dice que la concede.

NEPTUNO.

No, por Júpiter, no dice que se la concede sino en caso de que emigre como las golondrinas.

PISTETERO.

Luego dice que es necesario concedérsela a las golondrinas. Arreglaos los dos como podáis, y estipulad las condiciones: yo, puesto que así os agrada, me callaré.

HÉRCULES.

Nos place concederte cuanto pides. Vente pronto con nosotros al cielo, y te se entregará la Soberanía y todo lo demás.

PISTETERO.

Estas aves han sido muertas con mucha oportunidad para las bodas.

HÉRCULES.

¿Queréis que entretanto me quede yo a asarlas? Vamos, idos.

NEPTUNO.

¿Tú asarlas? Eres muy glotón. ¿No vienes con nosotros?

HÉRCULES.

¡Qué bien lo hubiera pasado!

PISTETERO.

Traedme un vestido nupcial.

CORO.

En Fanes, junto a la Clepsidra, vive la pérfida nación de los Englotogastros, que siegan, siembran, vendimian y recogen los higos con la lengua; son de raza bárbara, y entre ellos se encuentran los Gorgias y Filipos. Estos Filipos Englotogastros han sido la causa de que se introdujese en el Ática la costumbre de cortar aparte la lengua de las víctimas.

UN MENSAJERO.

¡Oh vosotros cuya dicha no puede expresarse con palabras, raza de las aves tres veces feliz, recibid al nuevo rey en vuestras afortunadas mansiones! Ya se acerca a su palacio resplandeciente de oro, rodeado de un esplendor que envidiarían los astros: el claro sol no ha brillado nunca tanto como la esposa que trae consigo, beldad incomprensible en cuya diestra vibra el alado rayo de Júpiter: los más deliciosos perfumes suben hasta el cielo. ¡Espectáculo encantador! Una nube de perfumes impulsada por los Céfiros se eleva en ondulante columna. Hele ahí. Musa divina, abre tus sagrados labios, y entona cantos propicios.

SEMICORO.

¡Atrás! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡Adelante! ¡Revolotead en torno de ese mortal feliz, que la fortuna colme de sus bienes! ¡Ah! ¡Qué gracia! ¡Qué hermosura! ¡Oh matrimonio dichoso para esta ciudad! ¡Gloria a ese hombre! Él ha abierto nuevos e inmensos horizontes a las aves. Saludadle con el canto nupcial; saludad también a su esposa la Soberanía.

SEMICORO.

Entre semejantes himnos enlazaron las Parcas a la olímpica Juno con el rey de los dioses, de sublime trono. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo! El sonrosado Amor de áureas alas tenía las riendas y dirigía el carro en las bodas de Júpiter y la celeste Juno. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

PISTETERO.

Me deleitan vuestros himnos, me complacen vuestros cantos, me hechizan vuestras palabras. Celebrad ahora el mugir de los truenos subterráneos, los relámpagos brillantes del nuevo Júpiter, y sus terribles y deslumbradores rayos.

CORO.

¡Oh áureo fulgor del relámpago! ¡Oh dardos inflamados de Júpiter! ¡Oh mugidos subterráneos y retumbantes truenos, nuncios de la lluvia! En adelante, por orden de nuestro rey, haréis temblar la tierra. A la posesión de la bella Soberanía debe este poder inmenso. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

PISTETERO.

Aves de toda especie, seguidme al palacio de Júpiter y al tálamo nupcial. Dame la mano, esposa querida. Cógeme de las alas, y bailemos. Yo te elevaré por los aires.

CORO.

¡Ea! ¡Ea! ¡Peán! ¡Viva el ilustre vencedor! ¡Viva el más grande de los dioses!

FIN DE LAS AVES.

LISÍSTRATA.

NOTICIA PRELIMINAR.

Lisístrata, como quien dice Pacífica, pues la etimología de esta palabra hace pensar en el licenciamiento de las tropas, es un nombre muy adecuado a la protagonista de una comedia cuyo objeto, como el de Los Acarnienses, Las Aves y La Paz, es apartar a los atenienses de una guerra interminable y desastrosa.

Lisístrata, esposa de uno de los ciudadanos más influyentes de Atenas, harta de los males de la guerra que afligen a su patria, y viendo el ningún interés que el pueblo manifiesta por terminarlos, decídese a hacerlo por sí misma, reuniendo al efecto a las mujeres de su país y de los demás pueblos beligerantes, y comprometiéndolas solemnemente a abstenerse de todo trato con sus maridos mientras estos no estipulen la deseada paz. Al mismo tiempo que se pacta esta resistencia pasiva, otras mujeres se apoderan de la ciudadela y se hacen cargo del tesoro en ella custodiado, persuadidas de que la falta de recursos contribuirá no menos que los estímulos del amor, a la pacificación de Grecia. En efecto, el miedo de perder su salario de jueces trae pronto a las puertas de la ciudadela una turba de viejos animados de proyectos incendiarios, que son rechazados mediante un diluvio de agua y otro de desvergüenzas, que las sitiadas y el refuerzo de otra legión mujeril arrojan sin consideración sobre todos ellos.

Un magistrado que acude después es también víctima del descoco femenino, y ve arrollados y sopapeados por la nata y flor de las verduleras atenienses a todos los arqueros de su guardia.

No obstante este triunfo, la situación va haciéndose insostenible dentro y fuera de la ciudadela. A Lisístrata le cuesta un trabajo infinito evitar la desertión de sus soldados, que inventan mil pretextos especiosos para volver a sus casas; mientras los hombres no aciertan a vivir más tiempo separados de sus mujeres.

En esto llega un heraldo de Lacedemonia, pintando con vivos colores los males que también allí afligen al sexo feo; en vista de lo cual, hay mutuo envío de embajadores entre ambas ciudades, y se llega por fin a estipular la paz. Una vez aceptado este acuerdo, ábrese las puertas de la ciudadela, las mujeres se reúnen a sus esposos, y las ciudades rivales olvidan sus rencores, entre cantos, danzas y festines, himnos a los dioses, burlas y algazara.

Lo que más llama la atención en esta comedia es, además de la libertad con que el poeta trata en ella de los asuntos más graves del Estado, la obscenidad abominable que en ella domina, tanto en el asunto, como en los cuadros y detalles.

Ya en las otras piezas de Aristófanes habrán podido observar nuestros lectores cuán poco se respeta el pudor y la decencia en el teatro griego, por más que hemos tratado de disimular sus desnudeces con el velo de una púdica perífrasis; pero en la Lisístrata esta precaución es imposible, porque estando basada toda la comedia en la singular tortura decretada contra los hombres, todas las pinturas son de una libertad escandalosa, digna del obscuro pincel de Petronio, Marcial, Apuleyo y Casti. Así es que, después de haber vacilado mucho tiempo sobre si debíamos verter al castellano sus impúdicas escenas, solo nos hemos decidido a hacerlo ante la consideración de que los lectores tienen derecho a conocer por completo el teatro de Aristófanes; y aun con todo, nos hemos visto obligados a poner en latín las escenas de más subida obscenidad, por si esta versión, destinada, como todos los libros de esta especie, solo a personas ilustradas y maduras, llegase a caer en manos inexpertas.

Aparte de este defecto capital, que afea la Lisístrata, no puede menos de reconocerse que bajo el punto de vista puramente literario abundan en ella bellezas estimables.

El carácter de la protagonista está muy bien trazado y sostenido, observándose en él cierto decoro y dignidad que contrasta agradablemente con las indecencias de la comedia. La primera escena, dice Brumoy, es digna del arte más depurado, y no lo son menos todas aquellas en que se ponen en juego, con admirable verdad, todos los recursos de la coquetería y la astucia femeniles. Es de notar también el lenguaje rudo y leal de los embajadores de Esparta, y tampoco puede menos de verse con agrado el valor y puro patriotismo que revelan en Aristófanes la energía con que, desafiando las iras del populacho inconstante, se atreve a decirle sin rodeos las verdades más amargas.

La representación de la Lisístrata, según se deduce de varios de sus pasajes y afirma rotundamente uno de sus prefacios, tuvo lugar el año 412 antes de nuestra era, o por lo menos entre el vigésimo y vigesimotercero de la Guerra del Peloponeso.

PERSONAJES.

ῬΙΣΙΣΤΡΑΤΑ.

ῬΑΛΟΝΙΚΕ.

ΜΙΡΡΙΝΑ.

ῬΑΜΠΙΤΟ.

ῬΟΡΟ ΔΕ ΑΝCΙΑΝΟC.

ῬΟΡΟ ΔΕ ΜΥΕΤΕC.

ἙCΤΡΑΤΙΛΙC.

ῬΝ ΜΑΓΙCΤΡΑΔΟ.

ΑΛΓΥΝΑC ΜΥΕΤΕC.

ῬΙΝΕCΙΑC.

ῬΝ ΜΥΧΑΧΟ.

ῬΝ ΗΡΑΛΔΟ ΔΕ ῬΑCΕΔΕΜΟΝΙΑ.

ἙΜΒΑΥΑΔΟΡΕC ΔΕ ῬΑCΕΔΕΜΟΝΙΑ.

ΑΛΓΥΝΟC CΥΡΙΟCΟC.

ῬΝ ΑΤΕΝΙΕΝCΕ.

ΑΡΚΥΕΡΟC.

La escena en Atenas: plaza pública.

LISÍSTRATA.

LISÍSTRATA (Sola).

¡Ah!, si se las hubiese citado a una fiesta de Baco, o de Pan, o de Venus Colíade o Genetílide, la multitud de tambores no permitiría transitar por las calles. Ahora no viene ninguna, excepto esa buena vecina que sale de su casa. Salud, Calónice.

CALÓNICE.

Salud, Lisístrata. ¿Qué es lo que te aflige? Serena tu frente, hija mía; no te sienta bien ese fruncido ceño.

LISÍSTRATA.

Calónice, me hierve la sangre. Me avergüenzo de mi sexo; los hombres pretenden que somos astutas...

CALÓNICE.

Y lo somos, por Júpiter.

LISÍSTRATA.

Y cuando se las dice que acudan a este sitio, para tratar de un importante asunto, duermen en vez de venir.

CALÓNICE.

Ya vendrán, querida: las mujeres no pueden salir tan fácilmente de casa. Una está ocupada con su marido; otra despierta a su esclavo; otra acuesta a su hijo; aquella le lava o le da de comer.

LISÍSTRATA.

Más graves son estos cuidados.

CALÓNICE.

Pero sepamos para qué nos convocas. ¿Qué cosa es? ¿Es grande?

LISÍSTRATA.

Es grande.

CALÓNICE.

¿Es gruesa?

LISÍSTRATA.

Es gruesa.

CALÓNICE.

¿Pues cómo no hemos venido todas?

LISÍSTRATA.

No es lo que te figuras, pues de serlo ni una hubiera faltado. Se trata de un plan que yo he trazado y revuelto en todos sentidos durante mis insomnios.

CALÓNICE.

Precisamente habrá de ser muy sutil para darlo vuelta en todos sentidos.

LISÍSTRATA.

Tan sutil que la salvación de la Grecia entera estriba en las mujeres.

CALÓNICE.

¿En las mujeres? Liviano es su fundamento.

LISÍSTRATA.

En nosotras está, o el salvar la república, o el destruir completamente a los peloponesios...

CALÓNICE.

Que no quede ni uno para muestra; me parece muy bien.

LISÍSTRATA.

Y aniquilar a todos los beocios.

CALÓNICE.

A todos no; perdona siquiera a las anguilas.

LISÍSTRATA.

A Atenas no la desearé semejante cosa; pero se me ocurre otra idea. Si se nos agregasen todas las mujeres del Peloponeso y la Beocia, quizá, aunando nuestros esfuerzos, pudiéramos salvar a Grecia.

CALÓNICE.

¿Pero acaso las mujeres pueden llevar a cabo empresa alguna ilustre y sensata? Nosotras, que nos pasamos la vida encerradas en casa, muy pintadas y adornadas, vestidas de túnicas amarillas y flotantes cimbéricas, y calzadas con elegantes peribárides.

LISÍSTRATA.

Precisamente en eso tengo yo puestas mis esperanzas de salvación; en las túnicas amarillas, en los perfumes, en el colorete, en las peribárides, en los vestidos transparentes.

CALÓNICE.

¿Cómo?

LISÍSTRATA.

De suerte que ninguno de los hombres de hoy día levantará su lanza contra los otros...

CALÓNICE.

Por las dos diosas, me teñiré de amarillo una túnica.

LISÍSTRATA.

Ni embrazaré el escudo...

CALÓNICE.

Me pondré una cimbérica.

LISÍSTRATA.

Ni empuñará la espada.

CALÓNICE.

Compraré unas peribárides.

LISÍSTRATA.

¿Pero no debían ya estar aquí todas las mujeres?

CALÓNICE.

Volando debían de haber venido hace tiempo.

LISÍSTRATA.

¡Ay, amiga mía! Has de ver que llegan demasiado tarde, como verdaderas atenienses. No se distingue ninguna mujer de la costa ni de Salamina.

CALÓNICE.

Pues de esas ya sé que se han embarcado muy de madrugada.

LISÍSTRATA.

Tampoco vienen las acarnienses, que yo esperaba y confiaba que estarían aquí las primeras.

CALÓNICE.

Pues la mujer de Teógenes, sin duda pensando acudir, consultó ayer la estatua de Hécate. Mira, ya llegan algunas; y otras, y otras. ¡Toma, toma! ¿De dónde son?

LISÍSTRATA.

De Anagiro.

CALÓNICE.

Es verdad; parece que todo Anagiro se nos viene encima.

MIRRINA.

¿Quizá llegamos tarde, Lisístrata? ¿Qué dices? ¿Por qué no respondes?

LISÍSTRATA.

No he de elogiar, Mirrina, tu falta de puntualidad en tan importante asunto.

MIRRINA.

¡Si me vi y me deseé para hallar mi ceñidor a oscuras! Mas, ya que la cosa urge, aquí nos tienes, habla.

LISÍSTRATA.

No, esperemos un poco a que lleguen las mujeres beocias y peloponesias.

MIRRINA.

Tienes razón: mira, ahí viene Lámpito.

LISÍSTRATA.

Salud, Lámpito, mi querida lacedemonia. ¡Qué bella eres, dulcísima amiga! ¡Qué buen color! ¡Qué robustez! Podrías estrangular un toro.

LÁMPITO.

Ya lo creo, por los Dióscuros; como que hago gimnasia, y me doy con los talones en las nalgas.

LISÍSTRATA.

¡Oh qué turgente seno!

LÁMPITO.

Me estáis tanteando como a las víctimas.

LISÍSTRATA.

¿De dónde es esa otra joven?

LÁMPITO.

Por los Dióscuros, es de una de las principales familias de Beocia.

LISÍSTRATA.

¡Por Júpiter, mi querida beocia! Pareces un florido jardín.

CALÓNICE.

Y muy limpio: le han arrancado todo el poleo.

LISÍSTRATA.

¿Y aquella otra niña?

LÁMPITO.

Es muy buena, por mi vida; pero es de Corinto.

LISÍSTRATA.

Comprendo, será buena como todas las de allí.

LÁMPITO.

¿Pero quién ha convocado esta asamblea de mujeres?

LISÍSTRATA.

Yo misma.

LÁMPITO.

Pues dinos lo que deseas.

LISÍSTRATA.

Sí por cierto, queridísima amiga.

MIRRINA.

Sepamos, por fin, cuál es el gran negocio.

LISÍSTRATA.

Voy a decíroslo; pero antes permitidme una sola pregunta.

MIRRINA.

Cuantas quieras.

LISÍSTRATA.

¿No sentís que los padres de vuestros hijos se hallen lejos de vosotras en el ejército? Pues demasiado sé que todas tenéis los maridos ausentes.

CALÓNICE.

El mío, ¡pobrecillo!, hace ya cinco meses que está en Tracia vigilando a Éucrates.

LISÍSTRATA.

Siete hace que está el mío en Pilos.

LÁMPITO.

El mío, cuando vuelve alguna vez del ejército, descuelga en seguida el escudo y se marcha volando.

LISÍSTRATA.

¡No queda un amante para un remedio, y con la defección de los milesios se acabaron todos los recursos para consolar nuestra viudez! Pues bien, si yo encontrase un medio de poner fin a la guerra, ¿querríais secundarme?

MIRRINA.

Sí, por las dos diosas, aunque tuviese que dar en prenda mi vestido y beberme el dinero el mismo día.

CALÓNICE.

Pues yo, aunque me tuviese que dejar partir en dos, como un rodaballo, y dar la mitad de mí misma.

LÁMPITO.

Yo subiría a la cumbre del Taigeto, si allí hubiese de ver a la Paz.

LISÍSTRATA.

Pues bien, os lo diré: ya no hay para qué ocultaros nada. Oh mujeres, si queremos obligar a los hombres a hacer la paz, es preciso abstenernos...

MIRRINA.

¿De qué? Habla.

LISÍSTRATA.

¿Lo haréis?

MIRRINA.

Lo haremos, aunque nos cueste la vida.

LISÍSTRATA.

Es preciso abstenernos de los hombres... ¿Por qué me volvéis la espalda? ¿Adónde vais? ¡Eh, vosotras! ¿Por qué os mordéis los labios y meneáis la cabeza? ¡Cómo! ¡Se os muda el color! ¡Una lágrima corre!... ¿Qué decís? ¿lo haréis o no lo haréis?

MIRRINA.

Yo no puedo, que siga la guerra.

CALÓNICE.

Yo tampoco, que siga la guerra.

LISÍSTRATA.

¿Eso dices, mi valiente rodaballo? ¿Tú que hace un instante te dejabas partir en dos?

CALÓNICE.

Sí, todo menos eso. Mándame si quieres andar entre llamas. Pero, querida Lisístrata, semejante abstinencia... ¡Eso a nada puede compararse!

LISÍSTRATA.

¿Y tú?

MIRRINA.

También yo prefiero andar entre llamas.

LISÍSTRATA.

¡Oh sexo disoluto! ¡Y luego nos admiraremos de ser maltratadas en las tragedias! Solo servimos para el amor. Pero, querida lacedemonia, secunda mis proyectos; que como tú me ayudes, aún podremos salvarlo todo.

LÁMPITO.

Muy triste es a la verdad dormir sin compañía, pero no hay más remedio; es preciso conseguir la paz a todo trance.

LISÍSTRATA.

¡Oh amiga queridísima! ¡única mujer digna de este nombre!

CALÓNICE.

Pero si, lo que Dios no quiera, nos abstenemos completamente de lo que dices, ¿conseguiremos por eso más pronto la paz?

LISÍSTRATA.

Mucho más pronto, por las diosas. Permanezcamos en casa, bien pintadas, y sin más vestidos que una transparente túnica de Amorgos, y los hombres arderán en amorosos deseos. Si entonces resistimos a sus instancias, estoy segura de que harán en seguida la paz.

LÁMPITO.

Por eso, sin duda, cuando Menelao vio el seno desnudo de Helena, arrojó la espada.

CALÓNICE.

Pero, desdichada, ¿y si nos abandonan nuestros maridos?

LISÍSTRATA.

Entonces, como dice Ferécrates, «desollaremos un perro desollado».

CALÓNICE.

Esos simulacros nada valen; ¿y si nos cogen y nos arrastran a su alcoba?

LISÍSTRATA.

Agárrate a la puerta.

CALÓNICE.

¿Y si nos pegan?

LISÍSTRATA.

Cede, pero de mala gana; no puede haber placer si hay violencia. Además podemos atormentarlos de mil modos. No temas, pronto se cansarán; es imposible un goce no recíproco.

CALÓNICE.

Si es esa vuestra opinión, me adhiero a ella.

LÁMPITO.

Nosotras quedamos en decidir a nuestros maridos a firmar una paz leal y franca. ¿Pero quién será capaz de hacer otro tanto con el populacho ateniense, tan enamorado de la guerra?

LISÍSTRATA.

No tengas cuidado; nosotras le persuadiremos.

LÁMPITO.

No lo conseguirás, mientras estén apasionados de sus naves y se guarde en el templo de Minerva aquel inmenso tesoro.

LISÍSTRATA.

Todo eso está previsto; hoy mismo nos apoderaremos de la ciudadela. Las mujeres de más edad están encargadas de ocuparla con pretexto de ofrecer un sacrificio, mientras nosotras nos concertamos aquí.

LÁMPITO.

Todo irá bien, pues todo está perfectamente trazado.

LISÍSTRATA.

Entonces, Lámpito ¿por qué no nos comprometemos con un juramento inquebrantable?

LÁMPITO.

Pronuncia tú la fórmula, y nosotras juraremos.

LISÍSTRATA.

Tienes razón. ¿Dónde está la mujer escita? ¿A dónde miras? Poned aquí un escudo sobre la cara convexa, y traedme las víctimas.

CALÓNICE.

¿Qué juramento vamos a prestar, Lisístrata?

LISÍSTRATA.

¿Qué juramento? En Esquilo se degüella una oveja y se jura sobre un escudo; nosotras haremos lo mismo.

CALÓNICE.

Pero, Lisístrata mía, ¿cómo hemos de jurar sobre un escudo, cuando se trata de la paz?

LISÍSTRATA.

¿Pues qué juramento haremos?

CALÓNICE.

Cojamos un caballo blanco; sacrifiquémosle, y juremos sobre su cadáver.

LISÍSTRATA.

¿Y dónde vas a hallar un caballo blanco?

CALÓNICE.

¿Pues cómo juraremos?

LISÍSTRATA.

Voy a decírtelo. Coloquemos aquí una gran copa negra, inmolemos en ella un cántaro de vino de Tasos, y juremos no mezclarle ni una gota de agua.

LÁMPITO.

¡Oh qué hermoso juramento! No hay palabras para elogiarle bastante.

LISÍSTRATA.

Que me traigan una copa y un cántaro.

CALÓNICE.

Queridísimas amigas, ¡qué enorme cántaro! ¡con qué placer lo iremos vaciando!

LISÍSTRATA.

Déjalo aquí, y pon la mano sobre la víctima. ¡Oh soberana Persuasión, y tú, copa de la amistad, aceptad este sacrificio y sed propicias a las mujeres!

CALÓNICE.

¡Qué hermoso color tiene la sangre! ¡Qué bien corre!

LÁMPITO.

¡Por Cástor, qué buen olor despide!

LISÍSTRATA.

Amigas mías, dejadme jurar la primera.

CALÓNICE.

No, por Venus, que decida la suerte.

LISÍSTRATA.

Vamos, Lámpito, y vosotras extended la mano sobre la copa; después, que una sola, en nombre de todas, repita mis palabras; así prestaréis el mismo juramento y os comprometeréis a guardarlo.

Ningún amante, ningún esposo...

CALÓNICE.

Ningún amante, ningún esposo...

LISÍSTRATA.

Podrá acercárseme enardecido de amor... Repite.

CALÓNICE.

Podrá acercárseme enardecido de amor... ¡Ay! Lisístrata, me siento desfallecer.

LISÍSTRATA.

Viviré castamente en mi casa...

CALÓNICE.

Viviré castamente en mi casa...

LISÍSTRATA.

Cubierta solo de un transparente vestido azafranado, y adornada...

CALÓNICE.

Cubierta solo de un transparente vestido azafranado, y adornada...

LISÍSTRATA.

A fin de inspirar a mi esposo más ardientes deseos...

CALÓNICE.

A fin de inspirar a mi esposo más ardientes deseos...

LISÍSTRATA.

Pero nunca cederé de buen grado a sus instancias...

CALÓNICE.

Pero nunca cederé de buen grado a sus instancias...

LISÍSTRATA.

Y si, contra mi voluntad, me obligase...

CALÓNICE.

Y si, contra mi voluntad, me obligase...

LISÍSTRATA.

Permaneceré inanimada en sus brazos...

CALÓNICE.

Permaneceré inanimada en sus brazos...

.....
.....

LISÍSTRATA.

¡Que pueda beber este vino, si cumplo mi juramento!...

CALÓNICE.

¡Que pueda beber este vino, si cumplo mi juramento!...

LISÍSTRATA.

¡Y si no lo cumplo, que se me llene esta copa de agua!...

CALÓNICE.

¡Y si no lo cumplo, que se me llene esta copa de agua!...

LISÍSTRATA.

¿Juráis todas?

MIRRINA.

Sí, por Júpiter.

LISÍSTRATA.

Voy, pues, a sacrificar la víctima.

(Bebe.)

CALÓNICE.

Déjame un poco, querida mía, para que consolidemos nuestra amistad.

LÁMPITO.

¿Qué gritos son esos?

LISÍSTRATA.

Lo que hace poco te decía. Son las mujeres que se apoderan de la ciudadela. Tú, Lámpito, parte a arreglar tus cosas, y déjanos a esas en rehenes. Corramos nosotras a encerrarnos en el alcázar y a defenderlo con las demás compañeras.

CALÓNICE.

¿Crees que los hombres vendrán pronto a atacarnos?

LISÍSTRATA.

Nada se me da de ellos. Ni el incendio, ni todas sus amenazas me harán abrir jamás aquellas puertas, si no aceptan la condición convenida.

CALÓNICE.

Nunca, por Venus: de otro modo sería inmerecida la opinión en que nos tienen de tercas y malvadas.

CORO DE VIEJOS.

Anda, Draces; guíanos con precaución, aunque te quebrante el hombro ese pesado haz de olivo verde. ¡Qué cosas tan inesperadas se ven cuando se vive muchos años! ¡Ay, Estrimodoro! ¿Quién hubiera imaginado nunca que había de llegar un día en que las mujeres, esa peste de nuestras casas, alimentadas por nosotros con tanto regalo, se apoderarían de la estatua de Minerva, y ocuparían mi ciudadela, y atrancarían sus puertas con barras y cerrojos? Pero corramos, corramos al alcázar, amigo Filurgo; rodeemos de un muro de faginas a las inventoras y ejecutoras de tan execrable hazaña; hagamos una sola pira, y con nuestras propias manos abrasemos a todas sin excepción, y a la esposa de Licón la primera.

¡No, por Ceres, mientras yo viva no se burlarán de nosotros! Pues ni Cleómenes, cuando en otro tiempo se apoderó de la ciudadela, pudo dejarla con honor; a pesar de sus humos lacedemonios, viose obligado a capitular y a retirarse sin armas, sin más vestidos que una pequeña túnica, lleno de andrajos, escuálido, hecho un oso sucio, como si en seis años no se hubiese lavado. ¡Oh qué sitio aquel! Nuestros soldados, colocados de diecisiete en fondo, cerraban la salida, y no se relevaban ni para dormir. ¿Y no reprimiré con mi sola presencia la audacia de esas mujeres aborrecidas por Eurípides y todos los dioses? Si tal sucede, consiento que sean derribados mis trofeos de la Tetrápolis.

Mas para llegar a la ciudadela, aún tengo que subir esa pendiente; procuremos arrastrar estos haces, sin acudir a las bestias de carga; ¡ay! las leñas me destrozan los hombros.

Sin embargo, es necesario subir, y soplar el fuego, no vaya a apagársenos y a faltarme al final de la jornada. ¡Fu!, ¡fu! (soplando). Justo cielo, ¡qué humo! Al salir del brasero se lanza sobre mí, y me muerde los ojos como un perro rabioso. Es fuego de Lemnos, no me cabe duda; de otro modo no atacaría tan cruelmente mis ojos legñosos. Vamos, Lagnes, corramos a la ciudadela y auxiliemos a la diosa. ¿Cuándo habrá ocasión mejor de socorrerla? ¡Fu!, ¡fu! (soplando); ¡justo cielo!, ¡qué humo!

Este fuego está vivo y arde por la gracia de los dioses. Mas ¿por qué no depositamos aquí nuestros haces? ¿No sería mejor encender en el brasero un manojo de sarmientos y lanzarlo contra las puertas, a modo de ariete? Si las mujeres no desatrancan cuando se lo mandemos, será preciso incendiar las puertas y asfixiarlas con el humo. Dejemos ya la carga. ¡Oh!, ¡oh!, ¡qué humareda! ¿No habrá por ahí algún jefe de la expedición de Samos que me ayude a descargar? ¡Ah! por fin se ven libres mis hombros. Vamos, brasero mío, atiza el fuego, y enciéndeme cuanto antes esta tea. Ayúdame, divina Victoria; castigemos la audacia de las mujeres dueñas de la ciudadela, y erijamos un trofeo triunfal.

CORO DE MUJERES.

Amigas mías, creo distinguir humo y llamas; parece un incendio: acudamos a toda prisa. ¡Vuela, vuela, Nicódice, antes de que Cálica y Cristila perezcan asfixiadas, víctimas de las leyes más crueles y de esos malditos viejos! Pero, venerandas diosas, ¿llegaré demasiado tarde? Al amanecer ya estaba yo en la fuente, y a duras penas conseguí llenar esta vasija: ¡tanta era la confusión, el tumulto y el estrépito de los cántaros! A empellones con las criadas y viles esclavos, conseguí salir con mi agua, y ahora me apresuro a socorrer a mis amenazadas compañeras. Me han dicho que unos viejos chochos, cargados con haces de cerca de tres talentos de peso, como para calentar un baño, se dirigían hacia aquí con desusada furia, gritando, entre terribles amenazas, que es preciso tostar a las pérfidas mujeres. Pero, venerable Minerva, haz que, en vez de ser pasto de las llamas, consigan librar a la Grecia y a sus ciudadanos de los horrores de la guerra. Con este objeto ocuparon tu templo, santa patrona de refulgente casco de oro. Yo invoco tu auxilio, ¡oh Tritogenia! Si algún hombre quiere abrasarlas, ven a traer agua con nosotras.

¡Eh!, ¡eh!, deteneos. ¿Qué es eso, grandísimos canallas? Los hombres honrados y piadosos no obran de esa manera.

CORO DE VIEJOS.

¡Ah! He ahí una cosa con la cual no contábamos: un enjambre de mujeres defiende el exterior de la ciudadela.

CORO DE MUJERES.

¿Por qué nos teméis? ¿Acaso os parecemos muchas? Pues no veis ni la diezmilésima parte.

CORO DE VIEJOS.

Fedrias, ¿las permitiremos charlar de ese modo? ¿No convendrá romperles un garrote en las costillas?

CORO DE MUJERES.

Dejemos en el suelo nuestros cántaros; así no nos estorbarán, si alguno trata de sentarnos la mano.

CORO DE VIEJOS.

Si las hubiesen dado dos o tres bofetadas, como a Búpalo, no chillarían tanto.

CORO DE MUJERES.

Anda, pégame; aquí te espero; pero te aseguro que en adelante no te agarrará otra perra.

CORO DE VIEJOS.

Si no callas, este garrote se encargará de que no llegues a vieja.

CORO DE MUJERES.

A ver; toca con un solo dedo a Estratilis.

CORO DE VIEJOS.

¿Y si te derrenco a puñetazos? ¿Qué harás entonces?

CORO DE MUJERES.

Te arrancaré a mordiscos los pulmones y las entrañas.

CORO DE VIEJOS.

¡Ah! Eurípides es el más sabio de los poetas: sí, tiene razón; la mujer es el animal más desvergonzado.

CORO DE MUJERES.

Cojamos nuestros cántaros, Rodipa.

CORO DE VIEJOS.

¿Para qué traes esa agua, mujer aborrecida de los dioses?

CORO DE MUJERES.

¿Y tú ese fuego, cadáver ambulante? ¿Es para quemarte a ti mismo?

CORO DE VIEJOS.

Para encender una hoguera y quemar a tus amigas.

CORO DE MUJERES.

Pues yo para apagar tu hoguera.

CORO DE VIEJOS.

¿Tú apagarás mi fuego?

CORO DE MUJERES.

Pronto lo verás.

CORO DE VIEJOS.

No sé cómo no la tuesto a fuego lento con esta lámpara.

CORO DE MUJERES.

Si estás sucio, te daré un baño.

CORO DE VIEJOS.

¿Tú a mí un baño, puerca?

CORO DE MUJERES.

Sí, un baño nupcial.

CORO DE VIEJOS.

¿Oís sus desvergüenzas?

CORO DE MUJERES.

Porque soy libre.

CORO DE VIEJOS.

Ya reprimiré tus gritos.

CORO DE MUJERES.

Yo haré que no juzgues más en el Heliástico.

CORO DE VIEJOS.

Quémale el pelo.

CORO DE MUJERES.

Agua, cumple tu deber. (Arrojan el contenido de sus cántaros sobre los viejos.)

CORO DE VIEJOS.

¡Ay desdichado!

CORO DE MUJERES.

¿Estaba caliente?

CORO DE VIEJOS.

¡Sí, caliente! Acaba, ¿qué haces?

CORO DE MUJERES.

Te riego para que reverdezcas.

CORO DE VIEJOS.

Ya estoy seco y tiritando.

CORO DE MUJERES.

Caliéntate, puesto que tienes fuego.

UN MAGISTRADO.

¿Las mujeres no han manifestado ya suficientemente su licencia con tanto estruendo de tambores, con tantas bacanales, y con sus interminables lamentaciones sobre los terrados en las Adonias? El otro día las oí yo desde la asamblea. Demóstrato, ese orador que Júpiter confunda, proponía una expedición a Sicilia; y su mujer danzando gritaba; «¡Ay, ay, Adonis!» Demóstrato proponía después que se hiciera una leva en Zacinto, y su mujer, ya beoda, gritaba en el terrado: «¡Lamentad a Adonis!» Y el maldito Colociges, aborrecido por los dioses, se desgañitaba para hacerse oír. Ved a dónde llega su desorden.

CORO DE VIEJOS.

¿Pues qué dirías si hubieses oído sus insolencias? Después de mil injurias, han arrojado sobre nosotros el agua de sus cántaros; y nos vemos en la precisión de retorcer nuestros vestidos, como si nos hubiésemos orinado.

EL MAGISTRADO.

¡Bien hecho, por Neptuno! Nosotros mismos favorecemos la perversidad de las mujeres, y les damos lecciones de disolución, cuyo fruto son conspiraciones como la presente. Un marido va a una tienda y dice el artífice: «Platero, bailando ayer a la tarde se le salió a mi mujer de su sitio el broche de aquel collar que le hiciste; yo tengo que embarcarme hoy para Salamina; si tienes tiempo, haz todos los posibles por ir al anochecer a mi casa y encajarle el broche.» Otro se dirige a un zapatero joven y vigoroso, y le dice: «una de las correas le lastima a mi mujer el dedo pequeño, que es muy delicado; vete al mediodía, y procura estirársela»; y así andan las cosas tales, que yo, provisor, al necesitar dinero para pagar a los remeros ajustados, me encuentro con que las mujeres me cierran las puertas. ¿Pero qué gano estándome así? Pronto,

traedme unas palancas, y yo castigaré su atrevimiento. ¿A qué te quedas con la boca abierta, bribón? Y tú, ¿qué miras? Sin duda tratas de ver alguna taberna. Pronto, derribad esas puertas con las palancas. Yo también pongo manos en la obra.

LISÍSTRATA.

No derribéis nada; aquí me tenéis. ¿Para qué las palancas? No es eso lo que os hace falta, sino sentido común.

EL MAGISTRADO.

¿De veras, mujer abominable? ¿Dónde está el arquero? Cógela y átale las manos a la espalda.

LISÍSTRATA.

Como llegue a tocarme nada más que con la punta de un dedo, por Diana lo juro, aunque sea un funcionario público, me las pagará.

EL MAGISTRADO.

¡Cómo! ¿Tienes miedo? Sujétala por la cintura. Ayúdala tú también, y atadla entre los dos.

MUJER PRIMERA.

¡Por Pandrosa! Si llegas a tocarla, te pateo las tripas.

EL MAGISTRADO.

¡Ah! ¡Las tripas! ¿Dónde está el otro arquero? Prendedme también a esa que habla.

MUJER SEGUNDA.

¡Por la fulgente luna, si la tocas con un dedo, pronto necesitarás una venda!

EL MAGISTRADO.

¿Qué significa esto? ¿Dónde está el arquero? Detenla. Ya os cerraré yo todas las salidas.

MUJER TERCERA.

¡Por Diana de Táuride, si te acercas a ella, te arranco todos los cabellos, aunque te deshagas en llanto!

EL MAGISTRADO.

¡Oh desdicha! mis arqueros me abandonan. ¡Cómo! ¿Nos dejaremos vencer por unas mujeres? Adelante, escitas, estrechad vuestras filas, y acometedlas.

LISÍSTRATA.

¡Por las diosas, os las vais a ver con cuatro valientes batallones de mujeres bien armadas que tengo adentro!

EL MAGISTRADO.

¡Escitas, atadles las manos!

LISÍSTRATA.

Salid, valientes compañeras; vendedoras de legumbres, puches, ajos y verduras; panaderas y taberneras, derribadlos, pegadles, desgarradlos; multiplicad vuestros insultos; haced gala de desvergüenza. Basta, retiraos; no despojéis a los vencidos.

EL MAGISTRADO.

¡Ah, qué mal lo han pasado mis arqueros!

LISÍSTRATA.

¿Pues qué se te figuraba? ¿Creías que te las ibas a haber con unas esclavas? ¿Piensas que no hay valor en las mujeres?

EL MAGISTRADO.

Sí, sí, demasiado valor; sobre todo cuando están cerca de la taberna.

CORO DE VIEJOS.

¡Magistrado, estás perdiendo el tiempo en palabras! ¿A qué entras en contestaciones con esas fieras? ¿Ignoras el baño sin lejía que acaban de darnos, estando completamente vestidos?

CORO DE MUJERES.

Es que, amigo mío, a nosotras nadie nos sienta así como así la mano: hazlo, y verás cómo te salto un ojo. A mí me gusta estarme encerrada en casa, como una doncellita, sin hacer mal a nadie, ni siquiera menear una paja; pero como alguno me irrite, soy una avispa.

CORO DE VIEJOS.

¡Oh Júpiter! ¿Qué haremos con estas fieras? ¡Esto es insoportable! (Al Magistrado.) Te es preciso averiguar con nosotros la causa de este mal, y lo que pretenden al apoderarse de la ciudadela de Cranao, de esa fortaleza inaccesible, y su venerado

templo. Interrógaless y no las creas; pero reúne todos los indicios. Sería vergonzosa negligencia no esclarecer tan importante asunto.

EL MAGISTRADO.

Lo primero que deseo que me digáis es la intención con que os habéis encerrado en la ciudadela.

LISÍSTRATA.

Con la de poner a salvo el tesoro y evitar la causa de la guerra.

EL MAGISTRADO.

Pues qué, ¿el dinero es la causa de la guerra?

LISÍSTRATA.

Y de todos los demás desórdenes. Pisandro y otros ambiciosos amotinan continuamente las turbas, sin más objeto que el de robar a favor de la confusión. Ahora, ya pueden hacer lo que se les antoje; porque lo que es de este dinero no han de tocar ni un óbolo.

EL MAGISTRADO.

¿Pues qué harás?

LISÍSTRATA.

¡Vaya una pregunta! Administrarlo nosotras.

EL MAGISTRADO.

¿Administrar vosotras el tesoro?

LISÍSTRATA.

No comprendo tu asombro. ¿Acaso no administramos los gastos de nuestras casas?

EL MAGISTRADO.

Pero no es lo mismo.

LISÍSTRATA.

¿Por qué no es lo mismo?

EL MAGISTRADO.

Ese dinero se destina a la guerra.

LISÍSTRATA.

La guerra ya no es necesaria.

EL MAGISTRADO.

¡Cómo! ¿Y la defensa de la república?

LISÍSTRATA.

Nosotras la defenderemos.

EL MAGISTRADO.

¿Vosotras?

LISÍSTRATA.

Sí, nosotras.

EL MAGISTRADO.

Eso es indigno.

LISÍSTRATA.

Pues te defenderemos, mal que te pese.

EL MAGISTRADO.

¡Qué atrocidad!

LISÍSTRATA.

¿Te enfadas, eh? Pues, amigo mío, no hay más remedio.

EL MAGISTRADO.

Pero es inicuo, por Ceres.

LISÍSTRATA.

Pues se te defenderá.

EL MAGISTRADO.

¿Y si no quiero?

LISÍSTRATA.

Con más motivo.

EL MAGISTRADO.

¿Pero de dónde os ha venido la idea de ocuparos de la guerra y de la paz?

LISÍSTRATA.

Os lo diremos.

EL MAGISTRADO.

Habla pronto, o si no, habrá lágrimas.

LISÍSTRATA.

Escucha; y quietecitas las manos.

EL MAGISTRADO.

No puedo; es tal mi ira, que me es difícil contenerla.

UNA MUJER.

Entonces a ti te tocará llorar.

EL MAGISTRADO.

¡Caiga sobre ti el oráculo que acabas de graznar, vejestorio! (A Lisístrata.) Habla tú.

LISÍSTRATA.

Voy. En la guerra anterior sobrellevábamos con paciencia ejemplar todo lo que hacíais los hombres, porque no nos permitíais abrir la boca. Vuestros proyectos no eran muy agradables que digamos: nosotras los conocíamos, y más de una vez os vimos en casa tomar desacertadas resoluciones en los más graves asuntos. Entonces, disimulando con una sonrisa nuestro interno dolor, os preguntábamos: «¿Qué resolución sobre la paz habéis tomado hoy en la asamblea?» «¿Qué te importa? —decía mi marido—: cállate;» y yo callaba.

UNA MUJER.

Pues yo no me hubiera callado.

EL MAGISTRADO.

Pues hubieras llorado por no callar.

LISÍSTRATA.

Yo me callaba; otra vez oyendo que habíais tomado una funestísima determinación, le pregunté: «Marido mío, ¿en qué consiste que obráis tan sin sentido?» Y él, mirándome de reojo, contestó: «Teje tu tela, si no quieres que la cabeza te duela mucho tiempo: la guerra es asunto de hombres».

EL MAGISTRADO.

Y tenía razón, por vida mía.

LISÍSTRATA.

¿Cómo que tenía razón? ¡Miserable! ¿No hemos de poder daros un buen consejo cuando vemos que adoptáis resoluciones funestas? Cansadas ya de oír a unos preguntar a gritos en las calles: «¿No hay un hombre en este país?» y a otros responder: «No, ni uno»; las mujeres hemos tomado el partido de reunirnos y salvar entre todas a la Grecia. ¿A qué habíamos de esperar más? Por consiguiente, si queréis escuchar nuestros buenos consejos, y callaros a vuestra vez, como nosotras entonces, conseguiremos arreglarlos.

EL MAGISTRADO.

¡Vosotras a nosotros! Vamos, ¡esto ya no puede tolerarse!

LISÍSTRATA.

¡Calla!

EL MAGISTRADO.

¡Yo! ¡Callarme yo, porque tú me lo mandes, deslenguada! ¡Yo obedecer a quien lleva un velo en la cabeza! ¡Antes morir!

LISÍSTRATA.

Si no tienes más inconveniente que ese, toma mi velo, rodéatelo a la cabeza, y calla. Toma también este canastillo; ponte un ceñidor, y dedícate a hilar lana, mascullando habas: la guerra será asunto de mujeres.

CORO DE MUJERES.

Mujeres, dejad vuestros cántaros, para que por nuestra parte ayudemos también a nuestras amigas. Yo jamás me rendiré de bailar, ni el cansancio hará flaquear mis rodillas. Quiero hacer causa común, y afrontar todos los riesgos con esas compañeras tan valientes, tan ingeniosas, tan bellas, tan atrevidas y discretas, raro conjunto de patriotismo y valor. Tú, intrépida Lisístrata, y vosotras sus aliadas, no depongáis vuestra cólera; sed siempre como un manojo de ortigas: los vientos son favorables.

LISÍSTRATA.

Si el amable Cupido y la diosa de Chipre derraman sobre nuestro seno los atractivos del amor, e inspiran a los hombres ardientes y dulcísimos deseos, espero que los griegos llegarán a llamarnos las Lisímacas.

EL MAGISTRADO.

¿Y por qué?

LISÍSTRATA.

Por haber puesto término a sus locuras y paseos con armas en el mercado.

UNA MUJER.

Muy bien, por Venus de Pafos.

LISÍSTRATA.

Pues ahora se les ve recorrer armados de punta en blanco, como frenéticos coribantes, la plaza en que se venden ollas y legumbres.

EL MAGISTRADO.

Cierto, porque eso es propio de valientes.

LISÍSTRATA.

Pero es ridículo ver comprando pececillos a un hombrón en cuyo escudo se ostenta una cabeza de Gorgona.

UNA MUJER.

El otro día vi yo a todo un filarconte de largos cabellos, echar en su casco de bronce, sin apearse siquiera, las puches que una vieja acababa de venderle. Otro tracio, agitando su escudo y su dardo, como Tereo, aterraba a una vendedora de higos, y se le comía los mejores.

EL MAGISTRADO.

¿Pero cómo podréis vosotras arreglar la enmarañada madeja de la cosa pública en este país?

LISÍSTRATA.

Facilísimamente.

EL MAGISTRADO.

¿Cómo? Dímelo.

LISÍSTRATA.

Mira, cuando se nos enreda el hilo, lo cogemos así y lo sacamos del huso, tirando a un lado y a otro; pues bien, como nos dejen, desenredaremos igualmente la guerra, enviando embajadas a un lado y a otro.

EL MAGISTRADO.

Por tanto, imbéciles, pensáis arreglar los más peligrosos negocios con los husos, el hilo y la lana.

LISÍSTRATA.

Si tuvieseis un átomo de sentido común, seguiríais en política el ejemplo que os damos al trabajar la lana.

EL MAGISTRADO.

¿Cómo? Sepamos.

LISÍSTRATA.

Así como nosotras principiamos por lavar la lana para separarla de toda suciedad, vosotros debíais empezar por expulsar a palos de la ciudad a los malvados, y separar la mala hierba; luego dividir a todos esos que se coligan y apelotonan para apoderarse de los cargos públicos, y arrancarles la cabeza; después amontonar en un canasto, para el bien común, los metecos, los extranjeros, los amigos y los deudores al Estado, y cardarlos sin distinción. A las ciudades pobladas por colonos de este país debíais de considerarlas separadamente, como otros tantos pelotones colocados delante de nosotras, y en seguida sacar un hilo de cada una de ellas, traerlo hasta aquí, reunirlos todos, hacer un grande ovillo y tejer con él un manta para el pueblo.

EL MAGISTRADO.

¿No es insufrible que pretenda hilarlo y devanarlo todo quien ninguna participación tiene en la guerra?

LISÍSTRATA.

Pero, ¡maldito de Dios!, nosotras tenemos parte doble, pues primero parimos los hijos, y después los enviamos al ejército.

EL MAGISTRADO.

Calla: no recuerdes nuestros desastres.

LISÍSTRATA.

Después, en vez de gozar en la flor de nuestra juventud de los placeres del amor, estamos como viudas, gracias a la guerra; y por nosotras, pase; yo me aflijo por esas pobres doncellas que envejecen en su lecho solitario.

EL MAGISTRADO.

¿No envejecen también los hombres?

LISÍSTRATA.

¡Oh, eso es muy diferente! Un hombre, al volver de la guerra, aunque tenga los cabellos blancos, se casa pronto con una tierna doncellita. El tiempo de la mujer es

muy corto, y si no lo aprovecha, ya nadie la quiere, y se pasa la vida en consultar los augurios.

EL MAGISTRADO.

Pero todo anciano que aún conserva algún vigor...

LISÍSTRATA.

¿Y tú, cuándo te piensas morir? Ya es tiempo; cómprate un ataúd; mira, te voy a amasar la torta funeraria. Toma esta corona y cíñete las sienes.

MUJER PRIMERA.

Toma estas cintas.

MUJER SEGUNDA.

Ten esta otra corona.

LISÍSTRATA.

¿Qué te falta? ¿Qué deseas? Caronte te espera; tu tardanza le impide darse a la vela.

EL MAGISTRADO.

Estos ultrajes son insufribles. Voy a presentarme yo mismo a mis colegas con esta facha.

LISÍSTRATA.

¿Te quejas porque aún no te hemos expuesto? No te apures; dentro de tres días iremos de madrugada a ofrecerte la oblación de costumbre.

(Vanse Lisístrata y el Magistrado. Los dos coros quedan solos en la escena.)

CORO DE VIEJOS.

Ya no puede dormir ningún amigo de la libertad. Ea, dispongámonos para esta grande empresa. Sospecho mayores peligros, y creo percibir un olor a tiranía de Hipias; y mucho me temo que algunos lacedemonios, reunidos en casa de Clístenes, hayan sido los incitadores de estas malditas mujeres sugiriéndoles la idea de apoderarse de nuestro tesoro y del salario de que vivimos. Indigno es, por vida mía, que se entrometan a dar consejos a los ciudadanos y a hablar de cascos de bronce, y a tratar de la paz con los lacedemonios, en quienes tengo menos confianza que en un lobo hambriento. Amigos, no cabe duda, todas sus tramas tienden a restablecer la tiranía. Pero jamás me tiranizarán; yo tomaré mis precauciones, y llevando mi espada

en la rama de mirto, estaré sobre las armas en la plaza pública, junto a la estatua de Aristogitón. Allí permaneceré, porque siento un vivo deseo de darle un bofetón a esa maldita vieja.

CORO DE MUJERES.

Cuando vuelvas a tu casa no te conocerá ni la madre que te parió. Pero, queridas ancianas, dejemos esto en el suelo; nosotras, oh ciudadanos, vamos a principiar un discurso muy útil a la república; y bien lo merece por haberme criado en el seno de los placeres y del esplendor. A la edad de siete años ya llevé las ofrendas misteriosas en la fiesta de Minerva; a los diez molía la cebada en honor de la diosa; luego, ceñida de flotante túnica azafrañada, me consagraron a Diana en las Brauronias; y por último, ya doncella núbil, fui canéfora, y rodeé mi garganta con el collar de higos. En pago de tantas distinciones, ¿no deberé dar útiles consejos a mi patria? Aunque mujer, permitidme proponer un remedio a nuestros males; que, al fin, al darle mis hijos, también pago mi contribución al Estado. Pero vosotros, miserables viejos, ¿con qué contribuís? Después de haber consumido lo que se llamaba el tesoro de los Abuelos, reunido durante las guerras médicas, nada pagáis; y todos corremos grave riesgo de que nos arruinéis. ¿Qué podéis responder a esto? Como me incomodes mucho, te siento en la cara este coturno, y ¡cuidado que pesa!

CORO DE VIEJOS.

¿Puede haber mayor ultraje? La cosa va de mal en peor. Todo hombre que se tenga por tal, tiene obligación de oponérseles. Pero quitémonos la túnica. El hombre debe ante todo oler a hombre, y no estar envuelto en sus vestidos. Ea, todos los que en nuestros buenos tiempos nos reunimos en Lipsidrión, hombres de pies desnudos, hoy es preciso rejuvenecerse, enderezar el cuerpo, despojarnos de la vejez. Si dejamos a las mujeres el menor asidero, no cejarán ni un punto en sus esfuerzos, y las veremos construir naves, pretender dar batallas navales y atacarnos a ejemplo de Artemisa. Si les place dedicarse a la equitación, licenciaremos a nuestros caballeros. A la mujer la gusta mucho el caballo; sobre él ataca vigorosamente, y no se cae por mucho que galope: testigos las Amazonas que Micón pintó combatiendo a los hombres. Por lo cual es preciso que nos apoderemos de esta, y las metamos a todas el cuello en el cepo.

CORO DE MUJERES.

¡Por las diosas! Si me irritas, suelto las riendas a mi cólera, y te doy una tunda que te obligo a pedir socorro a tus vecinos. Amigas mías, quitémonos también nosotras los vestidos: perciban esos carcamales el olor a mujer enfurecida. Si alguno se acerca a mí, yo le aseguro que no ha de comer más ajos ni habas negras. ¡Di una sola palabra! Estoy furiosa y te trataré como el escarabajo al nido del águila. Ningún temor me dais

mientras a mi lado estén Lámpito y mi querida Ismenia, noble tebana. Aunque des siete decretos, no podrás con nosotras, ¡miserable, detestado por tus vecinos y por todo el mundo! Ayer mismo, para celebrar la fiesta de Hécate, quise traer de la vecindad una muchacha buena y amable, muy querida por mis hijos, una anguila de Beocia, y se negaron a enviármela por tus malditos decretos. Y nunca cesaréis de hacerlos, hasta que alguno os coja por las piernas y os precipite cabeza abajo.

(A Lisístrata.) Directora de esta noble empresa, ¿por qué sales tan triste de tu morada?

LISÍSTRATA.

La indigna conducta de las mujeres, su inconstancia verdaderamente femenil, eso es lo que me agita y llena de angustia.

CORO DE MUJERES.

¿Qué dices, qué dices?

LISÍSTRATA.

La verdad, la verdad.

CORO DE MUJERES.

¿Qué desgracia ocurre? Díselo a tus amigas.

LISÍSTRATA.

Vergonzoso es decirlo, y difícil callarlo.

CORO DE MUJERES.

No me ocultes la desgracia que nos ocurre.

LISÍSTRATA.

Nos abrasa la lujuria, para decirlo de una vez.

CORO DE MUJERES.

¡Oh Júpiter!

LISÍSTRATA.

¿A qué invocas a Júpiter? Esta es la pura verdad. No puedo privarles más tiempo de sus maridos; pues se me escapan. La primera a quien sorprendí abría un agujero junto a la gruta de Pan; la segunda se descolgaba por medio de una polea; otra preparaba su desertión; otra, cogida a un pájaro, se disponía volar a casa de Orsíloco, y la he detenido por los cabellos; en fin, discurren todos los pretextos imaginables para volver a sus hogares. Ahí viene una. ¡Eh! tú, ¿a dónde vas tan de prisa?

MUJER PRIMERA.

Quiero ir a mi casa: tengo allí una porción de lana de Mileto, que se la está comiendo la polilla.

LISÍSTRATA.

No hay polilla que valga. ¡Atrás!

MUJER PRIMERA.

Volveré al instante, te lo juro por las diosas; volveré en cuanto la haya tendido sobre el lecho.

LISÍSTRATA.

No la tiendas, ni te muevas de aquí.

MUJER PRIMERA.

¿Y he de dejar perderse mi lana?

LISÍSTRATA.

No hay más remedio.

MUJER SEGUNDA.

¡Desdichada! ¡Desdichada! Me he dejado en casa el lino sin macear.

LISÍSTRATA.

Ya tenemos otra que quiere ir a macear su lino. Entra aquí.

MUJER SEGUNDA.

¡Te lo juro por Diana! Volveré en cuanto lo haya maceado.

LISÍSTRATA.

No lo macearás; porque si tú principias, otra querrá hacer otro tanto.

MUJER TERCERA.

Divina Lucina, retrasa mi parto hasta que llegue a un lugar profano.

LISÍSTRATA.

¿Estás loca?

MUJER TERCERA.

Voy a parir de un momento a otro.

LISÍSTRATA.

¿Pero si ayer no estabas encinta?

MUJER TERCERA.

Pues hoy lo estoy. Déjame, Lisístrata, déjame salir en busca de la comadre.

LISÍSTRATA.

¿Qué cuentos son esos? ¿Qué cosa dura tienes aquí?

MUJER TERCERA.

Un niño varón.

LISÍSTRATA.

¡Ca! si es de metal y hueca. Veámosla. ¡Oh, tiene gracia! ¿Traes el casco de la diosa, y decías que estabas encinta?

MUJER TERCERA.

Sí, por Júpiter, lo estoy.

LISÍSTRATA.

¿Pues por qué traías esto?

MUJER TERCERA.

Para si me sobrevenía el parto en la ciudadela hacer con él un nido, como las palomas.

LISÍSTRATA.

¿Qué dices? Esos son pretextos: la cosa está clara. ¿No esperarás aquí el día de tu purificación?

MUJER TERCERA.

No puedo dormir en la ciudadela desde que he visto la serpiente que la guarda.

MUJER CUARTA.

Yo, infeliz de mí, me muero de fatiga: el grito incesante de las lechuzas no me deja conciliar el sueño.

LISÍSTRATA.

¡Desdichadas! Basta de fingidos terrores. Quizá echáis de menos a vuestros maridos. ¿Creéis que ellos no os desean también? Yo sé que pasan noches crueles. Pero, amigas mías, resistíos sin flaquear, y tened aún un poco de paciencia: un oráculo nos pronostica el triunfo, si no nos dividimos. Oídlas.

CORO DE MUJERES.

Sí, dinos el oráculo.

LISÍSTRATA.

Callad, pues. «Cuando las golondrinas, huyendo de las abubillas, se reúnan en un lugar, y se abstengan de los machos, entonces concluirán los males, y Júpiter tonante pondrá lo de abajo arriba...»

CORO DE MUJERES

¿Nosotras estaremos encima?

LISÍSTRATA.

«Pero si las divide la discordia, y las golondrinas huyen del sagrado templo, no habrá otra ave más lasciva.»

CORO DE MUJERES.

El oráculo está claro. ¡Oh dioses! no hay que desalentarse. Entremos. Vergonzoso sería, compañeras, el faltar al oráculo.

CORO DE VIEJOS.

Quiero contaros una fábula que oí siendo niño. Es así: Había un joven llamado Melanión, que por odio al matrimonio se fue a un desierto; vivía en las montañas; cazaba liebres, hacía lazos, y tenía un perro, y jamás volvió a su casa, ¡tanto aborrecía a las mujeres!; y nosotros también, que no somos menos discretos que Melanión.

UN VIEJO.

Vieja mía, quiero darte un beso...

UNA MUJER.

Llorarás, sin comer ajos.

EL VIEJO.

Y atizarte un puntapié.

LA MUJER.

Tu espesa barba es buen asidero.

EL VIEJO.

Mirónides era negro y velludo y el terror de todos sus enemigos, lo mismo que Formión.

CORO DE MUJERES.

También yo quiero contarte una fábula en respuesta a la de Melanión. Había un tal Timón, hombre intratable, inaccesible como si estuviese erizado de espinas, un verdadero hijo de las Furias. El tal Timón, lleno de odio, huyó de vosotros colmándoos de maldiciones. ¡Tanto aborrecía a los hombres! Sin embargo, era apasionadísimo por las mujeres.

UNA MUJER.

¿Quieres que te sacuda un bofetón?

UN VIEJO.

No, no te tengo miedo.

LA MUJER.

Pues te daré un puntapié.

EL VIEJO.

Se te verá lo que no debe verse.

LA MUJER.

No se verá nada sucio; aunque soy vieja, la luz de la lámpara me sirve de depilatorio.

LISÍSTRATA.

¡Eh! ¡Eh! Mujeres, acudid aprisa.

MUJER PRIMERA.

¿Qué ocurre? Di, ¿por qué esos gritos?

LISÍSTRATA.

Un hombre, un hombre se acerca enfurecido por la cólera de Venus. ¡Diosa reina de Chipre, Citera y Pafos, no te desvíes del principiado camino!

MUJER PRIMERA.

¿Dónde está? ¿Quién es?

LISÍSTRATA.

Junto al templo de Ceres.

MUJER PRIMERA.

En efecto, es un hombre. ¿Pero quién podrá ser?

LISÍSTRATA.

Mirad. ¿Le conocéis alguna de vosotras?

MIRRINA.

Yo le conozco: es mi marido Cinesias.

LISÍSTRATA (A Mirrina).

Procura mortificarle y enardecerle la sangre fingiéndole amor y desdén, y concediéndole todo cuanto pida, menos lo que la copa te prohíbe.

MIRRINA.

Pierde cuidado: eso corre de mi cuenta.

LISÍSTRATA.

Me quedo para ayudarte a engañarle y mortificarle. Vosotras, retiraos.

CINESIAS.

¡Ay desdichado, qué horrible tormento! Se me figura que estoy sobre la rueda.

LISÍSTRATA.

¿Quién está ahí, más acá de los centinelas?

CINESIAS.

Yo.

LISÍSTRATA.

¿Un hombre?

CINESIAS.

Sí, un hombre.

LISÍSTRATA.

¡Pronto, fuera de ahí!

CINESIAS.

¿Quién eres tú para despacharme?

LISÍSTRATA.

El centinela de día.

CINESIAS.

Por los dioses te lo pido, llama a Mirrina.

LISÍSTRATA.

¡Me gusta! ¿Que llame a Mirrina? Y tú, ¿quién eres?

CINESIAS

Su marido Cinesias Peónides.

LISÍSTRATA.

Salud, carísimo; tu nombre no nos es desconocido, porque a tu mujer nunca se le cae de la boca; si coge un huevo o una manzana, dice siempre: «Esto para mi Cinesias.»

CINESIAS.

¡Oh soberanos dioses!

LISÍSTRATA.

Así es, por Venus. Siempre que se habla de hombres, tu mujer suele decir: «Todo es nada en comparación de mi Cinesias.»

CINESIAS.

Vamos, llámala.

LISÍSTRATA.

¿Me darás algo por el servicio?

CINESIAS.

Ya lo creo; y en seguida, si quieres: mira, te daré lo que tengo.

LISÍSTRATA.

Pues bajo a llamarla.

CINESIAS.

Anda lista. La vida no tiene encanto para mí desde que abandonó el hogar; entro en él con hastío; la casa me parece un desierto; todos los manjares insípidos: ¡tal es mi pena!

MIRRINA.

¡Le amo, sí, le amo! Pero él no quiere corresponderme. No me obligues a ir a verle.

CINESIAS.

¡Oh dulcísima Mirrinita! ¿Por qué haces eso? Baja, baja.

MIRRINA.

No lo creas.

CINESIAS.

¿Cómo, Mirrina, no bajarás llamándote yo?

MIRRINA.

Me llamas sin necesidad.

CINESIAS.

¿Sin necesidad, y estoy pereciendo?

MIRRINA.

Me voy.

CINESIAS.

No, por piedad: oye siquiera al niño. Vamos, hijo mío, ¿no llamas a tu mamá?

EL NIÑO.

¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

CINESIAS.

Vamos, ¿qué haces? ¿No te compadeces de esta pobre criatura que hace seis días está sin madre que le asee?

MIRRINA.

Él ya me da lástima, pero su padre es muy descuidado.

CINESIAS.

Baja, loquilla, por amor a tu hijo.

MIRRINA.

¡Ah! ¡Lo que es haberlo parido! Vamos, ya bajo: ¿qué remedio?

CINESIAS.

Me parece mucho más joven; ¡qué tierna es su mirada! Sin duda su desdén y negativas enardecen mi amor.

MIRRINA.

Dulcísimo niño, hijo de un mal padre, y encanto de tu mamá, toma, toma este beso.

CINESIAS.

¿Por qué haces eso, malvada, siguiendo el ejemplo de otras mujeres con gran pena tuya y mía?

MIRRINA.

Quietas las manos.

CINESIAS.

Todo lo que hay en casa se está perdiendo.

MIRRINA.

Poco se me importa.

CINESIAS.

¿Se te importa poco que las gallinas desgarran tus telas?

MIRRINA.

Sí, por cierto.

CINESIAS.

¡Tanto tiempo como hace que no has celebrado las fiestas de Venus! ¿No quieres venir?

MIRRINA.

No, mientras no hagáis la paz y concluyáis la guerra.

CINESIAS.

Bien; si te agrada, lo haremos.

MIRRINA.

Bien, si te agrada, volveré a casa; pero hasta entonces estoy comprometida por un juramento.

CINESIAS.

Saltem aliquantisper mecum decumbe.

MYRRHINA.

Non sane: etsi non posse negari te a me amari.

CINESIAS.

Amas? cur ergo non decumbis, Myrrhinula?

MYRRHINA.

O ridende, num præsente puerulo?

CINESIAS.

Non hercle: sed tu, o Manes, fer eum domum. Ecce puerulus jam tibi hinc amotus: tu vero non decumbes?

MYRRHINA.

Sed, o perдите, ubi id fieri potest?

CINESIAS.

Ad Panos sacellum percommode.

MYRRHINA.

At quomodo in arcem casta redire potero?

CINESIAS.

Facillume, in Clepsydra si laveris.

MYRRHINA.

Scilicet, o perдите, jurata pejerabo?

CINESIAS.

In caput meum vertat. De jurejurando ne sis sollicita.

MYRRHINA.

Agedum feram lectulum nobis.

CINESIAS.

Nequaquam: sufficit nobis humi cubare.

MYRRHINA.

Ita me Apollo juvet, ut ego te, quamvis turgentem libidine, non reclinaverim humi.

CINESIAS.

Amat me valde, satis apparet, uxor.

MYRRHINA.

En, decumbe properans, et ego exuo vestes. At, perii, teges efferenda est.

CINESIAS.

Quæ, malura, teges? Haud mihi quidem.

MYRRHINA.

Ita mihi Diana propitia sit: turpe enim est super loris cubare.

CINESIAS.

Sine deosculer te.

MYRRHINA.

En.

CINESIAS.

Papæ! Revertere huc ergo quam celeriter.

MYRRHINA.

En teges. Decumbe: jam exuo vestes. Sed, perii! cervical non habes.

CINESIAS.

At nihil opus est mihi.

MYRRHINA.

At ecastor mihi.

CINESIAS.

Profecto penis hicce uti Hercules hospitio excipietur.

MYRRHINA.

Surge, subsulta.

CINESIAS.

Jam omnia habeo.

MYRRHINA.

Itane omnia?

CINESIAS.

Agedum, o aurea.

MYRRHINA.

Jam strophium solvo: tu vero memento, ne, quam dedisti de pace ineunda, fidem fallas.

CINESIAS.

Peream hercle prius.

MYRRHINA.

Sed Iodicem non habes.

CINESIAS.

Nec hercle opus est: sed futuere volo.

MYRRHINA.

Ne sis sollicitus, et istud facies: cito enim redeo.

CINESIAS.

Stragulis perdet me hæc femina.

MYRRHINA.

Erigere.

CINESIAS.

At iste jamdudum erectus est.

MYRRHINA.

Vin' ut te inungam?

CINESIAS.

Ne hoc Apollo sirit.

MYRRHINA.

Per Venerem, velis nolis, inungere.

CINESIAS.

Utinam, o supreme Jupiter, effusum fuisset istuc unguentum!

MYRRHINA.

Porrige manum, sume et inungere.

CINESIAS.

Istuc hercle unguentum minime et suave, nisi terendo bonum sit; nec concubitum olet.

MYRRHINA.

Me miseram! Rhodium unguentum extuli.

CINESIAS.

Bonum est: mitte hoc, o fatua.

MYRRHINA.

Nugaris.

CINESIAS.

Qui illum dii omnes perduint, qui primus coxit unguentum!

MYRRHINA.

Cape hoc alabastrum.

CINESIAS.

Sed aliud habeo. At tu, o perdita, decumbe, et ne fer mihi quidquam.

MYRRHINA.

Istuc agam, ita me Diana amabit. Calceos igitur exuo. Sed, o carissime, vide ut decernas aliquid de pace facienda.

CINESIAS.

Consulam. (Myrrhina aufugit.) Perdidit me et attrivit mulier tum aliis omnibus, tum quod me excoriatum relinquens abiit. Hei mihi! quid faciam? quem futuam, postquam spe excidi potiundæ pulcherrimæ? quomodo hancce educabo? Ubi Cynalopex? loca mihi mercede nutricem.

CHORUS SENUM.

In maxumis malis, o infelix, et animi angore cruciaris; et me tui miseret. Heu! heu! Quinam renes possint durare? quis animus? qui colei? quis penis intentus, nec mane permolens aliquam?

CINESIAS.

¡Oh Júpiter, qué horribles convulsiones!

CORO DE VIEJOS.

¡Cómo se te ha burlado la más execrable y pérfida de las mujeres!

CINESIAS.

Di la más amada, la más dulcísima.

CORO DE VIEJOS.

¿Dulcísima? No, ¡cruel, muy cruel! ¡Oh Júpiter, envía una violenta ráfaga que la levante como a paja ligera, y después de hacerla girar arremolinada en los aires, la deje de repente en tierra y la clave... donde yo me sé!

UN HERALDO.

¿Dónde está el Senado ateniense? ¿Dónde están los pritaneos? Tengo que comunicarles una noticia.

EL MAGISTRADO.

¿Eres un hombre o un Príapo?

EL HERALDO.

¡Soy un heraldo, imbécil! Te lo juro por Cástor y Pólux; vengo de Esparta para hacer la paz.

EL MAGISTRADO.

¿Trayendo una lanza escondida?

EL HERALDO.

No hay tal.

EL MAGISTRADO.

¿Adónde te vuelves? ¿Por qué te estiras la túnica? ¿Te has excoriado de tanto andar?

EL HERALDO.

Este hombre es un idiota

EL MAGISTRADO.

Tu porte es indecentísimo.

EL HERALDO.

Te digo que no, y basta de bromas.

EL MAGISTRADO.

¿Qué traes ahí?

EL HERALDO.

Una escítala lacedemonia.

EL MAGISTRADO.

Pase por escítala; pero dime la verdad; mira que lo sé todo: ¿cómo andan las cosas en Lacedemonia?

EL HERALDO.

Mal; todas en el aire, lo mismo las de Lacedemonia que las de los aliados. Pelene nos es indispensable.

EL MAGISTRADO.

¿Cuál es la causa de esa deplorable situación? ¿Quizá Pan irritado...?

EL HERALDO.

No, Lámpito, según creo, fue la que principió; y en seguida, a un tiempo y unánimes, todas las espartanas se han separado de sus maridos.

EL MAGISTRADO.

¿Y qué tal lo pasáis?

EL HERALDO.

Horriblemente; andamos encorvados por las calles, como si lleváramos linternas. Las mujeres han resuelto no permitirnos la menor caricia, hasta que por unánime consentimiento hagamos la paz con toda la Grecia.

EL MAGISTRADO.

Es una conspiración tramada por las mujeres de todos los países. Ahora lo comprendo. Vete cuanto antes, y di a los lacedemonios que manden embajadores con plenos poderes para tratar de la paz. Yo voy a decir al Senado que os envíe otros; me bastará para persuadirle el hacerle ver nuestra situación.

EL HERALDO.

Voy volando: tu idea es excelente.

CORO DE VIEJOS.

No hay bestia feroz, ni incendio más indomable que la mujer. La pantera es menos desvergonzada.

CORO DE MUJERES.

Si sabes eso, ¿por qué te obstinas en hacerme la guerra, pudiendo, gran bribón, ser amigo mío?

CORO DE VIEJOS.

No, jamás dejaré de aborrecer a las mujeres.

CORO DE MUJERES.

Como quieras; mas por de pronto no puedo consentir que estés desnudo. ¡Si vieras lo ridículo que estás! Vamos, voy a ponerte esta túnica.

CORO DE VIEJOS.

En eso tenéis razón, por vida mía; me la quité en aquel arrebató de cólera.

CORO DE MUJERES.

Ahora siquiera tienes facha de hombre, y no haces reír. Si no me hubieras enojado tanto, te sacaría también un animalito que tienes en el ojo.

CORO DE VIEJOS.

Sin duda era eso lo que me mortificaba. Toma este anillo; saca el insecto y enséñamelo. Me pica en el ojo hace un buen rato.

CORO DE MUJERES.

Lo haré, aunque eres el hombre más gruñón... ¡Oh Júpiter, qué enorme mosquito! ¿Lo ves? Debe ser de Tricoriso.

CORO DE VIEJOS.

¡Ah, qué alivio te debo! Me estaba abriendo un pozo; así es que en cuanto lo has sacado, me fluyen lágrimas en abundancia.

CORO DE MUJERES.

Aunque eres muy bribón, yo te las enjugaré, y además te daré un beso.

CORO DE VIEJOS.

No me beses.

CORO DE MUJERES.

Quieras o no.

CORO DE VIEJOS.

¡Mala peste os lleve! ¿Habrase visto qué zalameras son? Con razón se dice: «Ni con esas perversas, ni sin esas perversas.» Pero hagamos las paces, y convengamos en no causarnos en adelante ningún mal; ni nosotros a vosotras, ni vosotras a nosotros. Sancionemos nuestra amistad, uniendo nuestros cantos.

CORO DE MUJERES.

No pretendemos, ciudadanos, hablar mal de ninguno de vosotros; al contrario, os deseamos y haremos todo género de beneficios; que para males, los presentes bastan. Acuda a nosotras todo hombre o mujer que necesite dinero, y recibirá tres minas; pues adentro hay oro en abundancia, y nosotras también tenemos bolsa. Y si la paz llega a hacerse, nadie tendrá que devolver la cantidad recibida. Hemos convidado a cenar a unos caristios, personas buenas y valientes; tenemos puches y un lechoncillo, recientemente inmolado, cuya carne será tierna y sabrosa. Venid, pues, hoy a mi morada, y venid pronto, después del baño, vosotros y vuestros hijos; entrad sin preguntar por nadie; seguid todo derecho, como en vuestra casa, sin reparo alguno; porque la puerta estará... cerrada.

CORO DE VIEJOS.

Allí vienen los embajadores espartanos, pisándose las barbas; parece que traen una gamella colgada a la cintura.

¡Salud, en primer lugar, lacedemonios! Y en seguida, decidnos qué tal os encontráis.

UN LACEDEMONIO.

¿Qué necesidad hay de largos discursos? Mirad y ved.

CORO DE VIEJOS.

¡Oh! El mal toma serias proporciones y va cada vez a peor.

EL LACEDEMONIO.

Es indecible. ¿A qué hablar más? Venga cualquiera, y ajustemos la paz a cualquier precio.

CORO DE VIEJOS.

Atqui et istos conspicio indigenas, tamquam luctatores a ventre rejicientes vestes, ita ut athleticum quid hic morbus videatur.

ATHENIENSIS.

Quis indicet nobis Lysistratam, ubi sit? nam viri adsumus et nos hujuscemodi.

CHORUS SENUM.

Et alter hic morbus alteri congruit. Numquid mane tentigo vos capit?

ATHENIENSIS.

Immo hercle perimus, dum hoc experimur. Quare, nisi pacem inter nos quis ocius conciliet, fieri non poterit, quin Clisthenem futuamus.

CHORUS SENUM.

Si sapitis, vestes sumetis, ut nequis eorum, qui Hermos truncant, vos videat.

ATHENIENSIS.

Recte, ita me Jupiter amet, autumas.

LACO.

Ita me Castores, recte omnino. Agedum amiciamur.

ATHENIENSIS.

Salvete, o Lacones: turpe est, quod nobis accidit.

LACO.

O carissime, male utique nobis fuisset, si vidissent isti viri mentulas nostras erectas.

EL ATENIENSE.

Ea, lacedemonios, hablemos con franqueza. ¿A qué habéis venido?

EL LACEDEMONIO.

A tratar de la paz.

EL ATENIENSE.

Muy bien, nosotros a lo mismo. ¿Mas por qué no llamamos a Lisístrata? Es la única que puede arreglarnos.

EL LACEDEMONIO.

Bueno, y si quieres también a Lisítrato.

CORO DE VIEJOS.

Es inútil llamarla; sin duda os ha oído, y sale.

¡Salud, mujer esforzadísima! Llegó la ocasión de mostrarte valiente o tímida, buena o mala, severa o indulgente, sencilla o astuta. Los principales griegos, seducidos por tus encantos, se confían a ti, y esperan que des fin a sus agravios.

LISÍSTRATA.

No es cosa difícil, mientras su situación no les arrastre a excesos nefandos. Pronto lo sabré. ¿Dónde está la Paz? Tráeme primero a los lacedemonios, cogiéndoles de la mano, sin dureza ni altivez, y sin aquella grosería con la cual les recibían nuestros esposos; al contrario, muéstrales esa afabilidad, adorno de la mujer. Si se niegan a

darte la mano, cógelos por otra parte. Tráeme asimismo a los atenienses, cogiéndoles por donde quieran. — Lacedemonios, colocaos junto a mí; vosotros, atenienses, a este lado; ahora prestadme atención. No soy más que una mujer, pero tengo sentido común; la naturaleza me dotó de un criterio claro, que las lecciones de mi padre y de otros ancianos acertaron a desenvolver. Quiero principiar por echaros en rostro faltas comunes a entrambos y censurables con sobra de razón. Vosotros que en Olimpia, en las Termópilas, en Delfos (¡cuántos lugares pudiera citar si quisiera extenderme!) rociáis los mismos altares con igual agua lustral, y formáis una sola familia ante los bárbaros enemigos, arruináis ahora con desoladora guerra la Grecia y sus ciudades. Esto es lo primero que tenía que deciros.

EL ATENIENSE.

Y a mi me mata el deseo.

LISÍSTRATA.

Ahora, lacedemonios, me dirijo a vosotros en particular. ¿No os acordáis de cuando el espartano Periclides llegó suplicante al pie de nuestras aras, pálido, vestido de púrpura, pidiendo a los atenienses tropas auxiliares? Porque entonces la Mesenia os apuraba, y Neptuno estremecía vuestra tierra. Cimón partió con cuatro mil soldados, y salvó a Lacedemonia. ¡Y después de tales beneficios devastáis los campos de vuestros libertadores!

EL ATENIENSE.

Sí, Lisístrata, obraron mal.

EL LACEDEMONIO.

Obramos mal: pero es indecible la belleza de esto.

LISÍSTRATA.

¿Creéis, atenienses, que os voy a absolver de toda culpa? ¿No recordáis que también los lacedemonios, cuando vestíais la túnica de esclavos, vinieron en armas, mataron gran número de tesalios y de amigos y partidarios de Hipias, y fueron los únicos que en aquel memorable día os devolvieron la libertad y cambiaron vuestra túnica servil por el manto de ciudadanos?

EL LACEDEMONIO.

No he visto mujer más hermosa.

EL ATENIENSE.

Yo tampoco.

LISÍSTRATA.

Debiéndoos mutuamente tantos y tan preclaros beneficios, ¿por qué os hacéis la guerra, y no desistís de vuestros rencores? ¿Por qué no os reconciliáis? Decid: ¿quién os lo impide?

EL LACEDEMONIO.

Nosotros ya queremos, si se nos devuelve nuestro baluarte.

LISÍSTRATA.

¿Cuál?, amigo.

EL LACEDEMONIO.

Pilos, que reclamamos y apetecemos hace tiempo.

EL ATENIENSE.

¡Por Neptuno! Nunca lo conseguiréis.

LISÍSTRATA.

Cedédselo, amigos míos.

EL ATENIENSE.

Entonces, ¿dónde promoveremos alborotos?

LISÍSTRATA.

Exigid otra plaza en cambio.

EL ATENIENSE.

Bueno, dadnos Equinonte, el golfo Maliense que la baña, y los muros de Mégara, parecidos a dos piernas.

EL LACEDEMONIO.

No, querido mío, no todo eso.

LISÍSTRATA.

Conveníos, no disputéis por dos piernas.

EL ATENIENSE.

Yo estoy deseando desnudarme, y arar mis tierras.

EL LACEDEMONIO.

Y yo abonarlas primero.

LISÍSTRATA.

En cuanto se ajuste la paz haréis todo eso. Si la deseáis, deliberad sobre el asunto, y partid a comunicar vuestra resolución a los aliados.

EL ATENIENSE.

¿A qué aliados, amiga mía? Nuestra situación es insostenible. ¿Crees que a nuestros aliados no les pasará lo mismo?

EL LACEDEMONIO.

A los míos, sí.

EL ATENIENSE.

Pues no digo nada a los caristios.

LISÍSTRATA.

Perfectamente. Ahora purificaos para que las mujeres os recibamos en la ciudadela, y vaciemos en obsequio vuestro nuestras cestas. Juraos mutua fidelidad; después cada uno recobrará su esposa, y se marchará con ella.

EL ATENIENSE.

Vamos aprisa.

EL LACEDEMONIO.

Llévame adonde quieras.

EL ATENIENSE.

Sí, sí, volando.

CORO DE MUJERES.

Tapices bordados, túnicas preciosas, vestidos rozagantes, vasos de oro, todo cuanto tengo os lo ofrezco de buena voluntad para que lo lleven vuestros hijos, o vuestra hija, si llega a ser canéfora. A todos os digo que dispongáis de mis riquezas y cojáis en mi casa cuanto os agrade: de todo, por bien sellado que se encuentre, podéis apoderaros rompiendo su cerradura. Mas por mucho que miréis no veréis nada, a menos de que vuestros ojos sean más perspicaces que los míos. El que no tenga comida para sus esclavos o numerosa prole, encontrará en mi casa trigo molido y un enorme pan de un quénice. Todos los pobres pueden acudir a mí con sacos y alforjas para recibir granos. Manes, mi esclavo, se lo dará. Sin embargo, que nadie se acerque a mi puerta; cuidado con el perro.

UN CURIOSO.

Abre la puerta.

UN CRIADO.

Retírate. ¿Qué hacéis vosotros ahí? ¿Queréis que os abraze con esta lámpara? ¡Qué gente tan molesta!

EL CURIOSO.

No me retiraré.

EL CRIADO.

Bueno, ya que os empeñáis, nos aguantaremos aquí.

EL CURIOSO.

Y nosotros nos aguantaremos contigo.

EL CRIADO.

¡Ah! ¿No os vais? Vuestros cabellos lo pagarán, y después pondréis el grito en el cielo. ¿No os vais para que los lacedemonios se marchen en paz después del festín?

EL ATENIENSE.

Nunca he visto un banquete semejante. Los lacedemonios estaban encantadores; y nosotros, después de beber, discretísimos.

CORO DE VIEJOS.

Tienes razón, porque en ayunas desvariábamos. Por lo cual, si los atenienses me creyesen, deberíamos de ir siempre beodos a todas las embajadas. ¿Entramos sin beber en Lacedemonia? Pues ya solo buscamos motivos de discordia: no oímos lo que se nos dice: lo que no se nos dice nos inspira sospechas; y al dar cuenta de lo ocurrido desnaturalizamos los hechos. Pero hoy estábamos de tan buen talante que, si hubiesen cantado el escolio de Telamón en vez del de Clitágora, hubiéramos aplaudido, dispuestos al perjurio.

EL CRIADO.

¿Ya vuelven otra vez? Largo de aquí, grandísimos desollados.

EL CURIOSO.

Por fin salen los convidados.

EL LACEDEMONIO.

Queridísimo amigo, coge las flautas para que yo baile y cante en honor de los atenienses y de nosotros mismos.

EL ATENIENSE.

Sí, coge las flautas, por todos los dioses; nada me divertirá tanto como el verte bailar.

CORO DE LACEDEMONIOS.

Inspira, oh Mnemósine, a estos jóvenes y a mi Musa, sabedora de nuestras ilustres hazañas y de las de los atenienses, que junto a Artemisio con ímpetu de dioses se lanzaron sobre los bajeles enemigos y derrotaron a los Medas. Leónidas nos llevaba como jabalíes que han aguzado sus colmillos; copiosa espuma cubría nuestros labios, y corría por todo nuestro cuerpo. Porque los persas eran numerosos como las arenas del mar. ¡Cazadora Diana, señora de las selvas, virgen celestial, ven y patrocina nuestra alianza! ¡Que en adelante nos ligue una amistad fraternal, jamás rota por la perfidia! ¡Senos propicia, doncella cazadora!

LISÍSTRATA.

Ea, ya que todo lo demás ha terminado tan felizmente, lacedemonios, llevaos vuestras mujeres; y vosotros, atenienses, las vuestras; que el esposo esté junto a su esposa y la esposa junto a su esposo; y en celebración de tan feliz suceso, dancemos en honor de los dioses y evitemos las reincidencias.

CORO DE ATENIENSES.

¡Que se presente el coro! ¡Que aparezcan las Gracias! Invocad a Diana, invocad a su hermano, al benéfico Peán, director de las danzas; invocad al dios de Nisa, cuyos ojos centellean al fijarse en las Ménades; invocad a Júpiter, el de coruscante rayo, a su veneranda esposa y a todas las deidades, eternos testigos de esta paz ajustada bajo los auspicios de Venus. ¡lo! ¡lo! Peán ¡Bailad! ¡lo! ¡lo! Saltad como para celebrar una victoria. ¡Evoé! ¡Evoé! Lacedemonio, entona un nuevo canto.

CORO DE LACEDEMONIOS.

Desciende otra vez del amable Taigeto, Musa lacedemonia, y ven a celebrar conmigo al Amicleo Apolo, a Minerva Calcieca y a los fuertes Tindáridas que se ejercitan en la margen del Eurotas.

¡Oh!, ven, tiende hacia mí tu rápido vuelo, y cantemos a Esparta, amante de los sagrados coros y gallardas danzas que junto al Eurotas ejecutan sus doncellas, saltando con la agilidad de jóvenes corceles, hiriendo el suelo con ligero pie, y, a modo de tirsíferas bacantes, soltando al viento la destrenzada cabellera. La casta hija de Leda las

precede radiante de hermosura. Ea, sujeta con una cinta tus flotantes cabellos y salta como ligera cierva; arranca esos aplausos que animan los coros, y celebra a Palas, la más fuerte y guerrera de las diosas.

FIN DE LISÍSTRATA.